

# ¿Por Qué Permite Dios El Mal En El Mundo?

Por Ana Jachimowicz  
2ª edición revisada y corregida  
1ª edición: Ed. Kier

## Indice

<b>Cap. I: El mundo como manifestación de Dios .....</b>	<b>4</b>
<b>Cap. II: El Misterio de Ser un Yo en un Mundo .....</b>	<b>6</b>
El error, testimonio de la alteridad del mundo. Las difíciles relaciones entre el mundo y yo. Diferencia entre Yo y No-Yo. Lo No-Yo. Yo básico y Yo psicofísico. Los otros. Un interlocutor que llamamos "Dios". Las experiencias místicas.	
<b>Cap. III: El mal en el mundo .....</b>	<b>14</b>
El mundo como mensaje. Ciencia, Filosofía y Religión frente al mensaje del mundo. Ciencia, Filosofía y Religión frente al problema del mal. La libertad humana. El mal de origen humano. El mal natural. El mal como desfasaje. La consideración alternativa de la realidad.	
<b>Cap. IV: Consideración alternativa de la propia circunstancia .....</b>	<b>21</b>
La circunstancia física. La circunstancia psicológica. La circunstancia social. La decrepitud. El escándalo de la muerte. La enfermedad. ¿Un Dios bueno, poderoso y sabio? Giro copernicano.	
<b>Cap. V: A la búsqueda del paraíso perdido.....</b>	<b>33</b>
La caída. El relato bíblico. La dualidad. A la búsqueda del paraíso perdido. Un cuerpo sano y eficiente. Ansia de perdurabilidad. Recorrer el espacio y el tiempo. Comunicarse a distancia. La civilización del confort. El afán de poder. La curiosidad: la búsqueda del Tú en el Ello. La <i>póiesis</i> o creación de mundos. Una fantasía teológica. La necesidad de diálogo. La capacidad de diálogo y la libertad. El encuentro. El ocultamiento. La intuición de Dios. La búsqueda de la felicidad. El paraíso recuperado. Conclusión.	
<b>Cap. VI: El porqué de la deficiencia .....</b>	<b>58</b>
El porqué de la deficiencia, según el Génesis. Las ventajas de un mundo defectuoso. La falibilidad humana. La excepción a la regla. La locución divina. Autodesconocimiento. <i>Locus</i> ontológico del error. La libertad humana. El "Tú" imprevisible. La libertad divina. Alienación divina, alienación humana. Individualización y mal. El mal surge con la parcialización de la conciencia.	
<b>Cap. VII: Necesidad o contingencia de este universo .....</b>	<b>77</b>
Dios y la necesidad o contingencia de este universo. Aporía divina. Dios y las determinaciones. Necesidad o contingencia de esta configuración particular del	

mundo. La contingencia como requisito de todo diálogo auténtico. El gran porqué. La persona divina. La conjunción Ser / No-Ser. Dios y la temporalidad. Las diversas vertientes de la historicidad divina.

**Cap. VIII: Propuesta de conclusión ..... 91**

El mal de origen humano. El mal de origen no humano. *Tat tvam asi.*

**Epílogo, por el Prof. Walter Gardini ..... 94**

*NO ME RECONOZCO AUTORA DE ESTE LIBRO. SÓLO HE SIDO UN IMPERFECTO CANAL PARA LA SABIDURÍA UNIVERSAL QUE DESEA EXPRESARSE A TRAVÉS DE MÍ COMO UNA DE SUS PARCIALIDADES..*

*DESDE ESE LUGAR LO DEVUELVO AL UNIVERSO, CON LA ESPERANZA DE QUE , A PESAR DE SUS LIMITACIONES, PUEDA CUMPLIR LOS FINES QUE DICHA SABIDURÍA PERSIGUE.*

## CAPÍTULO I EL MUNDO COMO MANIFESTACIÓN DE DIOS

*Dios existe.  
Dios no existe.  
La sustancia del mundo es material.  
La sustancia del mundo es espiritual.  
El azar rige al universo.  
Una inteligencia rige al universo., etc., etc.*

Quizás nunca nos detuvimos a pensarlo, pero sin saber porqué, adherimos en cada caso a alguna de estas afirmaciones y no a su contraria. Y no sólo eso: quienes comparten la creencia en alguna o varias de ellas evidencian una actitud básica similar ante la vida. Por ejemplo, reaccionarán distinto frente a una adversidad quienes consideren que todo es fruto del azar que quienes vean en ella un designio divino.

Este tipo de proposiciones –de máximo nivel de generalidad- constituye la trama fundante, consciente o inconsciente, de nuestras creencias. Por su situación axiomática, no pueden ser racionalmente demostradas, y sin embargo colorean con su matiz peculiar todos nuestros pensamientos, sentimientos, actitudes, acciones, opiniones y decisiones: en suma, nuestra vida entera. Explícita o implícitamente, todos hemos optado por alguna o varias de ellas, estructurando, de esta forma, nuestra particular cosmovisión.

Quien haya presenciado o protagonizado alguna vez una discusión entre un ateo y un creyente estará de acuerdo conmigo en que dichas discusiones pueden terminar de cualquier forma, salvo con el convencimiento del uno por parte del otro.

Es que nuestro mecanismo de adhesión a los axiomas de máxima generalidad acerca de la estructura de la realidad y que van a regir nuestra vida cotidiana o es un acto racional, sino un *acto de fe*. La fe no puede ser discursivamente *demostrada*, sino sólo intuitivamente *vivenciada*. Nuestras convicciones más fundamentales se constituyen en puntos de partida de ulteriores razonamientos, pero no pueden ser ellas mismas demostradas por razonamiento.

Mas lo notable es que ello no disminuye un ápice su efectividad. Por el contrario, nos aferramos a ellas con uñas y dientes, y aún a veces hasta damos la

vida por dichas convicciones. Recordemos cuántos y cuántas han muerto sin abjurar de su fe en las arenas de Roma o en las hogueras de la Inquisición.

No nos detendremos aquí a considerar el proceso genético por el cual algunos adhieren a una creencia y otros a otra. Apuntemos sencillamente que dicho proceso resulta de condiciones psicológicas, familiares, sociales e históricas, de la sensibilidad y de la intuición propias de cada quien, y de factores imponderables relacionados con nuestra libertad esencial.

Una vez precisado entonces, el *carácter axiomático*, y por lo tanto definitivamente indemostrable, de dichas certezas vitales básicas, quiero declarar que, *en cuanto a mí*, me resulta evidente y creo profundamente que:

*El mundo, en su infinita diversidad y complejidad, es la manifestación de una inteligencia y un poder superiores a los nuestros. El Universo testimonia la existencia de otro dimensionalmente diferente a él, de quien constituye la expresión.*

Esta postulación, que sé inverificable tanto experimental como deductivamente, acompaña constitutivamente todos los actos de mi vida. Podría descalificarla por no ser racional, pero prefiero, por el contrario, reconocer la limitación de la razón respecto de las cuestiones de máxima generalidad, con el agravante de que dichas cuestiones me son vitalmente ineludibles. No puedo vivir sin haber tomado partido –así sea difusamente- por la existencia o no existencia de Dios, por la primacía del azar o del orden causal en el mundo, etc. Busque cada cual en su corazón y hallará *su* respuesta.

Permítaseme denominar “intuición” a esta facultad que me proporciona conocimientos inmediatos, en este caso de máxima generalidad y vitalmente imprescindibles. No pretende, como la razón, la universalidad intersubjetiva, sino que mora en la profundidad de lo interior.

## CAPÍTULO II EL MISTERIO DE SER UN YO EN UN MUNDO

### ***El Error, Testimonio de la Alteridad del Mundo***

El mundo, en su despliegue, resulta inteligible para nuestro entendimiento: el hombre descubre que puede comprender las leyes que rigen el funcionamiento de la realidad. Sobre esta base ha desarrollado, desde los albores de su historia, las diversas ciencias, con suerte variable respecto a su grado de efectividad.

Pero bien podría suceder, como lo propone el idealismo, que el propio sujeto cognoscente proyectara sus estructuras fuera de sí, para luego volverlas a encontrar como categorías objetivas ajenas a sí mismo. En este caso, el mundo no sería realmente distinto de nosotros mismos. La conciencia, al formular las leyes científicas, estaría expresando su propia estructura formal, pues no se explica el idealismo cómo podría la conciencia “salirse de sí” para captar algo fuera de ella misma.

La historia de la ciencia constituye para el idealismo –y suscribo dicha opinión- el desarrollo progresivo de la conciencia frente a sí misma, la toma de conciencia cada vez mayor del espíritu por sí mismo. Pero lo que justamente deseo destacar es que el desarrollo del *corpus* científico es histórico: no surge perfecto y acabado de una vez para siempre, sino que se desenvuelve progresivamente, superando sus errores en un proceso que parece no tener fin.

Si hubiera una identidad absoluta entre la conciencia y su objeto de estudio, la ciencia estaría ya siempre *ahí*, total, surgida “como de un pistoletazo”. Sin embargo, no es así cómo sucede. La ciencia es una tarea de autocorrección constante, en la que siempre hay lugar para la sorpresa, la novedad o el descubrimiento inesperado que relega lo anterior al estatus de “erróneo”.

El *error* constituye el testimonio de un hiato, una fisura entre la conciencia y su objeto de estudio. Su existencia garantiza la alteridad del mundo respecto de la conciencia individual. Intuyo que existe una inteligencia que se expresa a través de la naturaleza. Mi intelecto puede captarla y formularla. Sin embargo, al hacerlo, a veces se equivoca; esta falla, esta interferencia, este “ruido” en la comunicación me está señalando la presencia real de otro.

Decía Martín Buber que la prueba de que un diálogo interpersonal había sido auténtico era la presencia en él de lo imprevisto. En nuestro caso lo novedoso, bajo la forma del inesperado error, constituye la prueba de que el diálogo entre el mundo y la conciencia individual es realmente tal. Para expresarlo

desde una cosmovisión espiritual: Dios y el ser humano se encuentran en un lenguaje común en la naturaleza, pero como en todo diálogo auténtico, en éste también hay lugar ¡y mucho! para la sorpresa.

### ***Las Difíciles Relaciones entre el Mundo y Yo***

Yo soy. Yo existo. Así dude de todo lo que hay en el mundo, no puedo dudar de mi propio ser. Este basamento, firme como una roca, fue paradigmáticamente establecido por Descartes.

Ahora bien, puede suceder que el pensar, firmemente establecido en dicha certeza, encuentre que ya no puede salir de ella: nada en el ámbito delo exterior al yo le parece confiable en cuanto al autosustentamiento del propio ser.

#### *1. El mundo como creación de la conciencia individual.*

Contra la existencia de otro distinguido de la conciencia, se podría argumentar que ésta pone fuera de sí la realidad, a la manera del Yo Absoluto de Fichte. Este autor afirma la absoluta primacía del Yo, el cual, al ponerse a sí mismo en un acto de libertad absoluta, pone simultáneamente la oposición a sí mismo. Es decir, el Yo Absoluto se crea a sí mismo y al mundo.

Este Yo tan poderoso queda luego sin embargo aprisionado en la trama que él mismo construyó.

Ciertos yoguis o místicos afirman haber trascendido estas coordenadas espacio-temporales, y aún la distinción Yo / No-Yo, que según Fichte, el Yo se auto-impone, pero sus experiencias, además de ser intransferibles, pueden ser calificadas de muchas maneras, salvo la de sencillas de lograr... Si permanecemos en la perspectiva fichteana, todo sucede como si el Yo se hubiera preocupado por bloquear todos los caminos que pudieran conducir al reconocimiento de su propia naturaleza. Además, el hecho de poder salir del mundo cotidiano ni prueba ni invalida que éste sea obra mía.

¿Por qué el Yo se ocultaría a sí mismo todo este procedimiento, que debe ser laboriosamente redescubierto por el trabajo reflexivo del filósofo o la praxis del místico, no acompañados, por cierto, por la inmensa mayoría de los demás yoes existentes? El estado en que cada yo se encuentra siendo es el de opacidad respecto de la auto-postulación del Yo y de lo No-Yo. Yo no tengo conciencia de haberme creado ni de mantenerme a mí mismo/a ni al mundo. ¿Cómo y por qué se produciría este ocultamiento? Resulta difícil imaginar una conciencia que se crea dificultades para aprehenderse a sí misma; *estaría actuando prácticamente como un otro respecto de sí.*

## 2. *El mundo como creación no consciente del yo.*

Sólo existo yo. Solipsismo radical. Yo mismo creo y sostengo el mundo inconscientemente, del mismo modo como lo hago con las distintas funciones fisiológicas (digestión, circulación, secreciones internas y demás órganos y sistemas), o en el sueño, donde creo mundos que se me aparecen como reales y distintos a mí.

El argumento cartesiano del sueño es racionalmente imbatible. Para salir de él, Descartes tuvo que apelar al principio de razón suficiente, destacando la presencia en mí de la idea de Dios. Detecto en mí la idea de Dios; no la pude haber imaginado, porque no puedo imaginar algo ópticamente superior a mí; por lo tanto, esa idea proviene de algo que tiene por lo menos su mismo rango óptico, y ese algo sólo puede ser Dios mismo. De allí que Dios existe, y como Dios es infinitamente bueno, no puede ser que me engañe haciéndome caer en la ilusión de un mundo que me rodea pero que no existe. En consecuencia, también existe el mundo exterior como distinto de mí.

Esta deducción se basa en la aplicación del principio de razón suficiente. Este es un principio de funcionamiento de la razón. Pero ¿quién me garantiza de que sea válido a nivel inconsciente? ¿Cómo podría, desde esa punta del iceberg que es mi yo consciente, dictaminar las leyes que rigen el funcionamiento de mi hiperpoderoso e hiperinteligente inconsciente? Todo lo que la conciencia toca, al modo del rey Midas, lo convierte en objeto de conciencia. Por definición, por lo tanto, no puedo formular nada acerca de mi inconsciente: al observarlo desde la conciencia, ya entra en el ámbito de la misma.

*Además, un inconsciente que pudiera crear y mantener un mundo tan complejo como el que nos rodea sería tan ajeno a mí como una deidad.*

En suma, no puedo demostrar que la idea de Dios no sea una creación de mi propio inconsciente. Si mi inconsciente es capaz de crear el universo, ¿por qué no sería capaz de crear la idea de Dios? Y héme aquí, de vuelta, inmersa en el solipsismo absoluto, a solas conmigo misma. La tesis solipsista es racionalmente irrefutable.

Una idea similar, pero partiendo desde la pluralidad de los yoes, es la del Inconsciente Colectivo de Jung. Lo inconsciente crea la conciencia a partir de sí mismo. Pero al ser inconsciente actúa como un otro respecto de mí mismo/a.

Y sin embargo, en mi fuero íntimo, estoy convencida de la existencia de lo otro y de los demás, *y actúo en consecuencia*. Es que el Yo, por ser Yo, discierne entre Yo y No-Yo. El Yo consiste, propiamente, en ser un “desde aquí” que se distingue y prioriza respecto de todo lo demás.

La elección entre confiar o no confiar en la realidad de dicha distinción constituye un *acto de fe*. La razón no puede terciar, pues la distinción Yo / No-Yo es previa a ella misma.

*Me encuentro siempre ya instalada en la diferencia Yo / No-Yo.*

Cuestionar desde el Yo la realidad del No-Yo en cuanto tal, como lo hace el solipsismo, es metodológicamente impropio, pues ambos son inseparables como las dos caras de una misma moneda.

A partir de allí, la alteridad del No-Yo puede ser experimentada de múltiples maneras. La relación entre ambos términos (Yo y No-Yo), puede adoptar mil modalidades diferentes.

*3.El mundo como manifestación de otro ópticamente inferior a mí.*

Algunas concepciones consideran que el mundo es manifestación de otro distinto, pero ópticamente inferior a mí.

Para el *materialismo*, por ejemplo, el universo está íntegramente compuesto de materia, la cual es autosustentante, eterna, y se nos aparece siempre integrando alguna configuración. Esta materia, carente en sí de conciencia y/o de inteligencia, se organiza por obra del azar en formas cada vez más complejas (minerales, vegetales, animales, seres humanos, etc.) generando la aparición de cada vez más conciencia en el mundo.

Pero, algo ininteligente, ¿puede ser la causa de algo inteligente? Algo inconsciente, ¿puede ser la causa de algo consciente?

Si consideramos que la inteligencia y/o la conciencia representan un *plus* cualitativo respecto de sus respectivas carencias, el principio de razón suficiente obliga a una respuesta negativa. Es decir que, o bien renegamos de la validez universal de dicho principio, o bien sostenemos que el mundo es producto de algo igual o superior a él. Y en el mundo hay conciencia y hay inteligencia.

### ***Diferencia entre Yo y No-Yo***

¿Cómo distingo entre Yo y No-Yo? Procedamos al recogimiento interior para intentar percibir nuestro ser más profundo y verdadero.

“Yo” soy un “desde aquí” íntimo, una familiaridad de ser; una perspectiva *desde dónde* percibo el universo. Yo soy mi dato más inmediato: el centro de la experiencia de ser.

*Yo soy un foco de patencia de ser, lugar del ser del mundo.*

En Mí confluyen y se diferencian el Yo y lo No-Yo: Yo soy el *locus apparitionis* del mundo como experimentado. Soy un foco de ser, desde el cual el mundo es.

*No-Yo* es lo distinto de Mí: es aquello de lo cual Yo me distingo. Es aquello que adopta distintas *formas de ser*, mientras que Yo soy puro y simple *ser*. El mundo se compone de múltiples formas, cualidades, determinaciones o modos de ser (sonidos, olores, gustos, colores, figuras, rugosidades y suavidades, conceptos de toda índole, sentimientos, los demás, mis sueños, etc.)

*Yo, en cambio, simplemente soy.*

Esa interioridad de ser que soy está siempre ahí. Yo acompaño siempre los fenómenos, “estando ahí”, pero sin confundirme con ellos. Nada puede predicarse de Mí; ninguna determinación, ninguna característica, pues Yo estoy siempre “un paso más atrás”, como testigo o lugar de lo fenoménico.

En este nivel de realidad que habitamos nunca se da el Yo solo o lo No-Yo solo. Siempre aparecen simultáneamente. Son inseparables como las dos caras de una misma moneda; son mutua condición de posibilidad, pero a la vez lo más opuesto que se pueda imaginar. Este mundo se caracteriza por la aparición conjunta de Yo y No-Yo. Toda priorización o jerarquización ontológica del uno sobre el otro cae en el ámbito de la especulación teórica.

Experimentamos en nosotros la paradoja del ser simultáneo de lo indeterminado (Yo) y lo determinado (No-Yo). Yo aparezco como el acompañante, testigo o “trasfondo” de todos los fenómenos.

Lo determinado, además, *cambia*. Las configuraciones se van sucediendo unas a otras. El mundo de las formas es, también, el mundo de lo efímero. Del Yo, o lugar de aparición de dichas formas, no puedo decir que cambie, pues no puedo predicar de él ninguna característica que pase a ser otra. Puedo fantasear con su aniquilación o su expansión a conciencia universal, pero ambos caen fuera de lo experienciable en este nivel de realidad.

### **Lo No-Yo**

¿Cómo reconozco lo que no es Yo?

Lo No-Yo es lo que aparece *para Mí*, es decir, lo que es pasible de ser observado, considerado, percibido o captado por mi Yo básico. Puede estar o no actualmente atendido, pero nunca puede “cruzar la barrera” y volverse Yo-perceptor. Está siempre del lado de lo observado. Consideremos un caso cualquiera: una piedra, por ejemplo. La piedra siempre aparece *para Mí*, para mi Yo. Por definición, nunca sabré cómo es la piedra “*en-sí*”, independientemente de

todo observador. El solo identificarla como “piedra” ya requiere de un Yo conceptualizador. A semejanza del legendario Rey Midas, que todo lo que tocaba lo convertía en oro, Yo transformo en “*para-Mí*” todo aquello con lo cual Me relaciono.

*Lo No-Yo se caracteriza por aparecer siempre **para-Mí**: nunca **en-sí**.*

### **Yo Básico y Yo Psicofísico**

Existen ciertas determinaciones a las que el Yo básico parece estar más ligado que a otras. Les atribuye Yoidad, un contagio de su propia esencia, hasta llegar al punto de no poder distinguirse de ellas. Se trata, por ejemplo, de mi cuerpo, mis pensamientos, mis sentimientos, mis sueños, mis propósitos, mis ideas, etc. Yo puedo estar enojada, pero también puedo observar ese enojo mío. Puedo estar enamorada, pero también puedo observar ese enamoramiento mío, etc.

Llamaremos “yo psicofísico” o “ego” a ese conjunto de propiedades que se caracterizan por una suerte de labilidad y “contagio mutuo” entre Yo y No-Yo. Se presentan como modalizaciones del Yo que éste vive en su intimidad pero que, como tales, participan también de lo No-Yo. En el lenguaje cotidiano, abarca todo aquello a lo que le antepongo el adjetivo posesivo “mi”: mi cuerpo, mi edad, mis sentimientos... Pero también: mi casa, mi coche, mi hijo, mi país, etc. Se trata de un sector de lo No-Yo con el cual Yo tiendo a identificarme, constituyendo el “yo psicofísico” o “ego”. Cuando el Yo focaliza su atención mayoritariamente hacia lo No-Yo, estas determinaciones tienden a aparecer como *en-sí*. Pero, a poco que reflexione sobre ello, centrando mi atención sobre Mi ser verdadero, percibo que son *para-Mí*.

Cuando me observo a mí mismo / a, al hacer *introspección*, se produce la distinción entre un Yo que observa y un yo que es observado. El Yo que observa puede ir colocando sucesivas partes del yo bajo el foco de la conciencia. Pero siempre permanece un “residuo” percipiente que nunca puede “pasar del otro lado”: ése es el Yo básico, Yo-desde aquí, Yo-lugar de ser, Yo-soy o Yo-ser, al que distinguimos en este texto mediante la grafía inicial mayúscula.

El yo psicofísico es una configuración, un conjunto de determinaciones y, como tal, es cambiante. Del yo-básico ya hemos visto que no tiene sentido afirmar que cambie, pues no presenta forma alguna que pueda trans-formarse.

## **Los Otros**

Dentro de la imponderable variedad de lo No-Yo, existen determinadas configuraciones que tienen para Mí una especial forma de ser. Yo las comprendo en su interioridad y me siento a la vez íntimamente comprendido por ellas. Cuando esto sucede, intuyo que me encuentro ante la presencia de otro Yo, otro foco de patencia de ser. Se establece la relación del *diálogo*, tan acabadamente estudiada por Martin Buber. El diálogo podrá componerse de rosas o de espinas, pero su posibilidad misma se fundamenta en la vivencia de una identidad de ser. La experiencia del diálogo no sería posible sin la percepción de la presencia de *un otro*.

El concepto clave aquí es el de *respuesta*. Al Yo invocar los entes, éstos me responden, cada cual a su manera, o bien no me responden nada. Invocar es interpelar lo No-Yo en busca de respuesta. *Responder* es dirigirse un Yo a otro Yo.

*Yo soy. Lo No-Yo es para-Mí. Los Otros, además de ser para-Mí, en el diálogo, son hacia-Mí.*

Me invocan, Me señalan, Me apuntan, Me ponen en evidencia. Se tornan hacia Mí, solicitándome una respuesta en comunión dialógica. Dichas formas de lo No-Yo, por las cuales Me siento reconocido como Yo, adoptan el modo de ser no sólo *para-Mí*, como el resto de lo No-Yo, sino también *hacia-Mí*. Al señalarme como Yo, se revelan como Otros *hacia-Mí*, como *Tú*, en lenguaje buberiano. Y, en este nivel de realidad, el Yo-básico construye el yo-psicológico para responder a la apelación, al llamado, en el mundo de lo determinado.

*Sentirse llamado*. He aquí otra experiencia fundamental de la que ni la razón ni los sentidos pueden dar cuenta. Lo percibo por una intuición especial. La *intuición* o contacto directo, sin intermediarios, es en general el modo en el que el Yo-básico testimonia de lo No-Yo, o, dicho de otra forma, en que mi *en-sí* experimenta la presencia de lo *para-Mí*. Por otro lado, “sentirse llamado” es la forma peculiar en que Yo experimento la presencia de lo *hacia-Mí*.

## **Un Interlocutor que llamamos “Dios”**

El sector de lo No-Yo percibido como Otro –o como Tú– varía de un Yo a otro.

Habrà quien, a la manera de San Francisco de Asís o de Konrad Lorenz, se comunique con los animales, quien con las plantas, o aun quien encuentre su interlocutor en el mundo que nos enseñaron a llamar “inanimado”, como el escultor al dialogar con el mármol o el granito o el tallista con las piedras preciosas. Entre

los seres humanos, el misterio de las afinidades determina el acercamiento o alejamiento de los Yoes entre sí.

En cuanto a mí, he afirmado antes que me resulta evidente y creo profundamente que el mundo, en su infinita diversidad y complejidad, es la manifestación de una inteligencia y un poder inconmensurablemente superiores a los nuestros. Para mí, el universo que perciben nuestra mente y nuestros sentidos testimonia la existencia de un Otro dimensionalmente diferente a él.

Me encuentro viviendo en un mundo al que puedo eventualmente modificar, pero cuya existencia y leyes de funcionamiento no son obra mía. El saber acumulado por generaciones a nivel del lenguaje lo sugiere cuando se refiere al universo como “lo dado”, o cuando hablamos de los “datos” de la realidad. El mundo me es dado como un don, un regalo que remite a un dador. ¿Quién me ha puesto el mundo ahí, al alcance de mi mano y de mi mente, para que lo disfrute, lo mejore o lo destruya? Vivenciar el mundo como don remite a un dador y de allí al diálogo entre éste y los seres humanos.

Desde que la humanidad es tal, parte de sus miembros ha percibido la presencia de este peculiar interlocutor. Tradicionalmente, nuestra cultura lo ha llamado “Dios”, y así lo nombraremos aquí también. Entiendo esta especial interlocución a la manera de Buber: Dios pone mi circunstancia, y yo respondo con mi conducta.

### ***Las Experiencias Místicas***

Cabe señalar que existe otra modalidad de experiencia dialógica además de la mencionada, a saber: las experiencias místicas. En todas las culturas, a lo largo de la historia de la humanidad, algunos seres refieren haber vivenciado contactos directos con Dios. En una lista a todas luces incompleta, podemos citar a Abraham, Moisés, Jesús, los profetas, Mahoma, los santos cristianos, Shri Ramakrishna, Rumi, etc.

Dichas experiencias místicas, a pesar de sus múltiples diferencias, presentan por lo menos una característica en común: son intransferibles e irreproducibles para su comprobación intersubjetiva.

Nos limitaremos por lo tanto a señalar su existencia, registrando su aparición en todas las civilizaciones del mundo y la trascendencia de su impacto transformador en quienes la vivencian.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La perspectiva dialógica del mundo a la que hicimos referencia más arriba tampoco se puede transferir, siendo también, en ese sentido, una experiencia mística. Pero es, si se quiere, más accesible “al común de los mortales”, pues sólo requiere una cierta actitud de “apertura receptiva” hacia el mensaje del mundo. No es comunicable intersubjetivamente, pero es en cierta medida “contagiosa”.

## **CAPÍTULO III EL MAL EN EL MUNDO**

### ***El Mundo como Mensaje***

Queda claro, entonces, que nos situamos en una perspectiva creyente, afirmando la existencia de Dios –para utilizar un término consagrado por la tradición occidental-, entendiendo por tal un poder y una inteligencia superiores a los nuestros, que se manifiestan a través del mundo.

El mundo, así entendido como obra divina, testimonia la voluntad de diálogo de Dios. Dentro de este enfoque dialógico, que reconoce su antecedente en Martin Buber, el mundo aparece como un mensaje a interpretar, una clave a decodificar.

### ***Ciencia, Filosofía y Religión frente al Mensaje del Mundo***

La actitud científica también considera al mundo como un mensaje a decodificar.

Pero la ciencia, para ser tal, debe limitarse a describir cómo suceden las cosas, cómo se encadenan los acontecimientos unos a otros en la modalidad de causa a efecto. Para ello, utiliza como herramientas de investigación la razón y los sentidos.

La filosofía, por su parte, reflexionará acerca de las condiciones generales de toda experiencia, la estructura básica de los distintos tipos de fenómenos. Su principal instrumento de trabajo será la razón y, subordinados a ella, los sentidos.

Pero al inquirir, el ser humano no queda satisfecho por ninguno de ambos tipos de respuesta: se sigue preguntando no sólo *cómo*, sino *por qué* y *para qué* suceden las cosas. Y aquí, su reflexión y su vivencia se tornan *espirituales*. A la razón y a los sentidos se les agrega el *alma*.

Quisiera ilustrarlo retomando una metáfora cara al Renacimiento. La ciencia renacentista instaba a “leer el libro de la Naturaleza”, al cual consideraba “escrito con caracteres matemáticos”. Desarrollando esta imagen, podríamos agregar que a la filosofía le tocaría desentrañar la naturaleza del papel y de la tinta con los

cuales está escrito el libro, así como el mecanismo de nuestra visión y lectura del mismo. A la religión, en cambio, le cabría pronunciarse acerca de quién escribió el libro y porqué.

### ***Ciencia, Filosofía y Religión frente al Problema del Mal***

Determinados hechos en el mundo, como por ejemplo las guerras, las matanzas, la enfermedad, la decrepitud, la muerte, la injusticia, la intolerancia, el odio, las catástrofes naturales, los accidentes, las malformaciones congénitas, etc., nos provocan sufrimiento y angustia, así como sentimientos de rebeldía e impotencia.

Frente a esta situación, ¿qué nos cabe esperar de las tres actitudes mencionadas más arriba?

La ciencia se limitará a describir los hechos naturales o humanos, develando su intrincada trama causal. Se abstendrá de formular juicios de valor acerca de su objeto de estudio. Como debe ser moralmente neutra para cumplir con los requisitos de imparcialidad y objetividad, la ciencia, frente a un determinado fenómeno "A", tiene por misión explicarlo, es decir, relacionarlo con otro fenómeno "B" en una relación específica denominada "relación causal". Si se cumple que, cada vez que sucede "B", entonces sucede "A", diremos que "B" es la causa de "A". El universo aparece como un gigantesco mecanismo determinísticamente ordenado. La visión científica, en última instancia, remite el fenómeno "A" a series infinitas de causas que confluyen en él.

La filosofía se ocupará de analizar en qué consisten exactamente estos hechos que llamamos "negativos" o "malos": cuáles son los rasgos característicos englobantes que nos los hacen reconocer como tales y las distintas modalidades en que los podemos clasificar. También estudiará los tipos de actitudes básicas de los seres humanos frente a dichas circunstancias.

En general, las concepciones no espirituales del universo no necesitan dar cuenta de los acontecimientos negativos. Los describen, los analizan, los relacionan entre sí, inclusive los modifican, pero no se preguntan por qué están ahí ni para qué suceden.

Por el contrario, las cosmovisiones que postulan un principio creador y organizativo del universo, distinto del mero azar - las concepciones espirituales en general y las religiones en particular- no pueden conformarse con describir el fenómeno particular, explicarlo o aún dilucidar su esencia, como la ciencia y la filosofía: se ven en la obligación (en el brete...) de comprender el sentido de lo negativo. Deben aceptar el desafío de *rendir cuenta de la existencia del mal en el mundo*.

Para una concepción espiritual, el mundo está *teleológicamente ordenado*: las series causales explicativas se agrupan alrededor de grandes líneas directoras de sentido, que se trata de descubrir. Reconoce la confluencia de series causales en un hecho determinado, pero a la vez intenta develar, en un plano superior, el ordenamiento direccional que las entreteje. No niega el determinismo, sino que lo supera integrándolo.

### ***La Libertad Humana***

El ser humano se propone metas u objetivos y ordena voluntariamente sus acciones a fin de cumplirlos. En este sentido es libre.

No lo hace eludiendo milagrosamente la cadena de las causas, sino que, conociéndola, la utiliza para el logro de sus fines. Por ejemplo, cuando quiso volar, desplazarse por el aire, no infringió para ello la ley de la gravedad que lo adhería al suelo, sino que, por el contrario, la puso a su servicio, ingeniándose para elevar y movilizar el peso de un avión.

También los animales ordenan teleológicamente sus acciones. Por ejemplo, al suministrar a determinadas larvas un alimento especial, la jalea real, las abejas provocan que éstas, en lugar de dar nacimiento a abejas obreras, se desarrollen como reinas.

La diferencia que observamos en este aspecto entre el ser humano y los demás animales radica en que, generación tras generación, una misma especie animal tiende siempre hacia los mismos objetivos a cumplir, mientras que el ser humano los varía históricamente, no sólo de una civilización a otra o de una generación a otra, sino en el transcurso de la propia vida individual. Mis objetivos actuales no son los mismos que los de mis padres o los de mis coetáneos; incluso difieren de los que yo misma tenía hace diez o veinte años, ¡o el año pasado!

No puedo vivir sin proponerme metas, sin un proyecto vital. Tanto a nivel individual como grupal o social, las cosas son, para el ser humano, aquello que significan. Explícito o implícito, inmanente o trascendente, grandiosos o minúsculo, todos los seres humanos rigen sus vidas según un fin jerárquicamente superior que estructura los fines subordinados. Este fin privilegiado será, para algunos, “servir a Dios”, para otros “servir a los demás”, “servirme a mí mismo”, “a mi patria”, “a mis hijos”, “a mi cuerpo”, etc.

En el mundo, mis sentidos y mi razón sólo perciben series causales determinísticamente ordenadas. Pero mi voluntad, que las ordena para realizar los fines que mi libertad le propone, percibe por analogía la presencia de otras voluntades que a su vez operan sobre las series causales, con vistas a algún objetivo.

El ser humano, ese formidable creador de sentido, reconoce a otros forjadores de sentido cuando los encuentra: en este nivel, los demás seres humanos y, a nivel cósmico, ese misterio llamado “Dios”. Quienes no lo perciben proclaman consistentemente la “falta de sentido”, el absurdo del universo. Esa postura es perfectamente válida y plausible, (aunque resulta difícil, desde ella, explicar, por ejemplo, la “simple” coloración de las alas de una mariposa o la delicada armonía de una flor). La sola presencia de la *belleza* en el Universo, valor superfluo desde el punto de vista de la utilidad, obliga a dirigir la mirada hacia un Autor con quien compartimos una cierta afinidad de lenguaje.

### ***El Mal de Origen Humano***

Dijimos, entonces, que el ser humano se reconoce libre en su posibilidad de postularse metas.

Claro que en el interjuego de las múltiples libertades, éstas se coartarán mutuamente. Pero ello no falsifica, sino más bien confirma, la esencial libertad humana: al experimentar libertades que se oponen a la mía, verifico la existencia de ambas.

Entre los objetivos que puedo elegir, los hay éticamente buenos y éticamente malos. Y así el ser humano se ha convertido en causa de gran parte del bien y de gran parte del mal que existe en el mundo. Como en este trabajo nos preocupa el tema de lo negativo, nos centraremos en él, señalando que el ser humano, no a otro sino a sí mismo debe atribuir las guerras, las matanzas, la violencia en general, la injusticia social, la mentira, la intolerancia, el odio y demás males que nos infringimos unos a otros.

Denominaremos “mal ético” o “mal de origen humano” a aquella porción del mal cuya existencia se origina en la libertad del ser humano.

Desde la óptica de una visión espiritual, debemos preguntarnos: ¿por qué ha creado Dios al ser humano con la capacidad de hacer el mal, de ocasionar a sabiendas sufrimiento a sí mismo y a sus semejantes? Es, obviamente, el precio de la libertad humana. Pero, ¿por qué quiere Dios que el ser humano sea libre?

### ***El Mal Natural***

Hay sin embargo, un ámbito de aparición de lo negativo que no es atribuible a la responsabilidad humana: el de la naturaleza, en la que la enfermedad, la decrepitud y la muerte son concomitantes a la vida. Y nuevamente toda visión teísta de la realidad debe intentar una respuesta, pues si Dios crea lo natural, ¿por qué lo crea “con errores”, como por ejemplo las diversas deficiencias congénitas

físicas o mentales? ¿Cómo insertar en un contexto significativa las catástrofes naturales, en las que la furia de los elementos causa muerte y destrucción?

¿Cuál es el sentido del sufrimiento humano, cuando no es causado por el propio ser humano?

*¿Cuál es el sentido del sufrimiento en general, sea o no de origen humano?*

### ***El Mal como Desfasaje.***

Porque si el mundo es un mensaje a decodificar, el mal también debe tener un sentido. Constituye un problema, porque el mal es en general lo que se opone al ser, lo que se opone a la subsistencia o desarrollo de lo que hay, y no resulta comprensible un Dios que destruye lo que El mismo crea.

La existencia del mal –humano o natural- remite, en primer lugar, a la finitud del hombre y del universo. Un universo de formas efímeras a las que nos apegamos, sufriendo luego por su desaparición. Un universo en el que la violencia ocupa un lugar por derecho propio, ya que para subsistir, los seres vivos necesitan de la destrucción de otros seres vivos. No sabemos si todos los protagonistas de este drama lo viven comotal, pero los seres humanos sí lo percibimos así, y la conducta de los animales más evolucionados también testimonia conciencia de sufrimiento.

El mundo de lo determinado aparece maravilloso en su complejidad, belleza y estructuración, pero también constitutivamente transido de negatividad. Y eso, a los seres humanos, nos molesta. ¿Por qué Dios permite que el mal no sólo se cuele, sino que integre estructuralmente el mundo de las formas?

El mal se opone, en primera instancia, a lo perfecto. Y ¿qué es la perfección? Etimológicamente: lo completo, lo terminado, aquello a lo cual no le falta ni le sobra nada para realizar su ser en grado máximo. Cualquier cambio lo tornaría imperfecto. Así, por ejemplo, una rosa perfecta será aquella que posea en grado sumo las características que conforman la esencia de “rosidad”. Si variamos imaginariamente su color, forma, aroma, etc., nos iremos alejando progresivamente de la rosa ideal, pasando por rosas imperfectas, hasta que, en determinado momento, no nos hallaremos más frente a una “rosa”, sino frente a otro tipo de objeto.

El mal surge siempre de una *consideración alternativa* de la realidad.

Cuando decimos que algo está “mal” queremos significar –Perogrullo mediante- que no está “bien”. Este “bien” hace referencia a un estado del objeto que en ese momento es *irreal*, a saber:

-un estado anterior del hecho u objeto en cuestión (por ejemplo, un jarrón sano respecto a su estado actual de jarrón roto).

-el estado de otros miembros de la misma clase (por ejemplo, niños considerados “normales” respecto de un chico parapléjico de nacimiento).

-un estado absolutamente inexistente (por ejemplo, el estado final de una escultura sobre la cual un artista está trabajando, cuyo estado actual no lo satisface, aunque no tiene una idea exacta de adónde lo llevará su labor creativa).

-un estado ideal (el ejemplo anterior de la rosa y la “rosidad”).

*Llamamos “mal” al defasaje existente entre el hecho u objeto concretos y lo que consideramos su máxima plenitud de realización.*

Por ejemplo, las enfermedades congénitas (agudas, crónicas o congénitas) son consideradas males porque nos impiden, temporaria o definitivamente, realizar determinadas funciones que hacen a la plenitud del ser humano. Cuanto mayor sea la cantidad de funciones suprimidas y la duración de la inhabilitación, más grave será la enfermedad, y, por lo tanto, el mal padecido. Si ambas variables siguen aumentando, en un momento dado el enfermo perderá incluso su condición de ser humano.

También el dolor es un mal, a pesar de su función de alerta; mi estado ideal incluye, por supuesto, el bienestar físico.

Asimismo, solemos llamar “mal” al adversario, al obstáculo que se opone a mi voluntad, impidiéndole realizar el objetivo ideal propuesto por mi libertad.

*El mal es la distancia que separa lo real de lo ideal; llevado a su máxima expresión, implica la aniquilación del ente que lo padece.*

### **La Consideración Alternativa de la Realidad**

Fácticamente constatamos que, en este mundo determinado, las cosas y los hechos nunca son perfectos. O aun sin llegar a semejante nivel de exigencia, digamos que, la mayoría de las veces, el estado actual de las cosas, por infinidad de motivos, no nos satisface.

Si, efectuando un giro copernicano, consideramos ahora la facultad humana de percibir el mal como tal, comprobaremos que se fundamenta, en primer lugar, *en esa capacidad tan peculiar del ser humano de poder ver en un objeto lo que ese objeto **no es**, a la que denominaremos, de aquí en más, aptitud de **consideración alternativa** de la realidad.*

Esta aptitud de la consideración alternativa de la realidad fundamenta, a su vez, otros dos rasgos distintivos de los seres humanos:

- Su poder de *simbolizar*. Un signo, un símbolo es, básicamente, una cosa que está en lugar, en reemplazo, en representación, de otra. La grafía “A” remite a un sonido determinado, la palabra “PERRO” remite a una clase determinada de entes, una bandera remite a una determinada nación, etc.
- Su enorme poder de *transformación* de la realidad, íntimamente relacionado con su facultad de percibir el mal. Por ejemplo, el percibirse a sí mismo como “no-volador” constituye el requisito previo del deseo humano de volar.

Si no tuviéramos una idea de cómo *deben* ser las cosas, nunca podríamos compararla con lo que las cosas efectivamente *son*, proceso del cual surge la percepción del *mal* como tal. El ser humano no se contenta con el simple *ser* de las cosas, sino que concibe cómo éstas *deberían* ser. Cuando el *ser* no coincide con el *deber ser*, la diferencia da lugar a la percepción de *lo malo*. Nuestra aptitud para percibir lo defectuoso testimonia nuestra facultad de concebir lo ideal.

Nuestra consideración del mal nos ha obligado a efectuar un “giro copernicano”, llevándonos a enfocar nuestra atención nuevamente sobre nosotros mismos, sobre nuestro yo.

A ello dedicaremos el próximo capítulo.

## **CAPÍTULO IV**

### **CONSIDERACIÓN ALTERNATIVA DE LA PROPIA CIRCUNSTANCIA**

#### ***La Circunstancia Física***

El estado físico en que se encuentra siendo no satisface al yo. Aun en su estado de plenitud física, la especie humana ha encontrado, desde el principio de su historia, que su cuerpo *no* le permitía hacer determinadas cosas, como por ejemplo volar, desplazarse a altas velocidades, recorrer grandes distancias por agua, comunicarse con sus semejantes a lo lejos, soportar la intemperie más allá de cierto límite, tallar, cortar, moler materiales duros, cazar a distancia, ver con nitidez objetos muy lejanos o muy pequeños, entre otras.

Y así surgieron los diversos *utensilios* que la humanidad fue creando para potenciar sus facultades corporales o adquirir otras nuevas. Previo a la creación del instrumento, debe estar muy claro el concepto de la carencia que se desea subsanar, y por lo tanto la visión de una función en ese momento inexistente.

La *consideración alternativa* de la realidad es condición del surgimiento de la *herramienta*, elemento a tal punto típicamente humano que, en arqueología, su presencia resulta decisiva a la hora de decidir si un resto óseo es humano o no.

#### ***La Circunstancia Psicológica***

La *educación* en general constituye la prueba más espectacular de que el ser humano no se conforma con lo dado, sino que intenta potenciar sus facultades o aun crear otras nuevas. La sociedad integra a sus miembros desde su nacimiento, mediante múltiples circuitos educativos, tanto sistemáticos como asistemáticos, cuya finalidad es modelar y transformar principalmente la estructura psicofísica de quienes la constituyen.

Inteligencia, memoria, voluntad, creatividad, cualidades morales, percepción estética, afectividad, destrezas y demás facultades son ejercitadas y conducidas

hacia objetivos previamente establecidos por la política educativa (educación sistemática) o no (educación asistemática).

El caso de Kaspar Hauser, aquel muchacho encontrado en Alemania a fines del siglo XIX, quien, por razones que se desconocen, se había criado y había sobrevivido en un bosque, aislado de todo contacto humano, constituye una prueba impactante, por contraste, del poder formativo de la educación.

La existencia del fenómeno educativo prueba que los seres humanos no se vivencian a sí mismos como algo terminado e inmodificable, sino como materia prima de su propia autotransformación. Su naturaleza “dada” es vista sólo como un punto de partida. La pregunta que suele hacerse a los chicos. “¿Qué quieres ser cuando seas grande?”, es elocuente en este sentido. El niño es percibido y se percibe a sí mismo como *no siendo* tal o cual cosa (aviador, ingeniero, enfermera, cantor de rock). Para sentirse feliz en este mundo, cada persona debe organizar su vida en torno a un proyecto vital que será siempre un bosquejo de cambio y de transformación que ilumine su existencia confiriéndole un sentido.

### ***La Circunstancia Social***

El ser humano es un animal social. No es el único: también las abejas, las termitas o los gorilas lo son. Sin embargo, la estructura social de dichos animales permanece inalterable, generación tras generación. La persona humana es la única capaz de tomar distancia frente a la sociedad en la que vive, considerarla críticamente y eventualmente intentar modificarla. Así ha intentado sucesivamente diversas formas sociales, como el clan, la tribu, la monarquía, la aristocracia, la democracia, etc.

La sucesión de las diversas estructuras sociales prueba, una vez más, la capacidad humana de la *consideración alternativa*, aplicada en este caso a la convivencia grupal. Convengamos en denominar “transformaciones sociales” aquéllas que realmente modifican la estructura de distribución de las riquezas, del poder y de las oportunidades, y no aquéllas en las que una persona o un grupo simplemente suplantando a sus predecesores ocupando los mismos cargos. Este último tipo de rotación también se produce en las sociedades animales no humanas.

Tironeada entre su egoísmo y su afán de justicia, la sociedad humana parece avanzar lentamente en dirección a esta última.

## ***La Decrepitud***

El ser humano no acepta la declinación de sus facultades. La ve como algo que atenta contra su naturaleza e intenta por todos los medios minimizar sus efectos. Considera el envejecimiento como un mal.

¿Por qué? Envejecer es un suceso natural que compartimos con los demás seres vivos, al igual que nacer, crecer, reproducirse y morir<sup>2</sup>. ¿Por qué aceptamos ciertos aspectos de nuestro ser natural y repudiamos otros?

Vemos como un bien todo lo que signifique un aumento de nuestras potencialidades, y como un mal todo lo que avance en sentido contrario, como si lo “normal” para la persona humana fuera evolucionar siempre hacia “lo mejor”, sea cual fuere el sentido que le demos a este término. Todo en la naturaleza crece y luego declina. Nuestra personalidad acompaña gustosa el primer tramo del proceso, pero se resiste al segundo.

## ***El Escándalo de la Muerte***

Hemos visto en el capítulo I que en el yo confluyen y se distinguen el Yo y el mundo: el yo es el *locus apparitionis* del mundo experimentado. “Con un pie” en el Yo básico y el otro en el mundo de lo determinado, se encuentra el yo psicológico.

En su comienzo psicogenético, el yo se percibe como inmortal. De niños somos imperecederos. Un día, nos enteramos de que en algún momento moriremos. Este conocimiento nos espanta, nos conmueve. La perspectiva de nuestra aniquilación nos lleva de pavor y de angustia.

Lo notable del caso es que obtenemos este saber “desde afuera”: no lo sabíamos “desde adentro”. Nuestra conciencia de *ser* no incluye la conciencia de *ser mortal*. Adquirimos este conocimiento porque alguien nos lo transmite o porque lo concluimos inductivamente, tras observar la muerte de otros seres vivos.

Intimamente, sin embargo, no estamos convencidos. Tenemos pretensión de perdurabilidad: experimentamos dentro de nosotras mismas un Yo básico que permanece constante a través de los cambios del yo psicológico, fundamentando nuestra vivencia de *identidad* a lo largo del tiempo. Este Yo básico está siempre ahí, siempre pasible de ser actualizado como el *observador*, observando el mundo y al propio yo psicológico. Ser efímeros nos resulta un escándalo, porque nuestro Yo básico se percibe poseedor de *ser*, “instalado” en el *ser*: vivenciamos en

---

<sup>2</sup> Por cierto aun el proceso de reproducción goza de mala fama en ciertos paradigmas.

nuestro interior una íntima “seguridad de ser”. Vemos la muerte como algo “ajeno” que nos sobrevendrá algún día: *no nos sentimos constitutivamente mortales*.

Yo soy un foco de patencia de ser en el que confluyen el yo y el mundo. Yo soy el *locus apparitionis* del mundo como experimentado. La muerte como anulación de la conciencia es vivida como un escándalo, pues el Yo-patencia de ser no se percibe como “aniquilable”. Aprendemos que somos mortales por nuestra experiencia sensible, que nos evidencia la muerte de los demás y la transitoriedad de todas las formas de este mundo. No lo aprendemos por percepción de nuestra propia esencia interior. Nos enteramos de que somos mortales por inducción y no por intuición. Tenemos pretensión de inmortalidad. Desde sus inicios históricos, el ser humano ha dejado testimonios de sus intentos por prolongar su vida psico-física. No nos resignamos a nuestra condición de mortales.

### ***La Enfermedad***

La enfermedad es una distorsión del estado de salud de un ser vivo. Implica la supresión, disminución o alteración de ciertas funciones corporales o psíquicas consideradas esenciales en una sociedad dada. Ello puede ir o no acompañado de dolor. “Dolor” es toda alteración del estado de bienestar de un individuo.

Disfunción, deformación estéticamente repulsiva, dolor y posibilidad de muerte constituyen los elementos de la enfermedad que nos hacen considerarla un mal.

Nuestro cuerpo y nuestra mente cumplen un número muy elevado de funciones. Cuando alguna de ellas se altera, disminuye o desaparece, decimos que hay enfermedad y lo consideramos como un mal. Sin embargo, la importancia de una disfunción cualquiera es relativa a la sociedad y a la circunstancia peculiar de quien la padece. Un bebé espartano aquejado por una enfermedad de la gravedad de la que padece el profesor británico de Física Stephen W. Hawking era sacrificado apenas nacido. El avance de la técnica y una distinta jerarquización de valores, en cambio, permiten al profesor Hawking seguir escribiendo y dictando clases en la Universidad. Una miopía puede ser considerada una bendición para quien debe trabajar con elementos muy pequeños. En la antigua Grecia, el límite entre la demencia y la posesión divina no estaba muy claro: las pitonisas de Delfos emitían sus mensajes en estado de “entusiasmo” -etimológicamente, “con el alma plena de divinidad”. ¿Cómo consideraríamos hoy en día sus balbuceos incoherentes? Algunos estudios médicos sugieren que bien podría tratarse de crisis epilépticas. Quienes tratan con niños con síndrome Dawn coinciden en descubrir en estos últimos una percepción afectiva y una sensibilidad hiperdesarrolladas, capaces de captar el estado de ánimo de otra persona por más esfuerzos que ésta haga por ocultarlo.

Queda claro, entonces, el relativismo del valor social de una disfunción. Sin embargo, queda igualmente claro que cada uno/a está capacitado/a para reconocer el buen y por lo tanto el mal funcionamiento de un órgano. Y así reconocemos a nuestro alrededor ojos que no ven o ven mal, oídos que no oyen u oyen mal, nervios que no transmiten los impulsos nerviosos o que los transmiten mal, etc. La medicina ha desarrollado, con éxito variable, artes y técnicas para corregir o al menos paliar dichas deficiencias.

Ahora bien, desde la perspectiva de este trabajo, surge aquí un terrible interrogante: ¿cómo se explica que la Naturaleza, y por ende la Inteligencia que guía su desarrollo, capaz de crear y mantener estructuras maravillosas por su complejidad y precisión, permita el contrasentido de un órgano que no cumpla acabadamente su cometido? También resulta notable que el ser humano esté capacitado para captar dicho defasaje.

Observamos además algo muy llamativo: disfunciones tales como los disturbios metabólicos, las deficiencias vitamínicas, las neoplasias, las alergias y las enfermedades degenerativas, si bien aquejan a todos los seres vivos, lo hacen con muchísima mayor frecuencia a los seres humanos o a aquéllos seres vivos que se encuentran bajo su órbita de influencia. Parece muy factible que, como insiste el naturalismo, el alejamiento de la vida natural, la vida sedentaria, los malos hábitos alimentarios, el estrés, el contacto cotidiano con numerosos y diversos agentes de polución y elementos tóxicos producto de nuestra civilización, sean responsables de la mayor parte de nuestros achaques<sup>3</sup>.

Otros especialistas opinan que las enfermedades citadas aparecen también en la naturaleza silvestre, aunque con menor frecuencia, pero resultan menos evidentes, pues los débiles o enfermos sucumben en la lucha por la supervivencia, antes de alcanzar la senectud. Uno de los signos de “humanización” del ser humano es, justamente, el de proteger la existencia de sus hermanos más débiles.

Mientras los demás seres vivos en estado natural “saben” mantenerse sanos en un porcentaje razonablemente elevado, ¿por qué la humanidad no? ¿Por qué la Inteligencia Rectora ha creado a un ser que por su modo de vida se enferma a sí mismo?

El ser humano *no* se encuentra instintivamente adaptado a un medio ambiente como los demás animales. Esto le ocasiona desventajas, como tener que reinventar siempre su *modus vivendi*, pero también importantes ventajas, como la facultad de adaptarse a condiciones muy variadas: muy pocas especies se encuentran simultáneamente en el Artico y en el Ecuador, y ciertamente ninguna ha visitado la Luna, como la humana. Cada una se halla restringida a determinadas condiciones de hábitat, temperatura y alimentación. Por citar un ejemplo cualquiera: una familia de focas colocada en tierra firme, lejos del mar,

---

<sup>3</sup>. “El Creador nos ha dado la vida para vivir sanos, siendo la enfermedad fruto de nuestra ignorancia y de nuestros errores” (Acosta y otros, *Tratado de Naturopatía Superior*, Ed. Cabal, Madrid, p. 105)

perecerá. La especie humana, en cambio, no se conforma con el hábitat que le es dado: quiere recorrer toda la Tierra y aun los demás planetas y las estrellas.

*Para el ser humano, lo dado nunca es lo definitivo.*

Otra de las variedades posibles de las enfermedades es la infecciosa, es decir, aquella causada por la acción de gérmenes patógenos sobre nuestro organismo. La vida de dichos gérmenes es en detrimento de la nuestra. Esta supervivencia de unos a costa de otros es una constante en todo el ámbito de la Naturaleza: el león se come a la cebra, la cebra se alimenta de hierbas, las hierbas se nutren de sustancias provenientes de la descomposición de los seres vivos, y así sucesivamente, formando sistemas ecológicos interdependientes.

Paradójicamente, la vida, para desarrollarse en una determinada dirección, necesita cobrarse de otras formas de sí misma. La violencia anida en su propio seno, pero, salvo la des-honrosa excepción de la raza humana, se detiene ante la especie: los miembros de una misma especie no se aniquilan entre sí de forma estadísticamente relevante. ¡El bíblico “No Matarás” saltaría de gozo si sólo fuera respetado por la humanidad aunque sea respecto de la propia especie! Respecto del faenamiento de animales para consumo humano, las sociedades más evolucionadas intentan reglamentarlo “humanitariamente”, provocando el menor sufrimiento posible, aunque tal actitud compasiva no se ha hecho todavía extensiva al reino vegetal.<sup>4</sup>

Si lo consideramos en sentido genérico, el “No Matarás” postula un ideal que, sin embargo, no se cumple en la Naturaleza. Desde ese punto de vista, *el mundo de la Naturaleza sería moralmente imperfecto, pues la vida de unos se sustenta sobre la muerte de otros.*

Siendo seres capaces de reconocer el mal como el defasaje entre un hecho u objeto y su máxima plenitud de realización, lo padecemos en carne y mente propias y lo verificamos constitutivamente inserto en la Naturaleza.

Si la Naturaleza, como creemos, es manifestación de lo Divino, ¿cómo debemos interpretar la violencia inserta en ella?

Siguiendo la misma línea de pensamiento: ¿cuál es el sentido de las malformaciones congénitas, esos desarrollos anormales que resultan de la evolución defectuosa de uno o más órganos fetales y que Hegel gráfica y cruelmente denominaba “abortos de la Naturaleza”? ¿Cómo los hemos de entender?

Muchos médicos suelen decir a los angustiados papás que se trata de “accidentes” que atribuyen a la intervención del azar en el desarrollo fetal. Pero esta apelación al azar acarrea graves consecuencias teóricas.

---

<sup>4</sup> Resulta paradójico, después de lo que hemos visto, que el término “humanitario” equivalga a “compasivo”.

Cada vez que nos encontramos frente a un hecho del cual desconocemos la causa, lo atribuimos al azar. Cuando tiramos una moneda al aire, decimos que la casualidad determinará de qué cara caerá. Pero si conociéramos con exactitud todos los factores que intervienen en su caída (fuerza y dirección del impulso de nuestra mano, distribución exacta del peso de la moneda, etc.) podríamos prever la respuesta. No se trata aquí de azar, sino de ignorancia acerca de la totalidad de las causas intervinientes. *La auténtica casualidad es la ausencia de causa.*

Decir que algo se debe al azar y no a la mera ignorancia de los factores intervinientes implica infringir el principio del *determinismo*, que reviste el estatus gnoseológico de *axioma*. La experiencia, en efecto, no constituye factor de prueba, pues por más que hasta ahora todos los hechos observados se hayan podido remitir a alguna causa, ello no garantiza que lo mismo ocurrirá en la próxima experimentación. Y a la inversa: para quien cree en el determinismo, el no hallar causa visible para un fenómeno dado sólo demuestra que nuestros métodos actuales de investigación son insuficientes. El principio del determinismo es *a priori* de toda experiencia.

La decisión depende, en última instancia, de un acto de fe: *creer o no creer* en el determinismo universal. Como todo acto de fe, no es demostrable ni refutable racional ni experimentalmente, pues es previo a la experiencia. A pesar de ello, podemos reflexionar sobre el tema, para intentar hallar orientaciones que nos inclinen hacia una u otra de las opciones.

Examinemos qué consecuencias ha traído *la organización causal del mundo*.

En primer lugar, la *inteligibilidad* de lo determinado: nuestra inteligencia y el universo de las formas se ensamblan y funcionan armónicamente. La estructura y el funcionamiento de lo determinado se tornan comprensibles para nuestra razón. El fruto de este “matrimonio” bien avenido es la *ciencia*, en todas sus ramas.

En segundo lugar, la *operabilidad* de lo cualitativo. Podemos operar, intervenir sobre lo determinado, previendo de antemano cómo reaccionará. De allí el inmenso poder transformador de la especie humana sobre lo dado, patentizado en el extraordinario desarrollo de la *técnica*.

La adhesión al principio del determinismo permite, en suma, una mayor *efectividad* en el mundo de las formas.

Al remitir un fenómeno a su causa “terrestre”, ésta a la suya, y así sucesivamente, no resulta usualmente evidente la intervención de un designio divino. Por ello la imaginería popular registra la actuación divina principalmente en los *milagros*, esto es, precisamente, aquellos acontecimientos que salen de la órbita de la red causal conocida. Sin embargo, para un creyente, no hace falta incursionar fuera de lo cotidiano para percibir la “mano” de Dios. Desde una

perspectiva creyente, la conexión de los hechos entre sí revela por sí misma la inserción de una *Inteligencia rectora* en el acontecer universal.<sup>5</sup>

Si visualizáramos el mundo como un conjunto de acontecimientos absolutamente desconectados entre sí, sería ininteligible e inoperable. Sus causas deberían ser buscadas en un ámbito trascendente al sistema factual.

Por el hecho de su libertad, la conducta de los seres humanos escapa al férreo determinismo. Por ello nuestros congéners nos resultan (¡felizmente!) muchas veces ininteligibles e inoperables.

Volviendo al tema de las malformaciones congénitas que motivó esta disquisición respecto al determinismo, optamos por adherir a la tesis del determinismo universal, en vista de la efectividad lograda por el ser humano en su trato con la Naturaleza. Una perspectiva espiritual rechazará la hipótesis del accidente o del azar, prefiriendo la del desconocimiento de las causas.

En este trabajo, así como adherimos a la tesis del determinismo universal en el nivel de los fenómenos, también creemos en el ordenamiento teleológico universal de las series causales. Entonces, desde un punto de vista creyente, queda más que nunca en pie la pregunta inicial: ¿cuál es el sentido, el mensaje oculto de, por ejemplo, las malformaciones congénitas?

¿Puede Dios equivocarse? ¿Podrían las deficiencias genéticas testimoniar simplemente errores de Dios? En ese caso habría un hiato, una diferencia esencial entre el Creador y Su Creación, entre Dios y la Naturaleza. La Naturaleza podría ontológicamente ignorar la Voluntad de su Creador. Pero en este caso, la Naturaleza sería más poderosa que el principio de su propio ser, lo cual es un absurdo. En ese caso, es la Naturaleza misma la que debería ser considerada Dios.

Otra posibilidad sería que lo que nosotros consideramos un “mal” no lo sea en el Plan Divino, cuyas metas y objetivos pueden no ser los que nosotros imaginamos. Partiendo sin embargo del axioma de la posibilidad humana de comprender el Plan Divino, agotemos primero todas las posibilidades racionales de análisis de la cuestión. Si el mundo es un mensaje, intentemos descifrar en él la respuesta a esta pregunta.

---

<sup>5</sup> Permítaseme referir aquí una anécdota personal. Creo haber presenciado un milagro en mi vida, pero la certeza de la existencia de Dios también se me hace patente en todos los hechos, aun los más banales y cotidianos: por ejemplo, la caída de los dientes de leche. Dicho acontecimiento siempre me había intrigado, pues no lograba entender su finalidad. ¿Para qué nacer equipados con doble provisión dentaria, y desechar una de ellas al cabo de seis años? Si era a causa de su desgaste por el uso, ¿por qué no cambiarlos hacia la mitad de la vida, pongamos por caso, a los treinta o cuarenta años? Un día caí en la cuenta de que una respuesta posible podía ser la relación de tamaño entre los dientes y la cabeza: las mandíbulas de un niño pequeño son demasiado chicas para que los dientes definitivos se acomoden en forma regular; a su vez, los dientes de leche resultarían insuficientes, por su tamaño, para las mandíbulas y las necesidades de un adulto: de allí el cambio a los seis años. Me parece muy patente la “mano” de Dios en la previsión de este detalle.

Las cosas que consideramos “malas”, ¿son errores de Dios?

Las grandes religiones monoteístas de Occidente postulan un Dios perfecto, omnipotente, omnisapiente, moralmente perfecto, creador y sostenedor del mundo. Sin embargo, este maravilloso mundo está transido de negatividad: hemos visto la presencia del mal en la naturaleza y en la conducta humana. Frente a ello, sólo caben dos alternativas respecto de la Divinidad: o bien Dios, aún siendo infinitamente más real que nosotros, no es perfecto, o bien, siendo perfecto, por algún motivo permite que el mal se cuele en el mundo.

Si Dios no es perfecto, cabe la posibilidad de que se equivoque: los niños con disfunciones congénitas serían la prueba viviente de ello.

Nos encontramos aquí nuevamente ante un dilema de fe: ¿puede Dios “equivocarse”? Las cosas “que no funcionan” o que “funcionan mal” en la naturaleza, ¿ponen en evidencia errores de Dios? Se trata de una opción posible desde un punto de vista teórico. La posibilidad del error divino implica la intervención del azar en la propia Inteligencia rectora del mundo. El absurdo entraría en la conformación misma del plan divino.

Pero resulta cuanto menos sospechoso que un Dios que mantiene en funcionamiento un universo tan complejo como el nuestro, con sus múltiples interrelaciones, pueda simplemente “equivocarse” en algo tan grueso como la conformación de un órgano o la información genética del ADN de un individuo.

Prefiero optar por la creencia en la *totalidad significativa del universo*. Esta es una opción de fe, tan indemostrable como su contraria, a saber, que el universo carece de significado intrínseco. Creo que todos los acontecimientos tienen un sentido: los que dependen de los seres humanos lo tienen dado por la finalidad perseguida y, análogamente, los que dependen de Dios también apuntan a objetivos que probablemente no podamos dilucidar en este nivel.

Si el niño, al nacer, es absolutamente inocente, libre de culpa y cargo, entonces las malformaciones congénitas resultan una aberración moral, un *handicap* odioso de ciertos individuos respecto de los demás. Si, en cambio, el niño trae tras de sí el historial de una vida anterior, entonces las malformaciones congénitas pueden insertarse en una trama significativa. Occidente, salvo algunas tradiciones ocultas, limita a una sola existencia biológica la vida del individuo. Oriente, en cambio, organiza su cosmovisión sobre la base de la reencarnación de las almas.

También el caso de los genios, o sea los niños con habilidades llamativas y precoces para determinadas actividades (matemáticas, piano, etc.), inexplicables desde la óptica occidental, es usado como argumento, para su cabal comprensión, para ensanchar los estrechos límites de la vida biológica del individuo.

*Los hechos de las malformaciones congénitas y de los genios, si los consideramos en el marco de una totalidad moral significativa garantizada por un Dios bueno, poderoso y sabio, encuentran una posibilidad de sentido en el marco del paradigma de la reencarnación de las almas.*

### **¿Un Dios Bueno, Poderoso y Sabio?**

El poder y la sabiduría divinos quedan manifiestos en Sus obras: este mundo de las formas en el que nos encontramos siendo, y nosotros mismos, que recibimos el don de la existencia, que no es obra nuestra.

Pero, ¿Y Su bondad?

La bondad divina no puede entenderse como una propensión a favorecer a unos en detrimento de otros, pues ello sería injusto. La bondad divina debe ser la amorosa intención de que todas las criaturas logren su máxima plenitud de ser. En este mundo cambiante, la plenitud de ser de cualquier criatura es transitoria. Incluso hemos visto que, en la naturaleza, la vida de uno se sustenta sobre la base de la muerte de otros.

*En este mundo, la bondad divina, entendida como tendencia al ser plenificado de las criaturas, no se manifiesta en su cabal expresión.*

La justicia es la forma deficiente que asume el bien en este mundo. En efecto, sustituye la vigencia absoluta del ser, que sería el *bien absoluto*, por una vigencia relativa del ser de unos en función del ser de otros, en la combinación que garantice el mayor bien posible para cada uno. Pero aun esa forma deficiente está lejos de haber sido alcanzada en lo que respecta al ser humano. Y respecto de la Naturaleza, observamos la paradoja de la vida de unos a expensas de la muerte de otros, estableciendo un contradictorio equilibrio *sui generis* entre el ser y el no-ser.

El mal integra este universo, impidiendo la expresión absoluta de los seres individuales en plenitud. Esto ¿acontece por voluntad divina o le es impuesto a Dios?

Si consideramos que Dios está condicionado por el mal en este mundo, jerarquizamos el estatus de la negatividad, equiparándola con el poder divino. Sería, aproximadamente, la tesis zoroastriana<sup>6</sup> o maniquea<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Zoroastro (Persia, s. VI a.C.). Al reformar la religión persa incluyó a Ahura Mazda como dios del bien y a Ahrimán como ente maligno, recogiendo su doctrina en el libro sagrado, Zend Avesta.

<sup>7</sup> Mani (Babilonia, s. III). Fundó una religión dualista, en la que el mundo es visto como un campo de batalla entre las fuerzas del mal y las fuerzas del bien.

Si optamos por pensar que Dios permite el mal en este cosmos, conferimos al mal un sentido dentro del plan divino: en última instancia, el mal también sería “para bien”. Sería la tesis el libro de Job y del Antiguo Testamento en general.

Lo que está en juego entre esas dos opciones es la omnipotencia divina: o bien Dios no es omnipotente, y se encuentra condicionado por el mal, o es omnipotente, y permite a sabiendas el mal en este mundo.

La presencia del mal, del no-ser, en la trama universal, nos coloca asimismo ante otras posibles disyuntivas referidas a los atributos divinos.

Las malformaciones congénitas podrían testimoniar, como vimos, errores de Dios, y ello iría en desmedro de Su omnisapiencia. A su vez, la presencia de la violencia en la Naturaleza podría deberse, simplemente, a la ignorancia, a la impotencia o a la no intención divina de hacer un mundo moralmente satisfactorio para los cánones humanos.

O bien, tercera posibilidad: quizás Dios es omnisapiente y todopoderoso, pero no es absolutamente bueno, en cuyo caso las deficiencias morales observadas en la creación responden a los designios de una voluntad divina no del todo bondadosa.

Todas estas reflexiones pretenden referirse a un ser que no se encuentra en la Naturaleza, pero al cual el ser humano percibe que la Naturaleza remite. Esta percepción de que lo existente no se autosustenta, sino que depende de un creador y sostenedor, sólo se explica gracias a la capacidad humana de trascender lo dado. Si a ello le agregamos una consideración moral y causal de la realidad, surge la problemática anterior referida a los atributos divinos, que podríamos resumir de la siguiente manera:

*Partimos de la intuición de un Dios creador y mantenedor del mundo y de nosotros mismos, y de la comprobación de la imbricación del mal en el universo, bajo la forma de lo que degrada, lo que carencia, lo que lesiona, lo que destruye. Según una perspectiva humana, este mundo es moralmente imperfecto; si es el único existente y la vida biológica del individuo es la única que posee, entonces Dios o no es todopoderoso o no es omnisapiente o no es bondadoso.*

### **Giro Copernicano**

La razón se encuentra en este punto en un callejón sin salida. Para avanzar, tendremos que apelar nuevamente a la intuición o a la fe.

Pero antes de ello, propongo efectuar un giro copernicano, destacando el hecho de que un ser natural -el ser humano, nosotros- sea capaz de efectuar estas consideraciones.

Para formular dichos pensamientos, el ser humano debe poder tomar distancia de su circunstancia para considerarla críticamente. Ahora bien, ¿cómo podría un ser puramente natural tomar distancia de la Naturaleza, y, más aun, verla como carenciada? Nosotros humanos nos sentimos inmersos en una situación deficitaria, nos hallamos “incómodos” en nuestra circunstancia. Esta “incomodidad” es problemática. Nuestro yo padece de “nostalgia de perfección” en un mundo que considera imperfecto. Esta situación parece sugerir que el ser humano no es un ser puramente natural, porque si así fuera, no podría “salirse” de lo natural para considerarlo alternativamente, fantaseando sobre lo que lo dado *no* es.

Para juzgar, como lo hace, a la Naturaleza, tenemos que tomar distancia frente a ella, comparándola con un estado de cosas inexistente. Nuestra percepción del mal es la prueba tangible de que no estamos ópticamente adheridos a nuestra circunstancia, sino que podemos “desligarnos” de ella, repensándola críticamente, posibilidad que no parecen tener los demás seres naturales de la Tierra.

*La posibilidad ontológica de trascender lo dado fundamenta la percepción humana del mal.*

Detengámonos en la intrigante situación de este ser que somos, que se halla siendo en un mundo al que no encuentra satisfactorio.

## CAPÍTULO V A LA BÚSQUEDA DEL PARAÍSO PERDIDO

### ***La Caída***

Si fuéramos seres puramente naturales, no percibiríamos la muerte, la enfermedad, la decrepitud, etc., como “males”, sino como fenómenos naturales inherentes a nuestra propia esencia: no podríamos “tomar distancia” frente a ellos. Hasta la misma actividad sexual, hecho “natural” si los hay, es vivenciada en algunas religiones o prácticas espirituales como atentatoria para el desarrollo del yo, considerado prioritariamente como un ente espiritual no material. Tal rechazo merece ser calificado, con propiedad, de “antinatural”.

*El ser humano es el único animal que se rebela contra su estatus natural.*

El animal cumple cabalmente lo que la Naturaleza ha “grabado” en sus genes; generación tras generación, el pez nada, el águila vuela, las abejas construyen sus panales, etc. La especie humana, por su parte, de cuadrúpeda se irguió a bípeda, luego se le antojó navegar por agua y aire, agenciarse mil *habitats* diferentes, modificar su cuerpo (tatuajes, perforaciones, teñidos, gimnasia, cirugía entre otros), usar vestimenta y adornos.

*Para el ser humano, su condicionamiento natural es sólo un punto de partida.*

El yo experimenta un hiato, una fractura, entre su estado ideal y la situación en la que se encuentra siendo. ¡Extraña paradoja la de un ser que se percibe como inadecuado a su propio ser! Identificamos esta “inadecuación básica” como el *mal*, concretamente en la muerte, la enfermedad, el dolor, el sufrimiento, la injusticia o la violencia.

*El yo se percibe a sí mismo y percibe a las cosas como inadecuados respecto de un estado ideal, y caracteriza dicha situación como “mal”.*

Esta percepción del mundo como imperfecto evidencia una *incomodidad existencial* del yo, un “no hallarse en casa” en este mundo. ¿Qué hace un ser con anhelo de perfección en un mundo imperfecto? Mal que le pese a Leibnitz, yo sé que este mundo *no* es el mejor de los mundos posibles. Este saber, que se

actualiza frente a cada deficiencia concreta, no puede provenir de este nivel de realidad, pues remite a un estado que no se encuentra en él.

Esta intuición básica de “no estar en casa” ha originado, en prácticamente todas las religiones y tradiciones espirituales, los diversos arquetipos acerca de la “caída” o degradación del ser humano a partir de un mítico estado paradisíaco previo y ontológicamente superior al actual.

Decimos que este universo presenta un estatus ontológico inferior al edénico, porque en él percibimos una distancia entre “ser” y “ser perfecto”, entre el ser real y su concepto, entre la existencia y la esencia en sentido escolástico. En los distintos paraísos transmitidos por las respectivas tradiciones, las cosas se adecuan a sus esencias: son como deben ser. En ello radica, precisamente, su ser edénico.

Pero el ser humano introduce una novedad: desea ser *otra cosa*, ser “mejor”, cambiar su situación, ser “como Dios”, etc. Se siente carente de algo y por ende *desea*. Pareciera que, aun en el estado ideal paradisíaco, lleváramos incorporada esa sensación de carencia, de deficiencia, que es el fundamento de la percepción del mal. La tradición mítica, depositaria del autoconocimiento arquetípico de la humanidad, percibe la consideración alternativa como inherente al ser humano.

Según surge de las más importantes cosmogonías, nuestro propio deseo de *experimentar lo diferente* puso en marcha algún inexorable mecanismo conducente a la satisfacción de dicho deseo. Algo así como un afán de aventuras, un probarse a sí mismo, un independizarse de la tutela divina: una suerte de “adolescencia del alma” que nos precipitó a este purgatorio. Luego, a medida que vamos arribando a la adultez, deseamos retornar al Padre en el marco de una nueva relación.

Ese deseo de experimentar lo diferente se fundamenta en la consideración alternativa de la realidad: revela la *atracción por el “no”*, por lo que lo dado *no* es. El sentirse dis-conforme con la circunstancia paradisíaca condujo, según las diversas tradiciones míticas, a la degradación óptica, a la pérdida del paraíso.

### ***El Relato Bíblico***

En el Antiguo Testamento, la creencia en un creador y sostenedor separado del universo requiere la postulación previa de la contingencia de este último. Creo en un Dios trascendente porque considero que el mundo no se autosostiene: ontológicamente, tanto podría estar como no estar. Si yo creyera que esta realidad porta en sí la causa de su propia subsistencia, la hipótesis adicional de un creador resultaría superflua.

*Si el mundo fuera necesario, un Dios ajeno a él no lo sería: Dios y el mundo coincidirían.*

Por lo tanto, entre las dos opciones de haber o no haber un mundo contingente, la concepción bíblica de Dios desestimó la segunda. El hecho mismo de la existencia de un mundo contingente, ¿no prueba acaso que Le resulta insatisfactoria la situación inversa? Si Dios crea el mundo es porque “Le molesta” su ausencia. Si Dios *nos* crea, es porque Le “hacemos falta”.<sup>8</sup> La consideración alternativa es la condición *sine qua non* del acto creativo.<sup>9</sup> En el relato del Génesis, luego de cada etapa creativa, Dios contempla Su obra y ve “que está bien”: como si Dios verificara la no existencia de una situación diferente, que estaría “mal”. Si Dios hubiera estado conforme con lo que había -o no había- al principio de los tiempos, no hubiera creado el universo.

El autor bíblico vivencia al mundo como lógicamente contingente; se plantea que lo que es bien podría no ser. Se pregunta por qué hay algo y no más bien nada. Asimismo imagina a un Dios que bien podría haberse planteado, previo a la creación del mundo, porqué no habría de haber algo además de Él, en lugar de nada.

“A imagen y semejanza” de Dios, el ser humano percibe el no ser. Dicha percepción conduce al acto creativo, tanto en Dios (macromundo) como en la humanidad (micromundos de la ciencia, del arte, de la economía, de la cultura en general). La creatividad se fundamenta en la *consideración alternativa*, que determina una realidad como insatisfactoria. En su memoria arquetípica corporizada en los relatos míticos, el recuerdo de la especie vincula dicha consideración con una degradación óptica.

No sabemos si la creación de algo distinto de Sí significó también para Dios una degradación óptica. Pero lo que sí podemos afirmar es que Le significó pasar de la soledad a la convivencia: hubo que avenirse a la relación con Sus criaturas. Y si hemos de dar crédito a los escritos sagrados, dicha relación, sobre todo con la criatura humana, distó mucho de transcurrir sin asperezas. El Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento sufre, en su contacto con el ser humano, una evolución histórica.

## ***La Dualidad***

La dupla binaria sí / no, ser / no-ser, parece por lo tanto estar a la base del concepto judeo-cristiano de creación de mundos. Si hay algo más bien que nada por voluntad divina, entonces dicha voluntad jerarquizó la existencia por encima de la no-existencia: Dios se lanza a la aventura del “haber” en el modo de la dualidad pluralizada. El mal, el no-ser, aparece como la sombra, el trasfondo necesario

---

<sup>8</sup> Todas metáforas antropocéntricas, a falta de una forma mejor de expresarlo.

<sup>9</sup> Desarrollese o no en un marco temporal.

para que se destaque la figura del ser, y viceversa. Todo lo existente está transido por la dupla “sí-no”, en dos modalidades:

1. determinado *versus* no-determinado (por ejemplo: blanco y no-blanco)
2. determinado *versus* determinado (por ejemplo: blanco y rojo).

Según el Génesis, la especie humana cae a este mundo cuando decide desobedecer a Dios, probando el fruto que otorga “el conocimiento del bien y del mal”. Hasta ese momento Adán y Eva vivían en uno de los términos de la dupla, en el *sí*, en el puro ser. Pero al prohibirles Dios comer el fruto de *uno* de los árboles del Edén, Dios mismo introduce el *no*, el otro término de la dupla, en la conciencia humana, sembrando así el germen de la consideración alternativa: “¿Obedecer o no obedecer?”, pregunta que antes de la orden divina ni siquiera rozaba el espíritu de la pareja arquetípica. No el fruto, sino la prohibición, introdujo en el alma humana la conciencia de la negatividad y con ella, la duda acerca de cómo actuar. Los animales obran por instinto: no tienen dudas acerca de qué hacer. Nada les está prohibido porque no tienen opciones: no son libres. El ser humano, para bien o para mal, ha perdido su guía instintiva: reflexiona antes de proceder.

La discriminación entre opción correcta y opción incorrecta le es dada a la especie humana con la primera prohibición explícita: “No comerás...”. Con sólo mirar el fruto luego de esta directiva, ya veía corporizadas en él las dos posibilidades de acción, a saber, comerlo o no comerlo. Antes de ello, no había opciones: su instinto le dictaba en cada caso el curso de acción a seguir. El primer *no* divino permitió a la disyuntiva “no” colarse en el alma de los humanos arquetípicos, desbarrancándolos a este mundo. El segundo *no* de Dios –la no aceptación de la ofrenda de Caín- tuvo como consecuencia el primer homicidio. El relato bíblico atribuye a Dios el haber insertado en nuestro espíritu la consideración alternativa, esa aptitud para ver el no-ser de las cosas.

Simultáneamente, nos volvimos mortales. Quien vive en el puro ser vive en el eterno presente, aquí y ahora. No puede concebir nada fuera de su percepción espacio-temporal actual, llámese “pasado”, “futuro” o “allí”, pues todas ellas son formas del relativo no-ser. Al abrírsenos las puertas del no-ser, pudimos ver el futuro y en él el mutar de nuestras formas individuales.

### ***A la búsqueda del paraíso perdido***

Abandonemos ahora por un momento el relato mítico para volver nuestra mirada al ser humano actual: ¿hacia dónde tienden las labores de ese gran transformador de mundos que es el ser humano? ¿Cuál es ese estado deseable al que aspiramos y que no encontramos en esta tierra?

Intentaré discriminar las metas generales tras las cuales la humanidad parece alinear sus objetivos intermedios o subordinados.

Utilizaré el método de la *extrapolación imaginaria* para investigar hacia dónde nos conducirían dichas finalidades llevadas a su máxima expresión.

### **a. Un Cuerpo Sano y Eficiente**

Hasta que no se la pierde, la salud física no suele constituir una meta consciente del accionar humano. La salud física podría definirse como aquel estado en que el cuerpo *no molesta*, “no se siente”, permitiéndonos realizar todas las actividades que están en sus posibilidades sin oponer resistencia, sin constituirse en un obstáculo. En la práctica, un órgano o un músculo se consideran “sanos” cuando cumplen sus respectivas funciones sin hacerse notar. Y, en general, somos bastante inconscientes de ellos, pues su funcionamiento no está a cargo de nuestra conciencia egoica o personal. Cuando evidencian su presencia con alguna molestia o dolor, nos advierten que algo está fallando. Para preservar y recomponer la salud física, surgen la ciencia y el arte médicos.

El objetivo final es lograr que el cuerpo esté al servicio de la voluntad, en la plenitud de sus potencialidades, sin causar molestia o dolor. Extrapolando, podríamos afirmar que mi cuerpo debe servirme para llevar a cabo mis designios sin hacerse sentir, funcionando tan eficientemente *como si no existiera*.

### **b. Ansia de Perdurabilidad**

El ser humano desea perdurar en su ser. Se da por sentado que el objetivo de la medicina es preservar el estado de salud y prolongar al máximo la vida física de las personas, aunque dicho objetivo se cuestione en los casos de pérdida definitiva de la conciencia, deterioro presuntamente irreversible o sufrimiento intolerable sin perspectivas de curación según los actuales conocimientos médicos. Sin embargo, dicha cuestión está lejos de ser zanjada. El perdurar en el propio ser aparece, para la mayoría, como un bien incuestionable en sí mismo.

El ser humano padece *anhelo de eternidad*: el deseo de prolongar indefinidamente su ahora. Incluso intenta infructuosamente eternizar su presente a través de la fotografía o el video familiar. El seguir perdurando le parece inherente a su naturaleza, y el morir, un escándalo.

### **c. Recorrer el Espacio y el Tiempo**

Desplazarse de un punto a otro por mar, tierra y aire, cada vez con mayor rapidez y comodidad, aparece como uno de los objetivos más característicos de la civilización tecnológica, o sea, occidental.

Desde la invención de la rueda, la domesticación de animales de transporte, la construcción de rutas, carros, naves, trenes, autos, aviones, cohetes y demás vehículos, Occidente amplía sin cesar las coordenadas y la velocidad de sus desplazamientos espaciales. Cada vez viajamos más lejos, más rápido y más cómodamente, dándose por sentado que ello constituye un bien en sí mismo.

¿Adónde queremos llegar? El punto límite al que tiende la humanidad en este afán sería el de *desplazarse instantáneamente a voluntad y sin esfuerzo a cualquier lugar del espacio*.

#### **d. Comunicarse a Distancia**

El ser humano ha intentado siempre comunicarse con su prójimo obviando el alejamiento físico, hallando en ello una peculiar alegría. Así surgen a lo largo de la historia los mensajeros, los tambores, el correo, el telégrafo, el teléfono, la radio, la televisión, el fax y la Internet.

¿Cuál sería el fin último de toda esta tecnología de la comunicación? Pues *comunicarse instantáneamente a voluntad y sin esfuerzo con cualquier persona situada en cualquier rincón del universo*.

#### **e. La Civilización del Confort**

Desde que la ausencia de pelambre lo ha desguarnecido físicamente, el ser humano ha debido idear la vestimenta para ponerse a resguardo de las adversidades climáticas. En cuanto a la búsqueda de refugio, su versatilidad lo distinguió, desde el comienzo, de los demás animales. Aprender a domesticar el fuego le permitió crear un microclima en su hogar, garantizado luego por los distintos métodos de calefacción, ventilación y refrigeración que fue inventando a lo largo de su historia.

Si hace demasiado frío, o demasiado calor, o demasiado viento, mi cuerpo me molesta, me duele: me siento incómoda. Por el contrario, el estado de *comodidad* llevado a su máxima expresión sería aquél en que puedo olvidar la existencia de mi cuerpo. Aquí, como en el caso de la salud física, se pretende alcanzar un estado en que el cuerpo “no se siente”, no se opone a mis fines.

La *comodidad*, el *confort*, constituyen valores sagrados en nuestra cultura occidental. ¿En qué consisten, exactamente? Consideremos algunos de los avances tecnológicos de los que se afirma que “aumentan el confort”.

Con un automóvil, por ejemplo, me desplazo a grandes distancias en posición sentada, efectuando pequeños movimientos de manos, pies y cabeza. Un

auto más confortable podrá manejarse con menor cantidad de movimientos y permitirá gozar en su interior de un microclima que me aisle del calor, del frío, de los ruidos, del Sol, y en general de las vicisitudes climáticas del ambiente exterior.

Mediante el ascensor soy elevada a grandes alturas con sólo permanecer de pie unos minutos. Gracias al teléfono, la radio, la televisión o la Internet, veo y escucho lo que sucede a miles de kilómetros o lo que sucedió en el pasado, sin siquiera moverme de mi casa.

Las procesadoras, licuadoras, hornos a gas, eléctricos o de microondas, los lavarropas y tantos otros aparatos domésticos, me permiten picar, moler, licuar, cocinar o lavar con sólo pulsar un botón. Ciertas computadoras, preparadas para el uso de discapacitados parapléjicos, permiten efectuar operaciones como atender el teléfono o prender el televisor sólo con la mirada.

Y así podríamos multiplicar los ejemplos, comprobando que la civilización del confort pretende lograr *efectos cada vez mayores con movimientos corporales cada vez menores*, tendencia tan contraria a aquello para lo cual nuestro cuerpo está preparado, que éste reacciona con obesidad y problemas cardiovasculares y de columna, tan difundidos en los países de alto nivel de confort.

Extrapolando, podríamos decir que si la civilización del confort lograra su objetivo, realizaríamos todas nuestras acciones *flotando a una agradable temperatura constante, sin que nos afecten las variaciones climáticas ni los agentes naturales, en una inactividad física total.*

#### **f. El Afán de Poder**

El afán de poder moviliza la evolución de Occidente.

El poder refleja la medida en que puedo realizar mi voluntad, dar cumplimiento a mis deseos.

Cuando la satisfacción de las necesidades es algo adquirible, la búsqueda del poder se identifica con la búsqueda del *dinero*. El dinero permite acceder a aquellas cosas que se pueden comprar. Otras veces, el logro de mis objetivos puede requerir la colaboración -libre o forzada- de mis semejantes, y entonces nos encontramos frente a las distintas modalidades del poder *político*. Finalmente, la concreción de mis metas puede depender principalmente de mí misma: en este caso, el poder se identificará con el *ejercicio de mi voluntad*.

La realización de mi voluntad puede asumir formas bastardas, como la violencia hacia el prójimo, tornándose causa de sufrimiento tanto para quien la padece como para quien la ejerce. Casi siempre los violentos han sido, a su vez, niños maltratados, formándose cadenas generacionales de violencia y de

sufrimiento. Pero hasta el peor torturador busca, en algún lugar, la paz y el afecto que se le escabullen. La persona necesita de la armonía y del amor para ser feliz; el gozo en el sufrimiento ajeno se revela, a la larga, degradante e insatisfactorio. En su evolución, el ser humano termina por valorar y gratificarse más con el respeto y el amor que con el temor de sus semejantes. Algunos visionarios se han afanado, con éxito efímero, en proponer la no-violencia como medio de acción. La carrera actual hacia el aumento del material bélico en lugar de su disminución permitirá obtener muchas cosas, pero jamás la felicidad.

El ejercicio total del poder sería, en última instancia, *la actualización plena y absoluta de mi voluntad; el cumplimiento instantáneo de todos mis objetivos.*

### **g. La Curiosidad: la Búsqueda del Tú en el Ello.**

Cuando la ciencia investiga un fenómeno para lograr su manejo (por ejemplo, el estudio de la fisión del átomo con miras a la obtención de energía nuclear), se encuentra al servicio del afán de poder. Pero ya Aristóteles, en un célebre pasaje, observaba que el ser humano encuentra en el conocer un gusto y un placer independientes de su aplicación práctica. Consideremos más de cerca este fenómeno. ¿Qué es conocer?

En un primer nivel, “conocer” supone inventariar lo más exhaustivamente posible las características de un objeto. Por ejemplo, “conocer las calles de Buenos Aires” es ser capaz de enumerarlas, describirlas y dar su localización e interrelaciones con la mayor exactitud posible.

“Conocer” puede aludir también a la capacidad de reproducir un objeto lo más ajustadamente posible. Se dirá que alguien “conoce una poesía” si puede transcribirla o recitarla, o que “conoce una partitura musical” si puede ejecutarla.

En otros ámbitos, “conocer un fenómeno” equivale a ser capaz de enumerar las causas que lo provocan. Por ejemplo, “conocer el proceso de la fotosíntesis”.

“Conocer” implica, en otras áreas, tener la facultad de prever el comportamiento de un objeto. Tal el caso del astrónomo que anuncia la hora, la duración y la evolución de un eclipse de Luna.

En el caso de una persona o sociedad, “conocerla” supone comprender las motivaciones íntimas de sus conductas.

Hablamos de conocimiento “intuitivo” para designar un conocimiento directo, sin intermediarios, sea en el ámbito de lo sensible o en el ámbito de lo espiritual.

La especie humana desea conocer todo: lo pequeño y lo grande, lo cercano y lo lejano, lo que sucedió y lo que sucederá. El conocimiento resulta ser, entonces, un modo de superar las barreras espacio-temporales, poniendo a nuestra disposición el pasado y el futuro, el micro y el macrocosmos.

*Un saber humano totalmente realizado abarcaría todo lo que sucede en cualquier tiempo o lugar, trascendiendo las limitaciones del yo psico-corpóreo, para lograr la revelación total de lo existente.*

Un conocimiento totalmente actualizado implicaría la transparencia total del Universo a la luz de mi mirada inquisitiva. El mundo presentaría una accesibilidad total para el “desde aquí” que soy. Todo el ámbito de lo No-Yo sería conocido. Para un saber total no subsistirían espacios oscuros o desconocidos. Si el conocimiento, *ese afán de desalienación del sujeto respecto al objeto*, lograra cabalmente su cometido, se desvanecerían la opacidad y la discontinuidad entre el Yo y el No-Yo. El ámbito del objeto estaría siempre a disposición del sujeto, eliminándose a fin de cuentas el hiato entre el sujeto y el objeto, fundamento de la relación de conocimiento tal cual hoy la conocemos. El conocimiento es el esfuerzo por superar esa división: su meta última sería la *perspectivización “desde aquí” de un mundo íntegramente accesible*.

¿En qué consiste exactamente dicha “accesibilidad”? ¿Se refiere al “estar disponible”, al modo de una película de la cual seríamos, en todo momento, potenciales espectadores?

Según el célebre esquema de Nicolai Hartmann, en el proceso del conocer surge en el sujeto cognoscente una imagen –sensorial o no- del objeto conocido.

Me gustaría agregar al análisis fenomenológico de Hartmann la pregunta acerca de cuál es la motivación del ser humano que lo lleva al proceso del conocer. En mi opinión, el cometido principal del conocer no se agota en sí mismo, ni surge exclusivamente con fines de manipulación o poder sobre la realidad, sino que nace en primera instancia del ansia del sujeto humano por lograr una cierta *familiaridad* con el objeto, cuyas características variarán de acuerdo al objeto en cuestión. La Ciencia Biológica logrará con la ameba una familiaridad distinta a la que la Psicología entablará con un escolar de seis años, la Química con el cloruro de sodio o una persona con su amigo. El ser humano busca acercarse al Universo del cual se encuentra separado, estableciendo con él una *comunión*, una suerte de *desenajamiento mutuo*.

Conocer, desde esta perspectiva, significa iluminar con la luz del Yo la estructura y el funcionamiento de un objeto. Implica humanizar el universo, tornarlo accesible, comprensible desde una óptica humana. Experimentamos la *curiosidad*, ese deseo de familiarizarnos con el universo, de comunicarnos con él, de volverlo transparente a nuestra percepción sensorial, mental y espiritual, de hacerlo *nuestro hogar*. A través del conocimiento, el Yo intenta “domesticar” lo

distinto, tornarlo su amigo, como el Principito con el zorro en la novela de Saint-Exupéry.

El Yo no se contenta con ser un mero espectador del acontecer universal. Desea encontrar en el Cosmos un interlocutor. Este diálogo, al igual que todos los diálogos, puede frustrarse si no se encuentra un lenguaje común, una actitud de escucha respetuosa, un ofrecerse sin reticencias, un no querer someter ni dominar al otro. La humanidad no logrará jamás dialogar con la Naturaleza, si transforma la Ciencia en un instrumento de dominación.

El deseo de conocer refleja el afán del Yo por comprender, por comunicarse, por familiarizarse con lo No-Yo. Al Yo le molesta su situación de distanciamiento respecto de lo No-Yo: desea superarlo, pero no al punto de perder su identidad, confundiéndose con lo No-Yo. Lo No-Yo se le aparece como algo ajeno a su intimidad con lo cual desearía poder establecer un código común, un diálogo auténtico. A lo largo de su historia, Occidente ha ensayado formas de conocimiento de lo No-Yo que han resultado sustitutivas del ansiado diálogo, como por ejemplo el inventario, la producción, la interferencia, el manipuleo, el enunciado de las causas, el uso, la previsión del comportamiento o la explotación. Estas formas de relacionarse con el mundo han devengado en una soledad ontológica del ser humano en el universo. Occidente se encontró solo en un universo indiferente, apto solo para la explotación y el consumo.

En mi opinión, sin embargo, la meta subyacente –a menudo inconsciente– ha sido la comunicación, el diálogo, la comprensión profunda, la amistad y aun –¿por qué no?– el amor, siendo éste último, como bien lo señalan las Escrituras, la forma más elevada de conocimiento a la que el ser humano puede acceder. El afán auténtico de conocimiento avanza en pos de la *comprensión amorosa del universo*, en quien adivinamos a nuestro compañero de ruta, nuestro hermano, nuestro par.

El ser humano percibe al mundo como un misterio, como un mensaje en clave al que intenta descifrar. Las distintas modalidades cognoscitivas, por exhaustivas que sean, si permanecen dentro del ámbito de la relación Yo-Ello, dejan al Yo un gusto de frustración. El Yo, para sentirse plenamente satisfecho, necesita la comprensión profunda de las motivaciones, que sólo se da en el marco del Yo-Tú.

Nuestro sueño sería establecer un diálogo con el Universo, con la Inteligencia que a través de él se manifiesta. Más allá de la mera formación de una imagen del objeto en el sujeto, aspiramos a una comunicación íntima y plena, sin secretos, que en su grado sumo equivaldría a una lograda relación amorosa. Se mantiene la diferencia Yo / No-Yo, pero se transmuta lo No-Yo de un Ello enfrentado y cerrado en sí mismo en un Tú dialógico.

*Transformar lo No-Yo de un Ello en un Tú*, de otro ajeno en un interlocutor. Buscamos desentrañar el idioma de cada sector de la realidad para poder

comunicarnos con él. Tanto cuando hacemos ciencia pura como cuando invocamos conscientemente a Dios, *estamos a la búsqueda de ese gran Tú que nos debe el sentido de encontrarnos siendo en este mundo y en esta circunstancia.*

#### h. **La Póiesis o Creación de Mundos**

Otro de los objetivos propios de la especie humana, independientemente de raza, credo, clase social o cultura, es la *póiesis* (creación de mundos) o Arte.

Todos los seres vivos elaboran la materia que se encuentra a su alcance para tornarla apta para su supervivencia. Para alimentarse y guarecerse, transforman la materia circundante, provocando en ella reacciones físicas y químicas.

La especie humana, en su actividad, genera además un determinado tipo de realidades (pinturas, bajorrelieves, esculturas, estatuillas, artesanías, poesías, narraciones, obras de teatro, sonidos, música, óperas, conciertos, murales, danza, etc.) que responden a una necesidad de expresión y no a un requerimiento de supervivencia.

El ser humano encuentra placer en la pura y simple auto-expresión, es decir la producción de algo que pueda reconocer como auténticamente propio. Este algo puede ser monumental, como el Guernica de Picasso o la epopeya del Mahabharata, o cotidiano como un arreglo floral. Y así surgen objetos, hechos, acciones y obras expresión de Yo es que se deleitan con la creación de productos de su autoría.

El Yo necesita verse exteriorizado en obras o acciones del ámbito del Ello, que reflejen de alguna manera su interioridad. Cuando esto sucede, lo denominamos el “estilo” de una persona, una época o una cultura. Por ejemplo, el estilo de Góngora o de Cortázar, de Van Gogh, de Beethoven, del expresionismo o de la cultura celta. Ellos han logrado dejar impresas en lo Ello sus respectivas “formas de ser”. Pero ello no sucede sólo con los grandes artistas: todos y cada uno de nosotros tenemos nuestra peculiar y exclusiva “forma de ser”. Cuando logramos plasmarla en un hecho concreto, grande o pequeño, que reconocemos como íntimamente nuestro, nos sentimos particularmente felices y “realizados” (nunca mejor aplicado este término tan remanido). Al conformar el mundo objetivo para que, por una afinidad difícil de explicar desde la razón, refleje externamente su interioridad, *el Yo se explicita a sí mismo a través de lo Ello*, utilizándolo como medio de manifestación.

La expresión auténtica de mi propio ser siempre trae novedad al mundo, pues todos somos maravillosamente diferentes. Cuando logro dar cauce exterior a mi propia intimidad, el resultado es el surgimiento de algo nuevo en el universo. La creación, el Arte, para ser tales, no requieren monumentalidad sino autenticidad..

Contrariamente a lo que afirma el Eclesiastés, no sólo existe lo nuevo bajo el Sol, sino que es algo muy cotidiano.

*La creación es el testimonio de la actividad de un Yo.*

Todos nuestros gestos, aun los más ínfimos, si surgen “de dentro”, de la fuente primigenia del Yo, son únicos, porque cada Yo es único. Dar expresión a mi propia peculiaridad y exteriorizarla bajo una forma hasta ese momento inexistente me gratifica muy especialmente. Lamentablemente, nuestra alienante civilización del consumo no nos brinda muchas oportunidades en este sentido, y ello redundando en detrimento de nuestra salud física y mental.

En la *póiesis*, el Yo modela lo No-Yo a su imagen: quiere verse allí reproducido. Citemos el deslumbrante ejemplo de los jardines barrocos, en los que la racionalidad de un momento cultural estampa su impronta en la Naturaleza. El Yo exterioriza su identidad sin debilitarla; por el contrario, la afianza. Al salir poéticamente hacia fuera, su interioridad se enriquece. Al manifestarse a través de lo No-Yo, el Yo afianza su propio ser. El Yo no se contenta con quedar encerrada en su propio interior. Es, paradójicamente, una “ensimismidad extrovertiente”. Caso contrario, es infeliz. Se vale de lo No-Yo para verse “espejado” fuera de sí.

Por otra parte el Arte, esa exteriorización de lo interno, vehiculiza también el *diálogo* entre Yoes; toda expresión auténtica de un Yo constituye una provocación, una in-vocación hacia los demás Yoes.

*En la póiesis, el Yo se ex-pone, in-vocando la respuesta de algún Tú.*

Como en el caso del conocimiento, el Yo no considera la separación Yo / Ello como infranqueable, sino como un punto de partida, una materia prima a moldear, una situación a transformar. En el origen de la creatividad del ser humano se encuentra su necesidad interior de salir de sí, de “ex-presarse”, utilizando lo Ello que encuentra “a mano”. De esta forma, el Yo se alteriza, se “pone fuera”. Si dicha alterización es auténtica, tenemos una obra de arte, por ínfima que sea. Caso contrario, surge un producto o conducta enajenados que no producen gratificación. Como todo lo que hace el ser humano en este mundo, puede hacerlo bien o puede hacerlo mal.

Al conocer, el Yo sale hacia fuera en actitud expectante, tratando de aprender el “idioma” de lo No-Yo. En la *póiesis*, sale en actitud creativa, informante, fecundante, postulativa. “Desde aquí” sale a ponerse “allí”; al hacerlo, se “re-conoce” y se “pro-pone” a los demás Yoes como locutor, como generador de mensajes.

La *póiesis* cumple entonces simultáneamente dos finalidades:

- Estructura expresivamente lo Ello para tornarlo portador de la interioridad del Yo, y
- Constituye una señal de presencia de Yo para un eventual receptor, o sea, para otro Yo.

Si extrapolamos la actividad de la *póiesis* llegaremos a:

- *Una capacidad de creación, tanto de materia como de forma, por el simple poder de la voluntad*
- *Un Yo como interioridad totalmente extro-vertida, transparente a los ojos de todo otro Yo, usando lo No-Yo como mediación.*

### ***Una fantasía teológica***

Séame permitido abandonar aquí por un instante el análisis antropológico para incurrir en una fantasía teológica. Las Escrituras judeo-cristianas afirman que hemos sido hechos “a imagen y semejanza” de Dios. Mucho se ha especulado sobre el carácter de dicha semejanza. ¿No podría ésta radicar en nuestra facultad de *póiesis*, de hacer surgir algo nuevo por el puro gozo de crear y expresarnos?

Por supuesto que el ser humano, a diferencia de Dios, no puede –por ahora- crear materia. Pero sí puede crear ideas, acciones, formas, estructuras o relaciones que extroyecta hacia lo No-Yo, tiñendo e informando lo Ello. Dicha actividad no se encuentra subordinada a fines de supervivencia, sino que intenta plasmar una obra afín al ser del agente.

¿Nos equivocaremos mucho si, análogamente, vemos el mundo como la manifestación poética de Dios? Dios y el ser humano se asemejarían por su capacidad de creación. Dios, a través del universo, estaría expresando su propio ser.

*El mundo aparecería así como un colosal mensaje a descifrar, cuya clave sería nada menos que la naturaleza y el designio divinos.*

Personalmente intuyo, detrás de la totalidad del Universo, al gran Yo que se expresa a través de él. Dios, para mí, es el centro de irradiación de ser de lo Ello, el “Yo de lo Ello”. En tanto Dios se manifiesta poéticamente a través de la totalidad de lo Ello, nosotros lo hacemos a través de sus parcialidades. También nosotros, a semejanza de Él, utilizamos lo No-Yo para expresar nuestra espontaneidad.

Ya hemos visto (Capítulo I) que las proposiciones acerca de Dios son racionalmente indemostrables. Ni siquiera la existencia de otros “Yo” en general –o del “Yo” divino en particular-, además de mi propio “Yo”, se puede demostrar mediante la mera razón.

Sin embargo, Yo sé positivamente cuándo me encuentro frente a otro Yo. Poseo un sentido que me indica cuándo me encuentro frente a una espontaneidad, a un centro de ser distinto del mío propio. Podríamos denominarlo "*facultad de percepción del Otro*". El Yo intuye la expresión y el llamado de otro Yo. Este sentido, como todos los demás, se encuentra diversamente desarrollado en cada persona. Consideraremos este tema más detenidamente en el próximo apartado. Dicha "*facultad de percepción del Otro*" es la que debo ejercer para poder captar el mundo como expresión divina.

*A través de una actitud expresiva (arte) o indagatoria (conocimiento), el Yo aspira a la superación dialéctica de la diferencia Yo / No-Yo.*

Esta necesidad de *interacción* del Yo con lo No-Yo, vehiculizada a través de la *póiesis* y del *conocer*, nos conduce a otra de las grandes estructuras yoicas: el *diálogo*.

### **i. La Necesidad de Diálogo**

Para que haya *comunicación*, alcanza con que haya un *lenguaje común*, o sea, un intercambio de mensajes. Así se puede decir que me comunico con una computadora. También me "comunico" con la empleada de ventanilla que me vende un boleto de subte o con el mozo del bar que me sirve un café. Mediante un código común, emitimos y recibimos información: nos *comunicamos*. Dicha comunicación sucede en la mayoría de los casos sin un compromiso real del Yo.

Pero un día, una mirada o un comentario provocan un cambio cualitativo palpable en la relación. Se produce un *encuentro*, es decir, un *reconocimiento mutuo de presencia yoica*. Dos centros de ser se presentan, se exponen y se admiten mutuamente como tales. Dicho reconocimiento no sucede a través de ninguno de los sentidos físicos: "*No puedes ver al que ve, ni oír al que oye, ni tocar al que toca...*" dice una *Upanishad*<sup>10</sup>. *El Yo posee la facultad no-sensorial de percibir a otro centro de ser.*

Dicho encuentro puede ser fugaz o bien puede desarrollarse en el tiempo. Denominaremos *diálogo* a la *expansión y crecimiento del encuentro en el tiempo*.

Cuando un Yo reconoce a otro Yo, se dirige a él en la modalidad del *Tú*. Su apertura es "tuificadora", constitutiva de "Tú". En un diálogo auténtico, ambos Yoes cumplen simultánea y recíprocamente los roles de "Yo" y de "Tú": propiamente, se "tutean".<sup>11</sup>

En mi relación cotidiana con el mundo de lo No-Yo, me topo además con ciertas configuraciones (una silla, una piedra) que no dan señales de reconocerm

---

<sup>10</sup> *Brhad-âraryaka-upanishad*, III,4,2.

<sup>11</sup> Este enfoque es obviamente deudor del magistral análisis de Martín Buber.

como el Yo que soy. Buber las caracterizó como el ámbito de lo *Ello*. Entre Yo y Ello no sucede el reconocimiento mutuo de dos centros de ser. Yo trato lo Ello como algo que no tiene en su interior un foco de patencia de ser y lo Ello se comporta conmigo de idéntica manera. Existe un mutuo ignorarse, una cerrazón recíproca.

Sin embargo, si lo invocamos<sup>12</sup> o nos sentimos invocados por él, dicho Ello se transformará en un Tú. Es mi apertura la que varía: si sé escuchar, cada ente me enviará su mensaje peculiar. Cada ámbito de lo No-Yo exigirá su propia modalidad de encuentro y de diálogo.

Percibo la presencia de un Tú cuando, en respuesta a mi salida hacia lo No-Yo, me siento, a mi vez, señalado, invocado, como “Yo”; se produce el encuentro, quizás el diálogo. Intuyo otro “centro de ser” y me siento recíprocamente intuida como tal por él.

Pero así como puedo ampliar el campo de los Tú, también puedo restringirlo. Puedo *cosificar* al prójimo tratándolo como si fuera un Ello, o sea, no reconociéndolo como foco de ser ni dejándome reconocer como tal por él. Esta relación, lamentablemente tan frecuente en nuestro trato cotidiano, resulta mutuamente empobrecedora.

“Tú” y “Ello”, si bien caracterizan distintas modalidades de aparecer lo No-Yo, no constituyen compartimentos estancos, fijados de una vez para siempre. Corresponden en realidad a *dos actitudes del Yo*, que podríamos denominar, siguiendo a Buber, “*Yo cosificante*” y “*Yo dialogante*”. Este último posee una actitud receptiva al ser de lo Otro. El Yo cosificante, en cambio, se cierra sobre sí mismo y a la vez atribuye esta cerrazón a lo No-Yo, cosificándolo. En este caso ambos, Yo y No-Yo se cosifican, se cierran, se aíslan.

“Yo”, “Tú” y “Ello” resultan ser *términos correlativos*. Habitualmente, lo Ello soporta pasivamente mi actividad de conformarlo. Pero si cambio mi actitud, lo Ello puede volverse un Tú y sorprenderme -si me dejo sorprender. El adiestramiento o la domesticación pueden constituir una peculiar forma de diálogo con los animales, visible en las demostraciones hípcas o circenses.

La caída en el mundo de lo Ello consiste precisamente en la pérdida o disminución de la capacidad de diálogo, la degradación del Yo dialogante en Yo cosificante. En esta última modalidad existenciaría, cosificamos y somos cosificados, aislamos y somos aislados. El ser humano, en su evolución espiritual, ansía pasar de Yo cosificante a Yo dialogante.

San Francisco de Asís constituye un ejemplo de Yo dialogante llevado a su máxima expresión. El podía percibir un Tú en todos los seres, grandes o pequeños, animados o supuestamente “inanimados”.

---

<sup>12</sup>. En el sentido etimológico de “vocación” como “llamado”.

## ***La Capacidad de Diálogo y la Libertad***

No todos los entes poseen libertad; pero ello no invalida su aptitud para ser un Tú en potencia. La Cábala, el sistema místico del judaísmo, lo expresa alegóricamente afirmando que cada ente “inanimado” está regido por un ángel. Por ejemplo, el planeta Tierra tiene un ángel que lo gobierna, haciéndole cumplir todas las leyes físicas, químicas y biológicas instituidas por la Inteligencia Divina. Dicho ángel no es libre, porque no puede apartarse de las órdenes divinas, pero no por ello deja de ser un interlocutor en potencia si sabemos “sintonizar” la “onda” adecuada.

Todos los seres que conocemos, con excepción del ser humano, aceptan sumisamente la colosal voluntad de Dios que se expresa a través de ellos: leyes inmutables grabadas en la materia, conductas instintivas de los seres vivos. Nosotros mismos, en este nivel de realidad, estamos muy lejos de ser totalmente libres. Fuera de nuestro poder de decisión quedan el hecho mismo de nuestra propia existencia, su modo y circunstancias (este cuerpo, esta familia, esta fecha de nacimiento y de muerte, este país, este estrato social, etc.), el funcionamiento de nuestros órganos y sistemas (respiración, digestión, latido cardíaco, fecundación, gestación, regeneración epitelial, etc.). Pero todo Ello, libre o no, puede tornarse un Tú, y viceversa. Todo dependerá de la actitud que adopte el Yo.

### ***j. El Encuentro***

En toda *expresión* auténtica sucede la mostración, el develamiento del Yo. El Yo encuentra allí la oportunidad para revelarse tal cual es, manifestándose en la modalidad “salir hacia otro Yo”. Si dicha *ex-presión* es captada por otro foco de ser, se produce el *encuentro*. El encuentro motiva y alienta la mutua mostración. Se constituye en una recíproca incitación al desocultamiento, a la aventura del mutuo descubrimiento y expansión del propio ser que se plasma en el *diálogo*. El diálogo brinda la ocasión de *alétheia*, ser en la verdad como de-velación. Es el *locus* de la mutua comprensión, de la revelación del ser verdadero de cada interlocutor, para-sí y para-el-otro. La mirada amorosa del Otro arroja luz sobre mi intimidad, y a su vez mi mirada resulta develadora de su ser interior. Accedo al conocimiento profundo de Mí y del Otro. El diálogo exitoso consuma una tercera variante –además de la *póiesis* y del conocimiento- de la superación dialéctica<sup>13</sup> de la división Yo / No-Yo.

### ***El Ocultamiento***

Pero en este nivel de realidad en el que nos hallamos, el Yo puede también deliberadamente evitar el encuentro, mediante el *ocultamiento*. Al ser libre, el ser humano tiene abierta la opción para la mentira o *ser inauténtico*. Cuando, en lugar de permitirse ser sí mismo, el Yo se embreta en roles a los que luego se aferra

---

<sup>13</sup> Que a la vez niega y conserva

desesperadamente, la mirada del Otro puede tornarse un infierno, pues lo fuerza a develar lo que pretende ocultar.<sup>14</sup>

Esta preeminencia del rol, de la *máscara*, del *personaje* por sobre el Yo auténtico señala el predominio del Yo cosificante, cerrado y egoísta, por encima del Yo dialogante, abierto y receptivo. El diálogo se ve frustrado por el autoocultamiento total o parcial del Yo. Avanza lo Ello sobre el Tú, lo cuantitativo sobre lo cualitativo.

El yo egoísta prefiere acumular en lugar de compartir, someter en lugar de respetar. En consecuencia, va quedando cada vez más solo, más aislado, en el silencioso mundo de lo Ello. Como el Harpagón de Molière, su único disfrute consiste en contar y recontar las riquezas materiales que acapara.

Al ver al Otro como un Ello, el Yo cosificante ejerce sin culpa el sometimiento de su voluntad, subordinándola a sus propios fines egoístas. Pero esta actitud tiene un efecto *boomerang*: quien cosifica se priva del goce de la relación dialógica, acabando a su vez también cosificado. No se puede ejercer violencia sobre un semejante sin violentar a la vez la propia naturaleza, degradándola. Ningún tirano puede disfrutar de paz y armonía interior.

El Yo cosificante, llevado a su máxima expresión, conduce al egoísmo absoluto, a la máxima cerrazón sobre sí mismo y sobre los demás. Se pierde la aventura de la apertura dialógica, infinitamente más gratificante y enriquecedora, pudiendo sólo acceder a un nivel autista de dicha, más cercano al ser cósmico que al ser humano.

En este nivel de realidad, el Yo puede equivocarse en detrimento propio. Paradójicamente, *puede elegir ser deficientemente*. En el capítulo siguiente intentaremos dilucidar los fundamentos ontoteológicos de dicha situación.

Ahora continuaremos explorando cuál sería el posible desarrollo máximo de la situación dialógica.

Hemos visto que, al expandirse y crecer en el tiempo, el reconocimiento mutuo de presencia yoica (“encuentro”) evoluciona a “diálogo”. Este, a su vez, al afianzarse, sufre un salto cualitativo y se transforma en *amor*. El amor, fenómeno inexplicable desde el ámbito del Yo cosificante, consiste en el *deseo del bien del Otro*. Supera a la actitud egoica, que se limita al deseo del bien propio. En el amor, la direccionalidad del Yo apunta hacia el bienestar de lo No-Yo. Se llega a producir el olvido del Sí-mismo con vistas al Otro. En la vida cotidiana, lo vemos florecer con frecuencia en la relación madre-hijo. Los grandes maestros de todas las tradiciones nos piden que extendamos el amor a toda la humanidad. Más aún: también podemos amar a los animales, a las plantas, a las piedras, al planeta y al universo todo.

---

<sup>14</sup> Cfr. la obra de teatro *Huis-clos* de Jean-Paul Sartre.

Si somos capaces de ver en todo No-Yo a un Tú, podremos acceder al deseo del bien de todas las criaturas. La extrapolación del amor nos conduce al reinado del *amor universal*, anticipado en Isaías XI, en el cual cada criatura desea el bien de todas las demás, consumándose la superación terrenal de la egoicidad, es decir la máxima negación posible del yo en el marco de la separatividad de las conciencias.

*En aquel día el lobo y el cordero se echarán juntos, y el leopardo y las cabras estarán en paz. Los becerros y el ganado engordado estarán a salvo entre los leones, y un niño los pastoreará a todos. Las vacas pacerán entre los osos: los cachorros y los terneros se echarán juntos, y los leones comerán hierba como las vacas. Los bebés gatearán seguros entre las serpientes venenosas, y el niño que meta la mano en un nido de víboras no sufrirá ningún daño. Nada habrá perjudicial ni destructivo en todo Mi santo monte, pues así como las aguas llenan el mar, la Tierra estará llena del conocimiento del Señor.*

#### **j. La Intuición de Dios**

La actividad religiosa, es decir, aquella cuya inteligibilidad remite a la existencia de una o más entidades sobrenaturales, caracteriza a la especie humana desde su aparición sobre este planeta. En ningún otro animal se avizoran siquiera atisbos de conductas que revelen una comprensión de esta índole.

Desde los albores de su historia, el ser humano intuye *el poder imperceptible que sustenta lo perceptible*. Le ha atribuido sucesivamente formas múltiples o unitarias, más o menos “terrenales”, variables según el ámbito cultural y el momento histórico. Pero a medida que la humanidad evoluciona, va buscando cada vez más *lo no fenoménico detrás de lo fenoménico*.

El *homo sapiens* se pregunta *cómo* suceden las cosas; el *homo spiritualis* se pregunta *por qué* y *para qué* suceden. Generación tras generación, se empecina en una búsqueda absurda desde un punto de vista estrictamente natural.

Dios, por definición, no puede ser un ente natural. Como debe dar cuenta de la existencia de todo lo natural, no puede estar encerrado en sus límites.

Ignorando toda lógica convencional, el *homo spiritualis* salta por encima de las barreras de sus propias determinaciones, ansiando aquello que ni siquiera puede concebir. Se constituye así la paradoja de un ser que postula la existencia de algo que, por definición, lo trasciende, pues excede los límites de su propia condición.

Esta “sed” de Dios resulta racionalmente incomprensible en el marco de una concepción puramente natural del ser humano: ¿cómo podría, en efecto, un

ser “salirse” de su propio marco dimensional y bucear en coordenadas ajenas a las de su propia existencia? Sin embargo, hay que rendirse a la evidencia de millones de seres humanos a lo largo de la historia y de la prehistoria: la humanidad indaga más allá de sus propios límites espacio-temporales.

Las diversas religiones no sólo han postulado la existencia de una o más entidades sobrenaturales, sino que además les han atribuido una participación activa y trascendental en el acontecer terrenal. Como en todos los asuntos humanos en este mundo, tampoco sobre este punto hay acuerdo universal: pero aun los ateos que niegan su existencia comprenden qué significa la expresión “ámbito de lo sobrenatural”. Esta misma *comprensión ontológica distingue al ser humano como “ciudadano de dos mundos”*, no limitado al campo de lo natural.

La consideración alternativa le permite al ser humano ver que las cosas que lo rodean no son Dios. Pero ¿de dónde extrae siquiera la idea de Dios y, en general, las ideas que superan en excelsitud a las realidades de este mundo? ¿Alcanzará para explicarlo con recurrir a la facultad de la imaginación, o habrá que suponer estancias en otros órdenes de realidad? La investigación parapsicológica no ha dado hasta ahora un corte científico a esta disyuntiva. Las diversas religiones y espiritualidades, en cambio, se pronuncian decididamente por la segunda alternativa.

¿Cuál sería la culminación extrapolada de esta búsqueda de lo Divino? El anhelo del devoto se vería colmado con *una vida eterna de contemplación beatífica de la divinidad*. En la cercanía de este ser cuyas características no puede describir confía el *homo spiritualis* encontrar la *plenificación de sentido de su vida*.

### **k. La Búsqueda de la Felicidad**

Ya señaló Aristóteles que todo miembro de la especie humana anhela eso que designamos con el nombre de “felicidad”. Bajo todos los macro-objetivos mencionados hasta ahora subyace la búsqueda de dicho estado. Cada ser humano intenta ser feliz a su manera; su forma de lograrlo, en la cultura occidental, se subsumirá bajo alguno de los ítems anteriores.

Con frecuencia se confunde “felicidad” con “placer”.

El placer está ligado a la satisfacción de una carencia. Puede tomar la forma de una sensación de bienestar *físico* relacionado con los órganos de los sentidos (el placer de una buena mesa, de un concierto, o el placer sexual, por ejemplo), de un gozo *intelectual* (resolver un acertijo o un problema matemático) o *moral* (vencer las propias tendencias negativas, ejercitar la fuerza de voluntad, cumplir con un deber).

El yo psicológico accede a lo físico, a lo intelectual y a lo moral a través del *tiempo*. Como todo lo temporal es perecedero, el placer que de ello depende también lo es.

La persona desearía que el placer fuera eterno, que no se acabara jamás. ¿Por qué? Porque a través del placer, en realidad lo que está buscando, es la felicidad. Pero un estado continuo de placer es inconcebible, pues para que se produzca el placer tiene que haber existido previamente un estado de necesidad. Una buena mesa sin interrupciones termina por hartar, pero... ¡qué diferencia si accedemos a ella después de un día de ayuno! Y lo mismo sucede con todos los demás placeres.

El placer depende de lo No-Yo, y como este último es cambiante, el placer y su contrario, el displacer, también lo son.

Y ¿qué es la felicidad?

Lo que solemos denominar “felicidad” se caracteriza por una vivencia de alegría profunda, de bienestar existencial, de armonía con el cosmos. Cuando somos felices, percibimos que “todo está bien”, que “todo está en su lugar”. Nos sentimos satisfechos con el orden existente, con un sentimiento de paz interior y de contento espiritual. No se trata de una actitud conformista; por el contrario, aparece asociada al proceso de realización de la propia vocación, las propias potencialidades latentes. La felicidad suele aparecer durante la lucha por el logro de una meta; el placer, al logro de la misma. Por ello el placer es efímero, mientras que la felicidad puede acompañar toda una vida.

Podríamos caracterizar la felicidad como un “*estado de vivencia aumentada de ser*”. Tanto el yo psicológico (pensamientos, sentimientos, emociones, fantasías) como el resto de lo No-Yo (el mundo de lo determinado en general) se perfilan con más detalle y profundidad, como si tuvieran más “densidad de ser”. El Yo parece brillar con más intensidad de ser: lo vive todo con más definición, con más “luz”, con “más realidad”.

Cuando somos felices, “fluimos” con el mundo: no le resistimos. Utilizamos la corriente que nos toca para navegar hacia la meta –no luchamos contra ella. La felicidad consiste en un sometimiento gozoso al orden del cosmos, un sentirse integrado al orden del universo; sentimos que cada cosa, incluyéndonos a nosotros mismos, ocupa el lugar que le corresponde, aunque no podamos comprenderlo del todo.

*El ser feliz no percibe el mal como tal. Visualiza cada carencia como una oportunidad de cooperar con la creación, el mantenimiento y el enriquecimiento del universo.*

La persona que ha accedido al estado de felicidad depende cada vez menos, para mantenerlo, de las vicisitudes cotidianas. Los acontecimientos

diarios no son los determinantes de su estado de ánimo. Si bien la afectan, lo hacen en mucho menor medida que a quien está centrado en la búsqueda del placer. La felicidad descansa sobre un estado de *consolidación interna del Yo*, que se manifiesta en un desapego de los bienes transitorios.

Como en este mundo siempre el ser humano encontrará algo para corregir, algo que esté “mal”, los logros obtenidos, sean cuales fueren y de cualquier ámbito, nunca son definitivos. Por eso la felicidad aparece más ligada con la lucha que con la victoria. Más que depender del logro de algún objetivo en particular, tiende a constituirse en un estado del Yo independiente de las vicisitudes externas.

Sin embargo, en este nivel de realidad, la felicidad absoluta es imposible, pues estamos encarnados en una dimensión espacio-temporal y por lo tanto ligados, en mayor o menor medida, a lo mutable y perecedero. El amor a los seres de este mundo se ve constantemente amenazado por lo efímero de su existencia. Por ello el ser humano, en algún momento de su evolución, comienza a buscar en lo eterno (llámese conocimiento, espiritualidad o arte) un asidero firme para su vida.

¿Cómo sería esa felicidad absoluta, es decir, la felicidad extrapolada a su máxima expresión?

Sería un estado eterno de *hipervivencia de lo real*, acompañado por un estado de *contentamiento, de armonía con el cosmos, de percibir que “todo está bien”*.

El propio Dios bíblico nos da un ejemplo, en el relato de la Creación (Génesis 1,1), acerca de cómo acceder a la felicidad en este mundo. Luego de cada una de las etapas creativas, contempla Su obra y “ve que está bien”. ¡Pero seguramente no “estaba bien” en un sentido de completitud o acabamiento, porque si no, no hubiera proseguido su labor de creación, sino que la hubiera concluido allí mismo! “Estaba bien” como una *etapa* del camino a recorrer. El despliegue temporal torna *perfectible* la realidad. La clave de la felicidad radica en ver que todo está bien, aunque todavía esté incompleto. Es un estado interior que ilumina lo real, elevándolo al estatus de “bien”. La infelicidad consiste en la percepción del mal detrás de cada bien. La felicidad, en cambio, percibe el bien que existe detrás de cada mal.

## **I. *El Paraíso Recuperado***

Propongo ahora al esforzado lector que me acompañe en la siguiente ficción: imaginar que la especie humana ha logrado en forma completa la concreción de los objetivos generales que hemos estado analizando en este capítulo, de modo tal que estuvieran al alcance de todos. ¿Cómo viviríamos?

Nuestro cuerpo funcionaría sano y eficiente: no constituiría un obstáculo para el ejercicio de nuestra voluntad, sino un medio para su cumplimiento. No haciéndose sentir, casi *como si no existiera*, se adaptaría dócilmente a nuestros designios.

Seríamos *inmortales*: no nos abrumaría la perspectiva de la muerte.

Podríamos desplazarnos instantáneamente a voluntad y sin esfuerzo a cualquier lugar del espacio, y quizás del tiempo, así como comunicarnos de la misma forma con cualquier Yo en cualquier lugar del universo.

El *confort*, en su máxima expresión, implicaría el logro de nuestras voliciones con sólo accionar nuestra mente. Nuevamente la eficiencia absoluta de del cuerpo en este estado ideal sugiere su *ausencia*. Cada uno de nosotros actualizaría plena y absolutamente su voluntad, en el marco del respeto a la voluntad ajena.

Conoceríamos lo que sucede en todo tiempo y lugar, accediendo a la *revelación total del universo*. No sólo seríamos cuantitativamente *omnisapientes*, sino que comprenderíamos la causa y la finalidad últimas de la existencia del mundo.

Nuestra capacidad *creativa*, totalmente actualizada, nos permitiría modificar y crear forma y materia a voluntad.

Cada Yo, además, se *expresaría* con la máxima autenticidad y transparencia, exponiéndose sin ocultamientos a los ojos de los demás. Cada Yo habría evolucionado a la categoría existencial de *Yo dialogante*, en su apertura máxima del *amor universal*, o sea, el deseo del bien de todo Otro. El reinado del amor universal tornaría superfluas las restricciones externas al ejercicio de la voluntad. Todos adaptarían espontáneamente y sin necesidad normas coercitivas su accionar a la prioridad del bien de todos. Y si aceptamos que la sabiduría florece en la conjunción del conocimiento con el amor, deberemos admitir que seríamos *todos sabios*.

*Nada habrá perjudicial ni destructivo en todo Mi santo monte, pues así como las aguas llenan el mar, la tierra estará llena del conocimiento del Señor.*  
(Isaías XI, 9)

Todos *conocerán* a Dios. Todos tendrán acceso a la patencia de Su presencia. Según Isaías, esto provocará la desaparición del mal sobre la faz de la tierra. En efecto, “conocer” a Dios en el marco ideal de un encuentro amoroso, implica comprender sus designios para este mundo. El mal cobraría un sentido en el plan divino, apareciendo en realidad como un bien dentro de un contexto mayor. En la cercanía de Dios, máximo amor y máxima sabiduría, esperamos que nuestras dudas existenciales se derritan como la nieve al fuego.

Además, el propio “conocimiento del Señor” provoca una mutación hacia el bien. El bien absoluto atrae por la fuerza de su sola presencia, abrasando con Su luz todas las impurezas. También nuestra necesidad de amor se vería colmada por el reinado del amor universal entre las criaturas y por la proximidad a la fuente suprema del amor.

Y entonces ¿qué duda cabe? vivenciaríamos ese estado de completitud, gozo y contentamiento con el ser que denominamos *felicidad*.

## ***II. Conclusión***

Hemos intentado discriminar aquí las grandes asíntotas hacia las que tiende la actividad humana, en sus rasgos más significativos y generales. Consignando los macro-objetivos de la especie humana, los hemos llevado a su máxima expresión posible, imaginando cómo sería nuestro estatus existencial en caso de que alcanzaran cumplimiento absoluto.

El resultado es sumamente notable: revela el acceso a un estado muy similar al que, en todas las culturas, la humanidad atribuye a la divinidad (omnisapientia, omnipotencia, amor absoluto, omnipresencia). Se trata de un mundo en el que han sido superadas las barreras del espacio, del tiempo y del egoísmo: un mundo de seres espirituales omniscientes, todopoderosos, amorosos y felices. Lo extraño es que se trata de un modo de ser cuyas características no se encuentran en este nivel de realidad.

*La humanidad tiende, en su actividad, a crear un modo de vida cuyo modelo no se halla en este universo material.*

¿Tenemos acaso grabados en nuestros genes recuerdos ancestrales de otras formas de vida que intentamos reproducir? ¿Nuestra facultad de creación nos permite lucubrar “algo nuevo bajo el Sol”, mal que le pese al Eclesiastés?<sup>15</sup>

No somos una *tabula rasa* como quería Locke, sino que traemos impresos objetivos por lograr que no son de este mundo y que, por lo tanto, no pueden provenir de él. Nuestra “programación” excede el nivel de realidad en el que nos hallamos siendo.

---

<sup>15</sup>. Aunque también en Eclesiastés (III, 15) leemos: *Lo que ahora existe ya existió en lo antiguo y lo que va a existir ya ha existido; Dios hace que vuelva lo que ya fue en el lejano pasado y desapareció*. Esta cita parece, a primera vista, apuntar hacia una concepción cíclica de la historia. Pero dentro de nuestro marco de análisis, podríamos interpretarla como una referencia a ese pasado que suele aparecer en los mitos de todas las tradiciones como “paraíso” o “edad de oro”; un estado que se distingue antológicamente del actual, que por algún motivo perdimos y que intentamos reconstruir con los elementos materiales que encontramos a nuestro alcance.

Consideremos, a modo de contraejemplo, el caso de los demás animales. Están tan adaptados a su medio a través del programa “instinto” que, si se los somete a variaciones significativas de sus condiciones de *hábitat*, la mayoría de las especies perece. El ser humano, en cambio, habita desde el Polo hasta el Ecuador, ha ido a la Luna y explora el espacio exterior.

¿De dónde proviene el programa? ¿Quién, cómo y por qué lo “imprimió” en nuestro ser? ¿Por qué deseamos transmutarnos en seres diferentes de lo que somos, saltar de nivel de realidad? ¿Cómo es que deseamos algo que no es de este mundo?

*Todo funciona como si hubiéramos conocido previamente un estado “angelical” de ser que intentamos restablecer.*

La humanidad ha expresado esta intuición de su naturaleza “angelical” no a través de la ciencia -más proclive a ocuparse de lo puramente sensible o racional- sino a través del mito, la leyenda, la religión y el arte. Todas las culturas refieren, con distintos nombres, una edad de oro, un paraíso o un estado edénico previos a una degradación.

*El ser humano percibe su modo de ser actual como un estado de alguna manera inadecuado o insuficiente, que no es el que debiera ser.*

El defasaje entre ese modo de ser deseado y el modo de ser en el que nos hallamos siendo constituye, propiamente, lo que llamamos el *mal*. Cuanto más se aleje la realidad de dicho ideal, mayor nos parecerá el mal con el cual debemos habérmolas. La percepción del mal presupone una comparación entre un mundo dado real y un estado no-real de las cosas.

La percepción del mal nos provoca *sufrimiento*. Por lo tanto, la causa última del sufrimiento humano radica en hallarnos siendo en un mundo que juzgamos falible, en condiciones de vida imperfectas, *siendo capaces, al mismo tiempo, de imaginar y anhelar otras diferentes*. Encontramos que ni nuestro mundo ni nosotros mismos son lo que debieran ser, y denominamos “mal” a la diferencia entre el ser y el deber ser de ambos.

*El mal es la distancia que separa el ser del deber ser. El sufrimiento proviene de la conciencia de esa distancia, cuando es vista como insalvable.*

No sabemos porqué, pero nos encontramos en una situación a mitad camino entre lo absolutamente bueno y lo absolutamente malo, entre el infierno y el paraíso. El mundo sensible es maravilloso, complejo y bello: testimonia un poder y una inteligencia superiores, pero carece de ciertos elementos que el ser humano le quiere agregar. Este estado de *inadecuación básica a la propia circunstancia* no se encuentra en ningún otro ser natural.

Dicha inadecuación básica es problemática, pues suscita los siguientes interrogantes:

*¿Hemos existido previamente en ese estado hacia el cual tendemos? ¿Lo hemos conocido de alguna manera?*

*En caso afirmativo, ¿por qué caímos o nos alejamos?*

*En caso negativo, ¿por qué lo añoramos? ¿De dónde puede provenir esa capacidad humana de desear algo mejor que lo dado?*

La indagación acerca de estas preguntas proviene del campo de la *espiritualidad, la religión, la mitología y la teología.*

## CAPÍTULO VI

### EL PORQUÉ DE LA DEFICIENCIA

Hemos visto en el capítulo anterior que el ser humano, en su diaria actividad, va tendiendo hacia el logro de macroobjetivos cuyo modelo no es de este mundo. Surge entonces la pregunta: ¿de dónde extrae dicho modelo?

Un ser puramente natural no tiene la posibilidad de trascender su propia condición. Los minerales, vegetales y animales a nuestro alrededor, generación tras generación, mantienen los mismos hábitos de alimentación, refugio, comunicación y convivencia, exceptuando aquellos que conviven con el ser humano. Sólo la humanidad tiene historia, una historia que va marcando una evolución.

La especie humana posee las facultades de la *imaginación* y de la *fantasía*, que le permite imaginar entes y acontecimientos que nunca existieron en el mundo percibido por los sentidos. A su vez, la fantasía es posible gracias a la *consideración alternativa*, que le permite ver lo que una cosa *no es*.

Vemos expresarse dicha facultad en el arte y, en general, en todas las creaciones *poiéticas* de la humanidad, tanto las grandiosas como las íntimas. “Crear” implica hacer surgir algo donde antes no lo había. Por lo tanto, es lícito afirmar que las metas que el ser humano postula para sí, inexistentes en la naturaleza, constituyen también una creación *poiética*. Se revela así como un ser natural que, sin embargo, trasciende su ámbito: el ser humano tiene algo de *sobre-natural*.

Aun prescindiendo de la hipótesis de un estado paradisiaco previo, debemos admitir que la especie humana es portadora de una semilla que la impele a trascender este mundo, actuando como motor de transformación consciente del mismo. La esencia del ser humano no se agota en sus características naturales (satisfacción de las necesidades materiales de alimentación, abrigo o reproducción). Hemos recorrido en el capítulo anterior algunos de los principales fines netamente humanos.

Desde una perspectiva creyente, resulta imposible dejar de cuestionarse cuál pueda ser el sentido de haber colocado Dios un ser con anhelo de perfección en un mundo imperfecto, en el cual parece “no encajar”. Esta bipolaridad provoca inevitablemente en dicho ser una tensión que lo impulsa a intentar modificar su

circunstancia. El ser humano modifica su entorno dramáticamente más que el resto de los seres naturales.

La conciencia de un defasaje entre “ser” y “deber ser” fundamenta, asimismo, nuestra percepción del mal y su secuela de sufrimiento. Quien no discrimina en lo existente lo “bueno” y lo “malo” no sufre ni intenta modificar una realidad percibida como deficiente para aproximarla a un ideal preestablecido.

### ***El Porqué de la Deficiencia, según el Génesis***

Según el relato bíblico (Gén., III:5-6), hemos deseado conocer la diferencia entre el bien y el mal. Como resultado de ello, caímos a un mundo de imperfecciones, sufrimientos, dolor y muerte. ¿Cambió realmente el ámbito óptico o tan sólo nuestra perspectiva acerca de la realidad? Si fuéramos inocentes, como los demás animales, aceptaríamos sumisamente lo dado tal cual es, en actitud leibniziana, conformes con el mejor de los mundos posibles, a saber, el real. En cambio, somos *como dioses* (Gén., III:5): discriminamos lo bueno de lo malo, añoramos un mundo mejor y creamos realidades nuevas.

Partimos del supuesto de que, así como nuestro cuerpo es una forma de la materia universal, también nuestra conciencia individual es una forma de la conciencia universal, Dios *individualizó* la conciencia al dotarla de un cuerpo material. La pareja arquetípica, al comer el fruto del conocimiento del bien y del mal, no sólo modalizó lo existente en bueno / malo, agradable / desagradable, y demás polaridades. También “achicó” su conciencia a un puntual “desde aquí”, a un ser material perecedero, sede, en su finitud, de la dualidad sí / no, otorgando preeminencia a su condición de mortal, pero sin perder por ello una inexplicable nostalgia por un mundo diferente.

*Dijo Adonai Elohim: He aquí que el hombre se siente similar a uno de nosotros para conocer el bien y el mal y ahora, no sea que tienda su mano y tome también del árbol de la vida y coma y viva para siempre. Le expulsó Adonai Elohim del huerto de Heden, para trabajar la tierra, desde donde había sido tomado.*

(Gén. III, 22-23)

Dios le insufla vida a Adán mediante Su aliento (Gén. II, 7). Después del episodio del fruto prohibido, en una actitud aparentemente contradictoria, coloca una espada flameante para impedirle el acceso al Arbol de la Vida (Gén. III, 24). Si Dios no hubiera querido que Adán permaneciera con vida, Le hubiera bastado con retirarle el aliento vital previamente insuflado. El aliento vital divino es autosustentante por definición: no requiere de ningún agente externo -llámese “Arbol de la Vida” u otro- para subsistir en su ser. Quizás debamos comprender entonces que el “Arbol de la Vida” proporciona vida eterna al *cuerpo material* de quien ingiera su fruto. Ello no formaba parte del designio divino: quizás no estábamos destinados a la vida eterna *en el modo de ser corporal individualizado*.

La actitud divina bien podría tender a evitar, en Su misericordia, que el ser humano se vuelva inmortal *en este estado parcializado de ser* en el que ha caído al adoptar una conciencia de dualidad. Penoso sería estar condenados a la vida eterna en un mundo de imperfección y sufrimiento. Envejecer interminablemente en este cuerpo físico no constituye por cierto una perspectiva demasiado atrayente...La vida eterna que añoramos en nuestras fantasías no conlleva decrepitud y envejecimiento constantes, sino una plenitud de ser con cierto componente intemporal que remite a un nivel de realidad distinto de aquél en el que nos encontramos siendo.

Según el relato bíblico, hemos caído por nuestra propia cuenta en esta dimensión de la conciencia, por “mal” uso de nuestro libre albedrío. Pero Dios respeta nuestra decisión: no “rebobina” hacia atrás los acontecimientos a la manera de un salvador *Deus ex machina*, sino que, por algún motivo, permite que nuestra existencia se desarrolle en un mundo transido de negatividad y de falencias, en el que aún la violencia, por ejemplo, no es patrimonio exclusivo de la libertad humana, sino que aparece en todos los niveles de la Naturaleza.<sup>16</sup>

### ***Las Ventajas de un Mundo Defectuoso***

Si en la obra de un ser inteligente, todo debe tener un sentido, entonces es lícito preguntarnos: *¿qué puede ofrecer al ser humano un mundo defectuoso, a diferencia de uno perfecto?* He aquí una lista de posibles respuestas:

1. La necesidad de perfeccionarlo. Y aquí Dios-Universo Inteligente le brinda al ser humano la oportunidad de *co-operar*, de ser co-partícipe en la tarea creativa de Dios.
2. Valorar la ayuda mutua, aprender la *solidaridad*. Al no ser omnipotentes ni auto-suficientes, nos vemos obligados a recurrir al prójimo en busca de colaboración. Con el tiempo aprendemos que la solidaridad es mucho más gratificante que la violencia. Los ecosistemas testimonian la misma idea de cooperación, solidaridad e interdependencia.
3. La necesidad de *desentrañar el sentido oculto del ser*. En un mundo perfecto, dicho sentido sería transparente. Aquí nos vemos obligados a intentar, por nuestra propia cuenta, riesgo y esfuerzo, el desocultamiento del eclipse divino.

---

<sup>16</sup>. Cabe acotar que, en un primer momento de la Creación, tanto el ser humano como los demás animales eran vegetarianos (Génesis, I:29-30). Si bien las plantas también son seres vivos, parecen tener un nivel de conciencia y sufrimiento menor que el de los seres más evolucionados de la escala biológica. Dado que la Tierra conforma un ecosistema cerrado, parece imposible evitar que la vida de unos implique la muerte de otros, al menos de los vegetales. Según el texto bíblico, habría tres etapas en la obra divina en esta Tierra: a) un estado paradisíaco, b) el estado actual y c) un estado futuro en el que se vuelve a abolir la violencia de la faz de la Tierra (Isaías XI:6-9). El ser humano pasa del estado a) al estado b) por su desobediencia a las directivas divinas, pero parece arrastrar consigo, en su caída ontológica, a los demás seres vivos. ¿Cómo subsistían los seres vivos en el estado edénico?

4. La *libertad* de creer o no creer en Dios. En un cosmos perfecto, la patencia divina dejaría un margen nulo a nuestra libertad.
5. La *historia*, el cambio, la evolución, eventualmente el progreso. La completitud de un mundo perfecto impediría cualquier mutación. Consecuentemente, nuestras relaciones con todos los niveles de la realidad (Dios, mundo, seres humanos, seres naturales) se desenvuelven históricamente.
6. La presencia del *trabajo* en el logro de los objetivos humanos. Obtener lo que deseamos, sea lo que fuere, nos cuesta trabajo. Tras la expulsión del Paraíso, el mundo inmediato y accesible se transformó en ajeno y distante, mediatizándose; nada estuvo más “al alcance de nuestra mano”.

*Parirás con dolor.* (Gén. III:16)

*Con el sudor de tu rostro cultivarás la tierra...* (Gén. III;19)

Si queremos compatibilizar nuestra situación existencial con la creencia en un Dios sabio, todopoderoso y amante, deberemos admitir que los rasgos anteriores sugieren poderosamente que *este mundo es un lugar de aprendizaje*, una oportunidad de crecimiento y evolución.

El texto bíblico parece sugerir que la lección hubiera podido ser menos amarga de asimilar. Se podría interpretar que, en un principio, Dios nos instaló en la separatividad insertándonos en una forma corporal efímera, pero sin permitirnos perder el recuerdo de nuestra esencia inmortal. Centrados en la chispa divina interior, la pareja arquetípica no concedía mayor importancia a la condición corpórea. No se percibían desnudos, carenciados ni mortales (Gén. II;25 y Gén. III; 3). Amos y guardianes de los demás habitantes del agua, del aire y de la tierra (Gén. I;28), no sentían vergüenza ante la mirada del otro sobre el propio cuerpo.

Luego la serpiente pondrá a prueba, con sus semi-verdades, la confianza de Eva en Dios. Aparece por primera vez la utilización falaz, o por lo menos ambigua, de la palabra. A mi modo de ver, Dios y la serpiente utilizan el término “morir” en dos sentidos diferentes. Adán y Eva, en efecto, ya eran mortales, pues el cuerpo de Adán había sido hecho con polvo de la tierra (Gén. II;7). y el de Eva con parte del cuerpo de Adán (Gén. II:21-22). Ambos, a su vez, poseían un aspecto inmortal, a saber, el hálito de vida insuflado por Dios directamente a Adán (Gén. II;7). e indirectamente a Eva, “fabricada” a partir del cuerpo vivo de Adán. Este aspecto, la Vida misma, parte de Dios, es inmortal, y a ello se referiría la serpiente al afirmar: *Morir, no habréis de morir* (Gén. III;4).<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup>. Nuestra interpretación respeta el esquema dualista alma / cuerpo (hálito divino / tierra) del relato bíblico. Desde una perspectiva holística, el binomio sería conciencia universal / conciencia individual. Ni la materia (polvo de la tierra) ni la conciencia (hálito divino) mueren como tales: lo que “muere” es la conciencia individual como esta configuración separada.

Adán y Eva, en el Paraíso, antes de conocer el bien y el mal, vivían en la no-preocupación por sus cuerpos materiales, incluyendo el aspecto de su mortalidad. Quizás, en ese estado más feliz de existencia, estaban más focalizados en la chispa interior de conciencia y menos en sus cuerpos físicos (Gén. II;25). El sentido de la advertencia divina (Gén. II;17) estribaría en que, si dejan dominar su alma por los impulsos de su cuerpo (comer a pesar de la prohibición), se apegarán a él y, olvidando su origen divino, creerán morir junto a sus cuerpos mortales.

*Olvidamos nuestra inmortalidad esencial –y en ese sentido nos volvemos mortales- al descender de estatus ontológico del paraíso a la Tierra, lo cual no fue un cambio geográfico, sino un cambio de condición vital. Pasamos de morar en la conciencia de la Unidad a habitar la conciencia de la dualidad y la separatividad.*

### **La Falibilidad Humana**

Hemos visto que el ser humano es *falible*: puede equivocarse en detrimento propio y elegir *ser deficientemente*. No sabe buscar su propio bien por instinto; requiere, en cada caso individual, ser instruido mediante el *aprendizaje* y la *educación*. La paradójica posibilidad existencial de la *inautenticidad* (etimológicamente: “no ser uno mismo”) se verifica únicamente en el ser humano. Los demás seres de este mundo cumplen acabadamente e instintivamente las aspiraciones de su propio ser. Sustancias “inanimadas”, plantas y animales manifiestan su propia esencia sin disonancias, salvo, significativamente, los que han entrado en contacto con el ser humano. Este ha introducido variaciones estructurales, genéticas y conductuales en minerales, vegetales y animales. Para la especie humana, ninguna esencia es definitiva, empezando por la propia. Esta labilidad en el manejo de las determinaciones acarrea consigo el riesgo del *error*. El *homo sapiens* se equivoca respecto de todo, y en primer lugar respecto de sí mismo. La *infelicidad* resultante es la medida de la dimensión de su error.

El ser humano, ese “animal paradójico” (Lorite Mena), no sólo se siente incómodo en su situación existencial, en el sentido de “no sentirse en casa” en este mundo, ¡sino que además tiene la opción de concretar o no su esencia, ser o no ser plenamente sí mismo, desarrollar o no sus latentes potencialidades sumas! Ningún otro ser de este mundo se encuentra en una situación similar. Todo, en el reino natural, tiende “naturalmente” a su estado óptimo.

“*Ser sí mismo*” sería aquella forma de ser en la que acaece una concordancia, íntimamente percibida, entre el ser interior y su expresión exterior; el ser interno fluye, manifestándose sin distorsiones ni cortapisas. Ocurre una conjunción armónica global de los diversos componentes del sujeto humano, involucrando en una unidad inefable el ser profundo y su expresión bio-psico-social. El yo psicofísico se siente en armonía con el Yo básico, y ello le proporciona paz interior. De hecho, es la forma de ser que le permite el máximo de *felicidad*. En la mayoría de los casos que observamos a nuestro alrededor, los seres humanos no logran acceder a esa felicidad que sin embargo buscan detrás

de los demás objetivos de su vida. Ser feliz, ser uno mismo, debería ser lo más fácil, lo más cercano, lo más accesible. Pero la conformación humana es tal, que aun esta cuestión aparentemente obvia debe ser voluntaria y conscientemente conquistada.

La discontinuidad entre el ser interior (perceptible sólo por uno mismo) y el exterior (perceptible por los demás seres) parece presentarse en este nivel de realidad sólo en el ser humano. No se observan en los demás reinos de la Naturaleza situaciones que pudieran hacer suponer un estado de angustia o infelicidad existencial; más bien observamos un laborioso y constante ejercitar de la propia esencia. No se evidencia en los reinos mineral, vegetal o animal esa tensión intrínseca que se plasma en el cambio exterior. Las conductas se reiteran, generación tras generación, siempre iguales a sí mismas o, llegado el caso, modificadas “desde afuera” por requerimientos exógenos.

El sujeto humano, en cambio, no está satisfecho ni con su circunstancia ni consigo mismo. Tanto esta *insatisfacción básica* como su *falibilidad* que ya hemos considerado presuponen ambas una *indeterminación esencial* en el ser humano. Todo sucede como si Dios hubiera dejado en la especie humana un “segmento” sin elaborar, para que ésta lo diseñara a voluntad.

*El “ser plenamente Yo-Mismo” no le es dado al ser humano, sino que constituye una tarea a cumplir que puedo o no llevar a cabo: depende de mi propia elección.*

Y si hemos caracterizado el mal (Cap. II) como el desfasaje existente entre un hecho u objeto concretos y lo que consideramos su máxima plenitud de realización, deberemos admitir que la especie humana lleva el mal inscripto en lo más íntimo de su ser. Somos internamente discordantes: la armonía interna no nos es dada, sino que debe ser trabajosamente construida.

¿Qué más pueden aportar a este tema los textos sagrados de la tradición occidental?

### ***La Excepción a la Regla***

En el primer relato de la Creación, Dios crea conjuntos o clases de individuos: las tierras, los mares, los vegetales, los animales, las luminarias, los seres humanos (Génesis I). Sus directivas son globales y positivas: indican al ser humano y a las demás criaturas qué deben hacer (Gén. I:20,22,24,28-30).

En el segundo relato de la Creación, en cambio (Génesis II y III), vemos surgir la *excepción*, la *prohibición*, la *diferencia*. De los siete primeros días del universo, distingue y bendice al séptimo entre todos los demás (Gén. II:3). De entre todos los árboles frutales del Huerto de Edén, ubica en el centro el árbol de

la Vida y el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal (Gén II:9), protagonistas del drama posterior. Luego instruye a Adán acerca de que puede comer de todos los frutos del Huerto, *salvo* de los del conocimiento del bien y del mal (Gén. II:17).

Buscando compañera para Adán, crea todo tipo de animales y de aves (Gén II:19) -conocedor, en Su omnisapiencia, de que resultaban inadecuados para dicho cometido- hasta que, por último, le presenta la pareja adecuada, distinguiéndola por contraposición. Resulta llamativo que a continuación la serpiente utilice el mismo esquema al inquirir insidiosamente si Dios prohibió comer los frutos de *todos* los árboles del Huerto, poniendo así en evidencia el *único caso* discordante.

¿Por qué el “no” es más irritante que el “sí”? ¿Por qué ese “no” incitó a Adán a la desobediencia, a diferencia de las directivas de Génesis I? Todo sucede como si Adán estuviera programado para el “sí”: frente a una directiva, no se le ocurre *no* cumplirla; pero frente a un “no”, se plantea “¿y por qué no?”.

Hasta ese momento, las órdenes divinas eran absolutamente positivas, sin contemplar siquiera la posibilidad del no acatamiento. En Génesis II:17, en cambio, junto con la formulación de la prohibición, Dios describe las consecuencias de la infracción, haciendo volar de esta forma la imaginación de Adán. Adán aprende a distanciarse de la inmediatez de “lo que hay” para incursionar en el área de “lo que no existe pero podría existir”, inaugurando esa facultad humana que hemos denominado “*consideración alternativa*” (Cap. IV).

Cabe imaginar que si Dios no hubiera llamado la atención de Adán sobre el árbol prohibido, éste muy probablemente le hubiera pasado inadvertido.

### ***La Locución Divina***

En el Génesis, podemos discriminar diversas modalidades utilizadas por Dios para dirigirse a Sus criaturas. A los reinos mineral y vegetal, y a los animales terrestres, les corresponden directivas impersonales, en el modo del “ello”. Los peces y las aves, en cambio, comparten con el ser humano el privilegio de la bendición y la vocación en el modo del “tú” (Génesis I).

Sólo el ser humano emite una *respuesta verbal* a la locución divina. El *hablar* divino implica, en ambos casos, la presencia de una *mediación* entre el Creador y la criatura; el lenguaje, a modo de puente, a la vez une y separa a los interlocutores

La respuesta de las criaturas no humanas a las directivas divinas, tanto las impersonales como las dialógicas, consiste en la *obediencia*, expresada a través del sometimiento a las leyes físico-químicas, el funcionamiento de los órganos y sistemas, y las conductas instintivas.

El tipo de respuesta que Dios requiere de la criatura humana, en cambio, es *consciente* (de allí la modalidad dialógica), *libre* (de allí la no programación automática a través del instinto) y *responsable* (Dios pone en conocimiento de Adán las consecuencias de un eventual desacato: “*Pues cuando comieres de él, morir, habrás de morir*” (Gén. II:17). Si para Dios lo más importante hubiera sido concretamente que la pareja humana no comiera del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, simplemente habría cerrado en ellos el impulso a comer de aquél árbol mediante una conducta instintiva como la que vemos en las especies animales, que en estado natural evitan determinados alimentos.

La consecuencia resultó ser que la pareja humana arquetípica exploró esa nueva “puerta ontológica” entreabierto por la Inteligencia Rectora, a saber la *desobediencia*. El ser humano desobedece y debe pagar las consecuencias de su acción (su progresivo alejamiento de Dios, con su secuela de angustia y desamparo), pero conserva el don de la *libertad*.

Al expulsarlos del Huerto de Heden, en efecto, dice Adonai Elohim: “*He aquí que el hombre se siente similar a uno de nosotros para conocer el bien y el mal y ahora, no sea que tienda su mano y tome también del árbol de la Vida...*” (Gén III:22, destacado de la autora). Dios mismo no puede predecir qué hará la especie humana. El ser humano es imprevisible. Es libre.

El Dios bíblico le está pidiendo al ser humano que *voluntariamente* no desee siquiera conocer el mal, optando *libremente* por permanecer en estado edénico, con la conciencia de inmortalidad propia de tal estado.

### ***Autodesconocimiento***

Las tradiciones espirituales señalan coincidentemente que la mayor parte de la humanidad padece de *autoignorancia* acerca de las mejores potencialidades de su propio ser. Buda la llamó en sánscrito *Avidya* y la constituyó en origen de todos los males que aquejan al ser humano. En un diálogo que se ha vuelto célebre, Buda, tras haber logrado el Nirvana, es inquirido por su discípulo predilecto Subuthi acerca de la diferencia entre quien ha logrado la “budidad” y quien no la ha logrado. La respuesta del maestro es la siguiente:

*Un Buda sabe que es un Buda y se comporta como tal, en tanto que un No-Buda no sabe que es un Buda y, por ello, no se comporta como tal.*

La diferencia determinante entre el estado de iluminación y el de no-iluminación radica simplemente en la *autoconciencia* de que ya somos *iluminados*. Sufrimos un estado de conciencia distorsionante acerca de nuestro propio ser. Mataji Indra Devi solía afirmar en sus charlas: *El ser humano es un dios asustado*.

¿Por qué nos encontramos en esta llamativa situación? ¿Cómo puede un dios, un Buda, un iluminado, desconocer u olvidar su verdadera naturaleza?

¿Cómo se genera ontológicamente ese ocultamiento de la verdad, tanto acerca del mundo como acerca de nosotros mismos? ¿Cómo y por qué se origina la distorsión del ser, posibilitadora del error? Los relatos primigenios acerca del origen del ser humano proponen distintas respuestas míticas a estos interrogantes.

### ***Locus Ontológico del Error***

La verdadera naturaleza de lo No-Yo no nos es dada en patencia. El propio término griego *alétheia*, “verdad”, recoge en su etimología el “develamiento” como tarea del ser humano. Allí están el error y la historia de la Ciencia para probarlo. La procesualidad de la tarea científica se refleja en la *historicidad gnoseológica* (cambio en el tiempo de las concepciones acerca del mundo y de la realidad).

¿Cuál es el lugar ontológico de ocurrencia del error?

Lo No-Yo no se oculta, sino que se ofrece: ocurre en el modo del “darse”; es, propiamente, “lo dado”. Se encuentra siempre disponible, “a mano”, para ser estudiado, manipulado o experimentado. Lo No-Yo no es el *locus* ontológico del error.

El Yo básico, por su parte, consiste en un puro testimoniar, inaccesible a la categoría de “falsedad” como a cualquier otra. Así como un espejo no adquiere las cualidades que refleja, permaneciendo inalterable en su reflejar, así el Yo básico se mantiene incólume en su ser testigo de las distintas determinaciones.

*Yo y No-Yo son dos modos de ser, cuya diferenciación es previa al surgimiento de la categoría ontológica del error.*

¿Cómo sería la relación Yo / No-Yo si no existiera el error? Sucedería la transparencia absoluta de lo “No-Yo” respecto del Yo. Todo lo “No-Yo” sería “Para-Mí”. Seguiría existiendo una perspectivización de la realidad desde un Yo omnisapiente. Parfraseando a Mataji Indra Devi, podríamos decir que *el ser humano es un dios que se equivoca*.

Por lo tanto, el lugar ontológico de ocurrencia del error no puede ser otro que el *yo psicofísico*. Y, en efecto, éste resulta ser el ámbito de la realidad en el que sucede el ocultamiento del ser. El yo psicofísico evidencia vocación de distorsión y de ocultamiento, aunque a la vez posee la facultad de *discernir* entre las modalidades auténtica e inauténtica de ser. El ser humano puede distinguir en sí mismo lo auténtico de lo inauténtico, lo verdadero de lo falso que son sus propias creaciones.

El yo psicofísico puede equivocarse inclusive en detrimento propio, causando su propia infelicidad. Paradójicamente, tiene la posibilidad de *elegir ser deficientemente*. A diferencia del Yo básico, puede ser opaco respecto de sí

mismo. La inmersión en el mundo de las determinaciones conlleva el pasaje *de la transparencia a la opacidad*.

Desde una perspectiva creyente, debemos preguntarnos porqué dispuso la Inteligencia Rectora establecernos con el yo psicofísico en un estado de semi-ignorancia acerca de nosotros mismos y del resto de la realidad. , sin ejercer a pleno la facultad del conocimiento.

Además del error y del sufrimiento, ¿qué otras consecuencias existenciales provoca esta *Avidya* en el ser humano?

Hemos visto que es propia del yo psicofísico la capacidad de proponerse metas novedosas (no presentes en el mundo actual), de postular un ideal para luego conformarse a sí mismo según ese ideal. El ego posee la facultad de la *autodeterminación*. Pero la especie humana, junto con la autodeterminación, trae al universo el modo de ser de lo inauténtico.

Un ser *exodeterminado* (aquél que no se da a sí mismo sus propias determinaciones, sino que se limita a desarrollar las que ha recibido como don; por ejemplo, una tortuga, por nombrar uno) no puede equivocarse *motu proprio*, pues carece de impulso creador de conductas espontáneas distintas del esquema heredado, que se repite generación tras generación. No carga sobre sus hombros ni la responsabilidad, ni el honor, de sus elecciones. Pero a su vez, a ese ser cuyo modo de ser le viene impuesto no le resulta posible ser “inauténtico”. No cabe en su estructura óptica la posibilidad de traicionar su propia esencia.

La humanidad, en cambio, posee la facultad de autoelegirse, de autodeterminarse; pero a partir de *Avidya*, esa ignorancia básica acerca del propio ser, puede elegir el camino de la inautenticidad.

*La Avidya (no-sabiduría, ignorancia acerca de los fundamentos y metas últimas de la realidad y de nosotros mismos) resulta ser la condición “sine qua non” de la libertad.*

*La sabiduría, por su parte, implica el saber acerca de los estratos fundantes del ser; en última instancia, el conocimiento de Dios y del plan divino.*

Cabe destacar que el saber acerca de los fundamentos últimos de la realidad tendría sobre nosotros un *poder determinante total*. El bien y la verdad absolutos tienen sobre el ser humano un poder de atracción tan fuerte que le resulta imposible no adherir a ellos. Para preservar nuestra autodeterminación, hay que poder ignorarlos, hay que poder saber “a medias”. Puestos en presencia de lo absoluto, seríamos determinados por él, sin la menor chance de ejercer nuestra libertad. Si conociéramos el plan divino, no podríamos dejar de seguirlo. Para permitir la libertad, lo absoluto debe ocultarse. Martin Buber lo llamaba la “eclipse de Dios”.

*Avidya, la ignorancia básica, causa de nuestros errores y de nuestras falsas opciones, que nos hace privilegiar a veces un modo inauténtico de ser, también es lo que nos permite ser libres.*

La posibilidad del ser inauténtico, dada por la ignorancia básica constitutiva de mi ser, es la que me faculta para *elegir libremente la autenticidad*. Elegir libremente el ser auténtico importa una diferencia en cuanto a mayor dignidad para el ser humano, frente a la opción alternativa de ser un autómatas programado para hacer el bien.

*Sólo podemos ser digna y libremente auténticos, si disponemos de la opción de la inautenticidad.*

Por otro lado, si fuéramos absoluta y totalmente ignorantes, seríamos seres inconscientes, cerrados al mundo y a nosotros mismos, incapaces de acciones conscientes y menos aún libres. La *Avidya*, semisaber o semiignorancia, condición del error, lo es también de nuestra libertad. La condición gnoseológica de la libertad excluye tanto la omnisapientia como la ignorancia absoluta.

### ***La Libertad Humana***

¿Qué es la libertad?

En una primera aproximación, podemos afirmar que la libertad se presenta como la posibilidad de *determinar el propio ser*, sin ser “programada” por algún poder exógeno.

Está claro que, para la especie humana, en este nivel de realidad, la libertad dista mucho de equivaler a la *ausencia de condicionamientos*. Muy por el contrario, vivimos inmersos en una intrincada madeja de circunstancias condicionantes de muy variado tenor.

Nuestras coordenadas espacio-temporales, familiares y sociales, nuestra constitución física, el funcionamiento de los órganos y sistemas biológicos que aseguran nuestra supervivencia, y demás condicionantes, configuran la materia prima que nos es dada para urdir la trama de nuestra vida. Quizás haya sido intención divina la de “simplificarnos” el oficio de vivir, eximiendo nuestra voluntad de la tarea de mantener las funciones vitales, cuya complejidad absorbería o probablemente superaría nuestra capacidad de atención, impidiéndonos atender a fines más elevados.

Nuestra libertad puede acertadamente calificarse como *libertad condicionada*.

Pero así como el piso contra el cual nos golpeamos al caer nos proporciona simultáneamente el apoyo para reincorporarnos, o así como el agua que nos

opone resistencia al nadar también nos sostiene para tomar impulso, así es propio de la libertad humana el *utilizar los condicionamientos* para realizar los fines autopropuestos, ejerciendo la *autorrealización del propio ser*. Un ser libre se autodetermina: esto significa que el impulso que dará lugar a la acción se origina en su interior y no en factores externos.

Las presiones y los condicionamientos externos existen, por supuesto, e influirán sobre la elección de los *medios* para dar cumplimiento al objetivo deseado. Pero cuando el fin está claro, y la voluntad está comprometida en su consecución, los diversos escollos suelen constituir un acicate más que un impedimento para el ejercicio de la libertad, siempre y cuando la espontaneidad de autonomía que mora en nuestro interior no se encuentre ahogada por alguna enfermedad espiritual (por ejemplo: depresión, sometimiento a otra voluntad o a un sistema de valores incorrecto). Los obstáculos externos sólo frenarán efectivamente la acción si el yo psicofísico lo permite.

Si a la *posibilidad de autodeterminación* le sumamos la sapiencia defectuosa (*Avidya*) y en general la *finitud* propia de este nivel de realidad, comprenderemos el origen de los errores que acumulamos en todos los planos de este mundo. Una vez fijados los objetivos, en efecto, son las limitaciones propias de nuestro ser finito (no-omnipotencia, no-omnisapiencia, finitud espacio-temporal, fallas de la voluntad, etc.) las que nos alejan de ellos.

La conjunción *autonomía + finitud* que caracteriza nuestro actual estado de conciencia confiere a nuestra libertad el sesgo de "*opcionalidad*". Nos encontramos con frecuencia ante disyuntivas entre las cuales debemos optar, sin contar con todos los elementos de juicio pertinentes que nos permitirían inclinarnos por una o por otra en función de sus consecuencias previsibles. El transcurrir de la vida, en tanto, nos urge a decidirnos; tenemos que "tirarnos al agua" sin el "salvavidas" de la omnisapiencia ni el del instinto.

*Entiendo por "libertad de opcionalidad" la categoría existencial de poder decidir voluntariamente llevar o no cabo acciones cuyas consecuencias no son totalmente conocidas, con conciencia de tal desconocimiento.*

El estado de *falibilidad gnoseológica* en el que nos hallamos, aun respecto del mero conocimiento científico, dificulta la elección de los medios para el logro de un fin dado. La opcionalidad de las decisiones humanas, en este aspecto, radica en la deficiencia de nuestro conocimiento basada en la finitud de nuestras facultades cognitivas.

Por esta misma falibilidad gnoseológica, se cuele el *azar* en el mundo de lo perceptible. Lo podemos ejemplificar palpablemente en el caso de los juegos denominados, precisamente, "de azar", que consisten en elegir un número careciendo del criterio efectivo para saber si dicha cifra va a "salir" o no. Lo "azaroso" del juego no reside en los procesos físicos que desembocan en la salida

de una bolilla o de una ficha, perfectamente determinados, sino en su complejidad inaccesible para nuestro conocimiento limitado.

Nuestra finitud nos obliga a elegir constantemente. Para un ser omnisapiente, la única opcionalidad residiría en la *elección moral*. A su vez, un ser omnisapiente y moralmente bueno no se encontraría nunca en trance de tener que elegir entre diferentes caminos de acción, *a menos que se topara con un ser imprevisible*.

### ***El “Tú” Imprevisible***

Desde la óptica de un observador externo, la opcionalidad en la elección de fines y medios se manifiesta como *imprevisibilidad*. Las múltiples conciencias individuales resultan en gran medida *imprevisibles unas a otras*.

*La autodeterminación, unida a la opcionalidad y a la finitud gnoseológica transforman a quien las ejerce en imprevisible para un observador externo.*<sup>18</sup>

“Prever” implica que, al conocer las leyes de funcionamiento de determinado ser, podemos predecir cuál será su comportamiento en una circunstancia dada. Tal es el proceder de la ciencia respecto de sus objetos. Pero si se trata de prever la conducta de un ser humano, resulta que éste posee una relativa libertad, o sea que puede autodeterminar ciertos aspectos de sus conductas. De esta forma se torna imprevisible, es decir, parcialmente “velado” para un Otro.

La imprevisibilidad sólo debiera poder predicarse de otro Yo: por la vivencia de mi íntima cercanía interior yo no podría ser imprevisible para mí mismo. Sin embargo, la opacidad constitutiva del yo psico-biológico lo torna a veces imprevisible hasta para sí mismo.

*Desde la interioridad del propio Yo, ser libre implica autodeterminación y opcionalidad. Visto desde la perspectiva de Otro, en cambio, asume la forma de la imprevisibilidad.*

Por supuesto que la sola imprevisibilidad no constituye garantía de autodeterminación. Para que haya autodeterminación, debe haber fines claramente propuestos y elección consciente de los medios para llegar a ellos.

Ahora bien, ¿por qué somos libres? Formulado desde una perspectiva creyente: ¿por qué quiere Dios que seamos libres?

---

<sup>18</sup> Una sociedad, por ejemplo, considerará inclusive “loco” a quien se aparte muy mucho de los cánones respetados por la mayoría. Los límites entre “cordura” y “locura” varían considerablemente de una cultura a otra; tienen que ver con la flexibilidad de sus normas y su aceptación de lo diferente. Ser considerado “ cuerdo” o no será proporcional a la capacidad del individuo de integrarse o no a su sociedad.

## ***La Libertad Divina***

Para intentar responder a este interrogante, consideraremos en primer lugar las relaciones entre Dios y la libertad en general, partiendo de la hipótesis de un Dios absolutamente bondadoso y gnoseológicamente infalible.

Dios es libre en el sentido de la *autodeterminación*. Por definición, es *causa sui*: si algo ajeno Lo determinara, no sería Dios.

Dios no es libre en nuestro sentido cotidiano de tener que optar entre disyuntivas de consecuencias parcialmente desconocidas, que hemos denominado *libertad de opcionalidad*. Al conocer los datos en juego, no existe duda posible. Si el objetivo está fijado y las consecuencias de las opciones son totalmente conocidas, sólo existe un camino a seguir. La libertad en el sentido finito de elección de un curso a seguir entre un abanico de posibilidades, careciendo del conocimiento total de las consecuencias de cada opción, no puede ser atributo de lo omnisapiente.

Como además de omnisapiente, Dios es absolutamente bueno, tampoco le sucede tener que optar entre el bien y el mal.

Decidirse siempre por lo mejor, con pleno conocimiento de causa, no puede considerarse ejercicio de la libertad de opción. En dicho caso no hay opción. Para que se conforme una disyuntiva auténtica, el agente debe verse confrontado por lo menos con dos posibilidades entre las que, por falibilidad gnoseológica o por indefinición moral, la decisión no se encuentre predeterminada.

Para que ocurra un real ejercicio de la libertad en sentido opcional, el agente debe ser:

- O bien moralmente definido (hacia el bien o hacia el mal) pero gnoseológicamente finito,
- O bien omnisapiente pero moralmente indefinido (puede tender tanto hacia el bien como hacia el mal),
- O bien a la vez gnoseológicamente finito y moralmente indefinido.

Dios no se encuentra en ninguno de estos tres casos, pues Lo suponemos omnisapiente y absolutamente bueno.

*A Dios, por lo tanto, no se le puede atribuir libertad en sentido de opcionalidad.*

El relato del Génesis sugiere que la especie humana fue creada originariamente según el primer esquema (finitud gnoseológica con orientación

hacia la positividad). Luego, al discriminar “el bien y el mal”, cae en la tercera categoría.

¿Por qué querría Dios crear un ser parcialmente autodeterminado y además optante?

Un ser absolutamente bueno pero gnoseológicamente falible, como Adán y Eva antes de probar del fruto prohibido, resulta imprevisible en sus decisiones para un observador externo. La posibilidad del error inserta el azar dentro de la realidad... ¡la falibilidad no es legible!

Tras incorporar “el conocimiento del bien y del mal”, la pareja humana arquetípica se torna, si cabe, “doblemente imprevisible”, pues a la falibilidad gnoseológica se le agrega la ambivalencia moral.

La humanidad ejerce su libertad programando su accionar con vistas a fines autónomamente elegidos. Así constituye, por ejemplo, los macro-objetivos analizados en el Capítulo V. Al elegir las metas que guiarán sus acciones, ejerce su libertad de autodeterminación, recorriendo todo el espectro de posibilidades entre el bien y el mal.

Dios, en cambio, escogerá siempre aquéllas que mejor se adecuen a Su plan, que caracterizamos como el Bien absoluto, el Bien del universo. El ser humano, no hallándose en posesión inmediata de dicho plan, generará sus propios objetivos, individuales o colectivos, y en ello consiste propiamente su *libertad*. Al resto del reino natural le está vedada esta generación de objetivos propios. Un animal no puede elegir modificar su conducta instintiva, a través de la cual manifiesta la voluntad divina, la cual por definición elige lo mejor para el planeta y el universo en su conjunto. Lo mismo vale para los reinos mineral y vegetal.

*La especie humana posee el dudoso privilegio de no expresar necesariamente la voluntad divina en cuanto a manifestar lo que sea mejor para la Creación.*

Supongamos ahora que Dios deseara acceder a la libertad de opcionalidad: para ello debería toparse con un ser cuya conducta no pudiera prever. ¿Somos impredecibles para Dios? Dios accede en todo momento al conocimiento de la totalidad del despliegue temporal. A pesar de ello el ser humano con su libertad puede, desde el presente instantáneo, hacer variar el bloque de la eternidad en su conjunto.

*Nuestra finitud moral y gnoseológica nos torna imprevisibles para el propio Ser Supremo. Dios se encuentra frente a un ser que no le resulta del todo transparente. Más aún, este ser ni siquiera es totalmente transparente para sí mismo.*

A través de la humanidad se cuele el azar en la Creación. La especie humana aporta al universo el elemento de lo fortuito, de lo impredecible, de lo que puede hacer cambiar el rumbo de las cadenas causales de forma inesperada aun para Dios. Para ello fueron necesarias la separación de la fuente divina, la falibilidad y la constitución del semi-ilusorio / semi-real yo psicofísico del devenir.

Esta especie de “media luz”, de semi-penumbra cognitiva y moral en la que nos movemos se revela como la condición misma de nuestra libertad.<sup>19</sup>

Dios es libre en el sentido de la *autodeterminación*, pero no en el de la *opcionalidad*. Es imprevisible para nosotros en virtud de nuestra finitud gnoseológica, pero no es imprevisible *per se*.

*Para un observador omnisapiente, Dios sería absolutamente previsible. Por lo tanto Dios, para Sí Mismo, es absolutamente previsible.*

Dios, al ser omnisciente, sabe de la existencia de la falibilidad, pero, por definición, no puede padecerla. También conoce la existencia de la libertad de opción, basada en la finitud cognitiva o en la indeterminación moral, pero tampoco puede experimentarla.

*La única forma que tendría Dios de “no saber” algo, sería respecto de los designios de un ser libre en el modo de lo imprevisible.*

De esta manera, Dios vería vulnerada Su omnisapientia y podría, El también, experimentar la libertad de opcionalidad. Para que esto suceda, Dios debería encontrarse frente a seres libres, poseedores de voluntades autónomas, pero además gnoseológicamente falibles o moralmente indeterminados. Para que dichos seres puedan existir, debe ocurrir un auto-ocultamiento divino, esa “eclipse de Dios” caracterizada magistralmente por Martín Buber. En el relato del Génesis, la serpiente simboliza el auto-ocultamiento divino, que permite la aparición de la duda, la desobediencia y el error.

*La existencia de un ser libre –en este caso, el ser humano- sería la condición de posibilidad de la libertad de opcionalidad de Dios, y recíprocamente, el auto-ocultamiento divino sería la posibilidad de la libertad de la autodeterminación humana.*

---

<sup>19</sup>. Si la oscuridad gnoseológica fuera total, hasta el grado de la absoluta ausencia de conciencia, seríamos incapaces de determinar así fuera mínimamente nuestra conducta, pues ello presupone cierto saber. Manifestaríamos en nuestras acciones, no ya la libertad sino el puro azar, la ininteligibilidad más completa. Pero una ininteligibilidad absoluta es inconcebible; equivale a la ausencia total de cualquier ordenamiento, cualquier racionalidad interna, equivale al no-ser. Sería el caso de un ente totalmente “dejado de la mano de Dios”. Una entidad tal no podría ni siquiera acceder a la existencia. Si Dios se retirara totalmente de algo, ese algo desaparecería. Todo lo que hay –en la medida en que existe- participa de la fuente del ser y posee, por ende, una onticidad, una cierta patencia, aunque sea elemental, algún núcleo de ínfima conciencia, en niveles que nos cuesta imaginar. La irracionalidad absoluta implica el no-ser. “Dios”, “Ser”, “Logos”, “Sacchidánanda”, son distintas formas de nombrar la inefable *arché* del mundo.

El auto-ocultamiento divino es la causa del mal en el mundo, pues la realidad se degrada a medida que se aleja de Dios. Por ende, la existencia del mal en el mundo es concomitante con la posibilidad de nuestra libertad, y, a través de ella, de un aspecto de la libertad de Dios.

### ***Alienación Divina, Alienación Humana***

El ser humano padece el curioso privilegio de ser capaz de velar la expresión de su propia naturaleza óptima, generando modos inauténticos de ser.

Por otro lado, desde la creencia en un Dios todopoderoso y bondadoso, el fenómeno del mal sólo puede atribuirse... ¡a un auto-ocultamiento divino! Dios se manifiesta pero a la vez se esconde tras el velo de *Mâyâ*, el ámbito del devenir, de lo cambiante, de lo imperfecto, de lo histórico.

¿Será muy osado analogar la existencia del mal en el mundo con un “mal-estar” divino, similar al que sentimos los seres humanos cuando no expresamos plenamente nuestra esencia? El propio universo, además de expresar a Dios, también testimoniaría de un “sentirse mal” de la Divinidad, por no expresarse cabalmente. Dios en este mundo “no es plenamente Sí mismo”, no “Se realiza” del todo. Nuestra célebre “imagen y semejanza” con nuestro Creador incluiría, sorprendentemente, el “mal-estar” de no encontrarse instalados en la plenitud del ser.

Tal “mal-estar” simultáneamente denota y provoca un proceso evolutivo hacia el “bien-estar”. El proceso de autorrealización divina se encontraría “en obra” a través de este mundo<sup>20</sup>. En Occidente, alquimistas y cabalistas poseyeron exacerbada conciencia de ser copartícipes con Dios en esta “gran obra” de transmutación.

A modo del artista que produce un objeto distinto de sí mismo, pero proyecta su ser en su obra, manifestándose a través de ella, Dios se aliena en Su creación (Se presenta a Sí mismo como distinto de Sí), pero a la vez se expresa a través de ella. El artista necesita, para sentirse plenamente realizado, objetivar fuera de sí algo de su ser interior, para reconocerse luego en ese producto.

En el artista humano también juega un rol importante la necesidad del diálogo. La obra le permite la apertura hacia los demás. Si no la hubiera producido, permanecería encerrado en sí mismo. Para acceder a la interlocución, debe producir algo ajeno a sí. Si nos mantenemos dentro de este símil, podemos

---

<sup>20</sup>. Cfr. *infra*, “Dios y la temporalidad”.

decir que Dios, para acceder a la interlocución, debe crear no sólo la obra, ¡sino también a los interlocutores!<sup>21</sup>.

Ambas modalidades de deficiencia (el auto-ocultamiento divino y la inautenticidad humana) se implican mutuamente: *la potencial inautenticidad de las criaturas sería imposible de no mediar la no-transparencia de la manifestación divina, pues no se puede ser inauténtico bajo el resplandor de Dios. Viceversa, la expresión divina nos resulta potencialmente opaca en razón directamente proporcional a nuestra propia inautenticidad: cuanto más me alejo de mi propia naturaleza, más me alejo de Dios.*

Esta “sincronicidad de opacidades” no debería sorprendernos, si recordamos que todas las grandes tradiciones espirituales coinciden en señalar que somos partículas desprendidas del Ser Divino.

El reconocimiento del universo como manifestación divina acaece sincrónicamente con el reconocimiento del Yo básico como chispa del gran fuego divino. Al encontrarLo “afuera” lo encontramos “adentro” y *viceversa*.

### ***Individualización y Mal***

No sabemos porqué Dios crea el mundo. Pero sí podemos inclinarnos y reflexionar acerca de los resultados visibles de dicha Creación. Esta exhibe el surgimiento de lo limitado a partir de lo ilimitado, para luego retomar el camino ascendente hacia la fuente de origen.

Para que algo finito pueda generarse a partir de un Todo infinito, debe recurrir a la ilusión de separatividad, de alejamiento de la Unidad originaria.

Para experimentar la finitud, Dios ha debido autolimitarse. Los seres humanos, tal como existimos en este nivel de realidad, somos la prueba palpable y sufriente de dicha autoenajenación divina. Por ello percibimos nuestra naturaleza como deficiente; tenemos nostalgia de perfección. Dios se autoaliena en nosotros, y de esta forma padece -padecemos- la finitud. Esta semilla de negatividad en nuestro origen contamina nuestro ser de opacidad.

Dios, la fuente primigenia, se torna cada vez más difuso y lejano a medida que aumenta la individualización, la fragmentación, y el olvido de la pertenencia a la totalidad. Surgen el Yo básico y el yo psico-físico.

La existencia del mal en el mundo encuentra su raíz en el mismo surgimiento del yo separado. La conciencia de parcialidad posibilita la conciencia del mal como tal.

---

<sup>21</sup> El paralelismo entre el artista humano y el Artista Divino, por supuesto, es limitado. La obra divina, a diferencia de la humana, posee espontaneidad vital e historicidad.

## ***El Mal Surge con la Parcialización de la Conciencia***

La conciencia de la totalidad omnidimensional del universo no percibe “deber ser” ni “falencias de ser”. Si sólo tuviéramos conciencia de la unicidad total del universo, no percibiríamos el mal como tal, pues éste siempre consiste en la no-plenitud del ser de una parte. La totalidad, por definición, es perfecta (en su sentido etimológico de “completa”). No cabe predicar de ella que “todavía” le falta algo, pues abarca el conjunto del desarrollo temporal.

El mundo tal cual lo conocemos sugiere un laboratorio de ensayo con muchas formas posibles de parcialidad. Las configuraciones pueden ser espaciales, temporales, ideales, o de otras dimensiones, conocidas o desconocidas para nosotros. Las dimensiones o categorías constituyen el marco de conceptualización de lo individualizable.

*El mal aparece cuando se prioriza la preservación de una determinada parcialidad, calificando como “mal” todo lo que atente contra ella.*

Al considerarnos separados del resto del mundo, creamos las categorías de “bueno” y “malo”, refiriéndonos respectivamente a lo útil y a lo perjudicial para ese sector de la realidad con el cual nos identificamos.

*La distinción entre “bueno” y “malo”, fundante de nuestra libertad en la medida en que diseña la opción ética básica, proviene de la conciencia de separatividad.*

El todo no privilegia parte alguna.

Cuando esta parcialidad (el ser humano en la cultura occidental), “para colmo de males”, se identifica prioritariamente con la modalidad de lo material, prioriza el existenciarío del “apropiarse” o “tener” por encima del de “ser”, con su secuela de deseos, apegos, pasiones, envidias y sufrimientos, alejándose aun más de su verdadera naturaleza.

La multiplicidad aparece como el producto del Ser y del No-Ser, pues resulta de la limitación del Ser. Para que haya varios entes, cada uno de ellos debe terminar (dejar de ser) allí donde comienza el otro.

La inserción del No-Ser en la realidad, al fragmentarla en unidades discriminables, posibilita la aparición del mal como resultado de la identificación de la conciencia de ser con alguna de sus partes. Pero también posibilita la diversificación y el enriquecimiento de la monolítica unidad del Ser a través de su tránsito dialéctico por la diversidad y las determinaciones.

## CAPÍTULO VII NECESIDAD O CONTINGENCIA DE ESTE UNIVERSO

### *Dios y la Necesidad o Contingencia de Este Universo*

Nuestra razón es constitutivamente binaria. Sólo podemos percibir el Ser sobre el fondo contrastante del No-Ser. Aun el magistral análisis hegeliano, del cual surge la indiferenciación lógica entre el puro Ser y la pura Nada, tuvo que distinguir previamente estos dos términos para poder enunciar su discurso. La propia demostración de tal identidad toma como punto de partida el principio aristotélico de No-Contradicción.

Frente a la existencia de cualquier ente en particular, nuestra razón dicotómica, estructurada sobre la base de la dupla “sí / no”, construye la bipolaridad de una disyuntiva: el haber o no haber dicha realidad. Frente a la existencia del mundo en su totalidad, la razón se plantea el hecho de que el mundo bien podría no estar, o bien ser de otra manera de lo que es. Hemos denominado “consideración alternativa” a esta modalidad organizadora de la percepción.<sup>22</sup>

Como este mundo de movilidad y cambio configura constelaciones que tan pronto están como tan pronto desaparecen, hemos creado las categorías de *contingente* para designar aquello que tanto puede estar como no estar y *necesario* para aquello cuyo no-ser es imposible. El ser humano, siempre insatisfecho con lo efímero, siempre a la búsqueda de lo permanente, se pregunta bajo cuál de esas dos categorías ontológicas debe colocar el dato global de la existencia de la realidad.

Consideraremos este problema desde un punto de vista *espiritual*, denominando “Dios” el término último de la cadena causal de lo ente, del cual no cabe plantear la posibilidad de Su no-ser. Este ser fundante, “Dios”, se define como el ser necesario por antonomasia, ontológicamente previo a cualquier otra forma de ser, previo por lo tanto también a la bipolar razón humana. Desde esta

---

<sup>22</sup> Cf. Cap. III.

perspectiva, la cuestión de la contingencia o necesidad del universo puede formularse como sigue:

*De la existencia de Dios, ¿se sigue necesariamente la existencia del mundo?*

Dicho en términos teológicamente más familiares:

*¿Cupo la posibilidad de que Dios **no** creara el universo? ¿Cabe la posibilidad de que **no** siga sosteniéndolo?*

En la reflexión acerca de este interrogante no haremos intervenir terceras entidades ajenas a lo Divino, pues hemos definido a Dios como el fundamento último de todo ser, la autodeterminación misma. Su obra es expresión de Su propia naturaleza y no cabe postular intervención heterogénea alguna: Dios es todo y no hay nada fuera de El que le pudiera “torcer el brazo” (con perdón del antropomorfismo). Dios es supremamente libre en el sentido de la autodeterminación.

Consideramos a Dios, asimismo, *la fuente última de toda Personalidad y Conciencia*, de la cual nuestras propias personalidades y conciencias -aunque participando de Su naturaleza- constituyen pálidos reflejos en evolución.

Si Dios *optó* por la existencia de esta realidad, frente a la posibilidad ontológica de su no existencia, este universo es *contingente*. Según esta perspectiva, Dios es *diferente* del mundo. La realidad de este universo es jerárquica y ontológicamente menos “densa” que la del “ente supremo”. Aquí podríamos inscribir las concepciones de la Creación *ex nihilo*, que consideran la existencia de Dios previa e independiente de la de Su obra.

Si Dios *no optó* por la existencia de este mundo, sino que directamente no cabía la posibilidad de su no-existencia, este universo es *necesario*. En este caso, Dios coincide con el mundo, que constituye *Su manifestación*, pues Dios es el único ser necesario; todos los demás seres dependen de Él para existir. Postular otro ente necesario además de Dios implicaría la multiplicación innecesaria de los entes divinos.<sup>23</sup> Dios es el ser necesario por definición: *toda autosustentación de ser denota la Presencia Divina*.

El universo, o bien es un *producto divino* discriminable de Dios –y por lo tanto contingente, con un grado ontológico de necesidad inferior al de la propia divinidad- o bien es él mismo *Dios manifestándose*, y entonces es necesario.

Imaginar la posibilidad de la *contingencia*, tanto del “que sea” como del “cómo sea” la obra y/o la acción divinas, implica introducir un hiato lógico de

---

<sup>23</sup> El principio de la navaja de Occam (no multiplicar innecesariamente las hipótesis) sigue tan válido hoy como en el momento de su formulación.

negatividad, una falencia de ser en el seno mismo de la divinidad, una “grieta” de no-ser en la plenitud de la Presencia. Desde esta perspectiva, el mundo podría:

- Ser o no ser
- Ser determinado o indeterminado
- Poseer tales determinaciones o tales otras

Estas opciones presupondrían por parte de Dios el ejercicio de una alternatividad (un “esto” o “esto otro”) incompatible con la omnisapientia, omnipotencia y bondad divinas.

### ***Aporía Divina***

Este planteo acerca de Dios y del universo, basado en la visión bipolar ser / no-ser propia de nuestra razón finita, nos conduce a la siguiente aporía:

- Si Dios es trascendente al mundo, no se explica cómo dicho universo pueda persistir en su ser
- Si Dios es inmanente al mundo, no se explica el cambio (la desaparición de algo y el surgimiento de otra cosa)

Quizás la creación, de alguna manera incomprensible para nuestra limitada razón, sea *a la vez contingente y necesaria*, Dios es simultáneamente *inmanente y trascendente* a Su obra, como el artista humano lo es respecto a la suya. Los axiomas del “sí / no” resultan insuficientes para comprender los niveles fundacionales de la realidad.

Con sólo retirarse de algo, Dios lo aniquila, transformándolo retrospectivamente en contingente. Para nuestro entendimiento bivalente, algo únicamente puede “retirarse” de lo que no es él: no puede “retirarse de sí mismo”. Si Dios se retira de algo era porque ese algo, diferenciado de Dios, poseía existencia propia. Pero ¿cómo puede haber algo cuya base de sustentación no sea Dios? Dicho desde lo ontológico: lo que es, posee Ser, y, sin embargo, vemos continuamente desaparecer cosas que son.

*El devenir, aunque lógicamente inconcebible, es ópticamente comprobable.*

O bien el cambio es ilusorio, o bien nuestras categorías lógicas basadas en la binariedad del “sí / no” resultan inadecuadas para el análisis global o fundante de la realidad.

Las tradiciones espirituales nos proponen una tercera opción: la *autoalienación divina*, cuyo resultado concreto somos nosotros mismos. Para el fondo común del conocimiento humano intuitivo, *somos partes de la divinidad que han olvidado su origen.*

Esta visión presupone simultáneamente una dualidad de lo Divino y Su capacidad de superar dialécticamente dicha dualidad. En efecto, “alienarse” significa percibir como ajeno algo que es propio; estar y a la vez no estar en un mismo “lugar” óptico.

Nuestra propia existencia como partículas divinas no conscientes de su procedencia, testimoniaría, por un lado, una estructuración binaria, diferenciante, según la dupla “sí / no”, y por el otro, una interpenetración de ambos opuestos, puesto que se trata de una autodiferenciación en el seno mismo de la divinidad.

Formulado ontológicamente: las categorías “Ser” y “No-ser” subyacen en cualquier diferenciación de entidades, pero, a su vez, todas las entidades diferenciadas comulgan en el Ser.<sup>24</sup>

Aun atribuyendo a nuestra propia estructura mental la percepción de un mundo ordenado en torno a pares de opuestos, manteniendo así supuestamente incólume la pura “positividad” divina, el hecho de que seamos nosotros mismos “partes” de Dios retrotrae nuevamente la fuente de la separatividad a la propia divinidad. Somos la prueba viviente de la capacidad divina de autofragmentarse.

Si somos partes de Dios, la binariedad “sí / no” resulta constitutiva, no sólo de nuestra racionalidad, sino también de la racionalidad divina. Nuestra razón binaria sólo puede plantear binariamente las cuestiones fundacionales de la realidad (así como todas las demás). Pero si, siguiendo las grandes tradiciones de sabiduría, consideramos nuestra existencia, y la del resto de la realidad (aun limitándola al rango ontológico de *Mâyâ* o ilusión) como *autoparcializaciones divinas*, se sigue inevitablemente la *binariedad de la Divinidad, incluyendo dentro de Sí la Negatividad*.

A su vez, la Autoalienación Divina y el cambio universal testimonian la *superación abarcativa de ambos opuestos en el seno del Misterio Divino. Ser, No-Ser y Devenir constituyen las tres caras, cristalizadas por nuestra razón analítica, de una misma “moneda” dialéctica*.

### ***Dios y las Determinaciones***

Hasta aquí hemos considerado el hecho global de que el mundo sea. Dicha indagación culmina, o bien en el reconocimiento de la inadecuación de las herramientas lógicas de nuestro pensamiento en lo que hace a formulaciones totlizadoras acerca del Ser, o bien en la descalificación de la realidad de la

---

<sup>24</sup> No sabemos en qué medida las criaturas no humanas son o no conscientes de su origen divino. Sí comprobamos en ellas su imposibilidad ontológica de “desobedecer” a Dios, o sea de infringir Sus leyes, Su propósito para cada especie. En cambio, registramos nuestro propio *ego*, que se postula como aislado y autosustentante en su parcialidad.

mutación, fenómeno que sin embargo registramos a diario. Obligados a admitir que el misterio de la presencia imponente del ser excede la posibilidad de análisis de nuestra razón dicotómica, recurrimos al aporte de las grandes tradiciones espirituales de la Humanidad, a través de las cuales descubrimos las simultáneas *bipolaridad y dialecticidad de la Mente Divina*.

Ahora bien, avanzando un paso más en el requerimiento acerca del ser total del universo, advertimos que el mundo, además de simplemente ser o estar ahí, es *de determinada manera*. El devenir, como síntesis dialéctica entre el Ser y el No-Ser, es pura dinamicidad, puro movimiento, pero carece de peculiaridades distintivas. Sin embargo, la Dialecticidad Divina se concreta en cualidades determinadas.

¿Por qué el Ser, lo indeterminado por antonomasia, se presenta bajo la forma de las determinaciones? ¿Cómo y por qué se produce el pasaje de la homogénea esfera parmenídea del Ser a la heterogeneidad de las determinaciones? ¿Cómo se pasa del indeterminado fluir hegeliano al cambio de las determinaciones concretas?<sup>25</sup>

Consideremos las consecuencias *observables* del autodespliegue divino. La Divinidad (el Ser autofundante) parece recorrer una catarata de *autodiferenciación creciente*, estructurada en torno a la síntesis dialéctica Ser / No-Ser. Toda característica, toda cualidad, toda determinación, presupone la negatividad, pues para identificarse, necesita diferenciarse de lo que no es ella. Para comprender el surgimiento de las determinaciones, debemos suponer la *negatividad ya presente en Dios*, como motor de autodiferenciación. Sólo podemos concebir las diferencias como surgiendo a partir de Dios mismo, pues no existe otra fuente de ser aparte de Él.<sup>26</sup>

Aun partiendo de una postulación puramente positiva, “ponencial” del Ser, debemos echar mano del No-Ser para fundamentar la presentación determinada del mundo.

Si suponemos que nunca hubo tal estado de puro Ser, sino que siempre lo Ente fue determinado, con mayor razón la negatividad, en su función diferenciante, aparece como constitutivamente ínsita en lo que hay.

*La trama de la realidad determinada que es la nuestra está constituida por hebras entremezcladas de positividad y negatividad. Dios sintetiza el Ser y el No-Ser, surgiendo a partir de allí el mundo de las determinaciones.*

---

<sup>25</sup> Nuestra razón analítica “congela” el Devenir bajo la forma de las determinaciones. Para aprehender cognoscitivamente la “película” del cambio universal, analiza uno por uno los “cuadros” estáticos de las cualidades, cuando éstas, en realidad, se están continuamente transformando unas en otras.

<sup>26</sup> También el relato del Génesis, en consonancia con las grandes tradiciones espirituales, parece sugerir que la Mente Divina se articula sobre la dupla “sí / no” y la consideración alternativa.

El hecho mismo de la realidad determinada -y la expresión de este pensamiento, sin ir más lejos, ya constituye una determinación-, sea cual fuere el grado ontológico de ser (absoluto o relativo) que le concedamos, remite a la negatividad como su fundamento. Parafraseando a Descartes (con perdón del Maestro), podríamos decir: “Hay pensamiento, por lo tanto hay Ser y No-Ser”.

### ***Necesidad o Contingencia de esta Configuración Particular del Mundo***

*Este “así” de la realidad, a su vez, ¿es necesario o contingente? Lo que hay, ¿podría haber sido de otra manera?*

Discriminadas las dos concepciones del universo, como necesario o contingente, según se considere a Dios como inmanente o trascendente a él, y evidenciada la necesidad de la negatividad como constitutiva del ser determinado, cabe ahora preguntarse por el *status* ontológico de este “así”. Esta realidad que conforma “lo dado”, ¿podría haber sido de otro modo?

Esta pregunta sólo puede formularla un ser, como el humano, dotado de consideración alternativa.<sup>27</sup>

Todo hecho consumado se presenta, *a posteriori*, como necesario. Por ello, la dilucidación en cuanto a la necesidad o contingencia de un hecho cualquiera, debe considerar el estado ontológicamente previo, fundante, de dicho hecho. Los fenómenos que dependen, para su concreción, de la voluntad de seres dotados de consideración alternativa, atraviesan primero una faz de “contingencia mental” antes de plasmarse, o no, en la realidad material. Nuestra mente, antes de llevar algo a la práctica, considera las diversas alternativas posibles, de las cuales realizará una o varias.<sup>28</sup> Proyectando esta característica a la constitución del universo como totalidad, nos planteamos si Dios también *opta* entre varias modalidades de ser.

Un Dios omnisapiente y todobondadoso, creando un mundo causalmente determinado, no encuentra oportunidad de ejercer opción alguna. Para optar, debería encontrarse frente a un ser libre, imprevisible, dotado de espontaneidad de acción, *capaz de desconcertarlo*. Dicho en términos míticos: la Tierra, antes de Adán, era el reino de la pura necesidad, del puro autodespliegue divino, sin cavilaciones ni vacilaciones. Sin la presencia de un ser finito libre, obligado por su propia finitud a deliberar antes de actuar, a esta realidad no le cabía la disyuntiva de poder “ser de otro modo”.

---

<sup>27</sup>. Si lo único que hubiera fuese el bloque compacto de Ser de la Divinidad, lo Ente homogéneo sin determinaciones de ninguna especie, ni siquiera podría suceder dicha consideración alternativa. Cualquier disyuntiva requiere, para sustentarse, de la dupla bivalente “sí-no”.

<sup>28</sup>. El profundo saber que heredamos a través del lenguaje ha denominado “deliberar” a esta operación de la mente, trasuntando su relación con el ejercicio de la libertad.

*Un mundo causalmente determinado, emanado de Dios, es necesario. Pero el ser humano, con su finitud e imprevisibilidad, introduce la contingencia en el universo.*

### ***La Contingencia como Requisito de todo Diálogo Auténtico***

Frente a las distintas posibilidades de considerar la relación entre Dios y el universo -el Dios inmóvil e inmovible de Aristóteles, el Dios bíblico que, aunque trascendente al mundo, de tanto en tanto incursiona en él, etc.- optamos en este trabajo por concebir al *universo* como una *manifestación divina*. Se trata nuevamente de un artículo de fe, vivenciable intuitivamente, aunque indemostrable por la razón.

Manifestarse implica *ser hacia lo No-Yo*, exteriorizarse, “salir de sí” posibilitando una eventual comunicación.<sup>29</sup>

Dios se manifiesta, gozándose y deleitándose en el abanico de la multiformidad, con una alegría que perciben las almas sensibles. Pero aparentemente, el mero placer del solitario autodespliegue no fue suficiente: Dios se autoalienó en *egos* cuya ilusoria independencia los constituyó en *receptores de la expresión Divina*.

Ahora bien, *los interlocutores de Dios sólo pueden ser Dios mismo autofragmentado, pues nada hay fuera de Él*. Para que la relación de interlocución o diálogo fuera auténticamente tal, estos interlocutores debían ser libres y autónomos; sobre todo, libres de reconocer o no la Presencia Divina. En efecto, si se encontraran abrumados por Su plena Presencia y Majestad, experimentarían necesariamente una rendición absoluta de la voluntad y un ansia irresistible de fusión.

En el estado de soledad de Dios, previo a la aparición de un interlocutor finito relativamente libre y autónomo, Sus emprendimientos sólo pueden ser automotivados y, por lo tanto, necesarios. No se puede calificar de “contingente” una acción generada en la propia espontaneidad divina. Las acciones pre-dialógicas de Dios son autodeterminadas. Resulta insostenible suponer en Dios una “opcionalidad” previa a la interrelación con un ser finito libre autodeterminante. De allí que podamos considerar *necesaria* la manifestación de Dios en un universo determinista.

*Sólo en Sus respuestas a un ser imprevisible, puede Dios experimentar la no-necesidad.*

Sólo a través de la finitud (por ejemplo, la humana), unida a su autonomía en la postulación de objetivos, puede filtrarse la contingencia en el mundo,

---

<sup>29</sup> Cfr. Cap. V,h: la *póiesis* o creación de mundos.

erigiendo una barrera aun respecto a la Sabiduría Divina. ¿Cómo actuará un ser que *no* es sabio, *ni* omnipotente, *ni* todobondadoso, pero sí parcialmente libre? El margen de impredecibilidad de sus acciones logra constituir una incógnita aun para la plenitud del Ser, resultando de ello la imprevisibilidad de la criatura humana aun frente a la omnisapientia divina. Dios se oculta parcialmente a Sí Mismo. Dios produce una opacidad para Sí Mismo dentro de Su propio ser.<sup>30</sup>

En nuestro nivel de realidad el despliegue de lo necesario apunta al surgimiento de lo libre. Pero siendo que lo finito libre también es Dios, todo sucede como si Dios, a partir de Su primigenia libertad de autodeterminación, pasara primero por una etapa de expansión multiforme de *lo necesario* -plasmada en el desarrollo de la Naturaleza- y luego por una *finitud autoalienada pero libre*, concretada, aquí en la Tierra, en la forma del *ser humano*, para finalmente retornar -si hemos de creerles a las grandes tradiciones esotéricas- a Sí Mismo, en una colosal *síntesis dialéctica* de lo finito con lo infinito.

Todo el proceso, incluyendo la aparición de la libertad finita, optante y generadora de opcionalidad en Dios, al proceder de la Voluntad Divina, posee el carácter de *necesidad*. La creencia en un Dios que se manifiesta en el universo provoca que toda la realidad se torne necesaria, incluyendo por supuesto el *mal*, tema de nuestras reflexiones. Nosotros mismos, con nuestra espontaneidad, somos necesarios para introducir la espontaneidad de lo *imprevisible* em el cosmos divino.

### ***El Gran Porqué***

El ser humano, insaciable en su búsqueda de respuestas, , no se arredra ante un interrogante a todas luces superior a las posibilidades de su entendimiento.

#### *¿Por qué Se manifiesta Dios en el universo?*

La pregunta acerca del “porqué” se formula desde la categoría de la *causalidad*, que supone remitir un fenómeno dado “B” a otro fenómeno “A”, denominado su “causa”. Cualquier fenómeno posee un conjunto infinito de causas, pero los parámetros de finitud humana priorizan una o varias en virtud de su cercanía temporal y/o espacial respecto del hecho analizado. En sentido estricto, cualquier hecho es causado –en mayor o menor medida- por la totalidad de los fenómenos del universo, dado que todos están interrelacionados entre sí. La respuesta definitiva y completa a la pregunta causal escapa a las posibilidades de los métodos experimentales habituales.

---

<sup>30</sup>. Esta perspectiva coincide con el concepto buberiano del universo como *manifestación dialógica* de la divinidad. Le agregamos el considerar a la especie humana, ese problemático interlocutor que somos, como resultado de la *autoalienación divina*.

La razón científica se ve obligada a discernir tan sólo las sincronicidades más gruesas entre los fenómenos considerados. A tal efecto, establece previamente un *universo de discurso* cerrado y finito, admitiendo la validez inevitablemente *relativa* de los resultados obtenidos.

Si esto sucede con cualquier pregunta causal sobre un fenómeno limitado, cuánto más sucederá con la pregunta por la causa de la totalidad del despliegue fenoménico. Esta pregunta no puede ser lícitamente respondida dentro de los cánones científicos habituales de nuestro finito entendimiento. El método científico basado en las facultades humanas de los sentidos y la razón se limita, en última instancia, a describir *cómo* suceden las cosas, pero se le escapa el *porqué*.

La causalidad es una *relación*: sólo puede establecerse previa *fragmentación* de la realidad en hechos diferenciables. Nuestro conocimiento finito individualiza primero un hecho o acontecimiento dados, y luego delimita o prioriza uno o más hechos cercanos a él, señalándolos como sus causas. Es propiamente dicha parcialización la que resulta inaplicable si nos preguntamos por la totalidad.

*Quizás el error radique en diferenciar a Dios de Su manifestación, para luego preguntarse porqué Se manifiesta.*

Cuando en el ámbito de lo experimental se inquiera por la causa, sin embargo, no se considera satisfactoria una respuesta tautológica, del tipo “Dios Se manifiesta porque Se manifiesta”. Se espera, por el contrario, que la causa sea diferente del efecto analizado, aportando elementos novedosos al conocimiento.

El método hipotético-deductivo-experimental es limitado, pues el entendimiento se ve obligado a establecer coordenadas que determinan su finitud. Cuando tratamos la relación entre Dios y el mundo, estamos abarcando la totalidad de lo ente. Nada queda fuera de nuestro universo de discurso: ninguna entidad explicativa ulterior a la cual recurrir.

Si sólo consideramos válido el conocimiento hipotético-deductivo-experimental, podemos abandonar nuestra búsqueda aquí. Si queremos seguir inquiriendo acerca de asuntos divinos, deberemos incursionar en ámbitos ajenos a los del conocimiento científico occidental .

### ***La Persona Divina***

Si compartimos con la Entidad Divina el Ser Persona, podemos pretender una *comprensión analógica* más que una explicación causal-disociativa de Sus motivaciones. Estaríamos preguntando por *aspectos* Divinos que nos permitieran *comprender* desde dentro la generación de *lilah*.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup> En sánscrito, el Juego de lo Divino en el universo.

Esto podrá sonar descabellado, pero todas las grandes Tradiciones de sabiduría nos aseguran que hemos sido hechos / as a Su imagen y semejanza, que somos Sus hijos e hijas, chispas desprendidas del gran brasero divino. No es ilícito, entonces, recurrir al tesoro de sabiduría intuitiva que poseemos en nuestro interior en busca de empatías iluminadoras. Siguiendo el consejo del Maestro Platón, debemos esforzarnos por *recordar*.

La autofragmentación en múltiples formas de la monolítica unidad divina remite a una creatividad que se expande en una suerte de juego evolutivo. Asistimos y participamos del autodesarrollo de una fuerza que parece complacerse en la multidiferenciación de Sus producciones. Dicho proceso de enriquecimiento determinativo culmina, en nuestro mundo, en el *encuentro* con el ser humano. Este existente, dotado de la libertad, a nivel consciente, de reconocer o ignorar a Su Creador, de enfrentarlo o de amarlo, posibilita la *transmutación de la soledad divina en diálogo*.

*Quizás el secreto del gran misterio de lo Uno y de lo Múltiple radique en esta posibilitación del diálogo entre las partes.*

### **La Conjunción Ser / No-Ser**

Nos encontramos inmersos en un mundo en incesante *transformación*.

Ahora bien, todo *cambio* presupone el *No-Ser*, ya que la plenitud de Ser sólo puede concebirse como inmutable (no le falta ni le sobra nada que justificara una modificación). De la combinación del Ser y del No-Ser, como bien lo determinara Hegel, resulta el *Devenir*, fundamento de la *temporalidad* del Universo manifestado.

Por otro lado, el No-Ser, la negatividad, constituye la condición de posibilidad de ese defasaje entre Ser y Deber-Ser, entre ser plenamente y ser carenciadamente, que hemos caracterizado propiamente como el *mal*. Este hiato entre un objetivo y su cumplimiento constituye a su vez el núcleo fundante de la *historicidad*.

*El Devenir, el mal y la temporalidad aparecen como tres aspectos manifestativos mutuamente dependientes de la conjunción Ser / No-Ser o Real / Irreal.*

### **Dios y la Temporalidad**

Desde una perspectiva creyente, un mundo en evolución trasunta la existencia de un *plan divino* en proceso de cumplimiento. El defasaje teórico entre el “desde dónde” (punto de partida) y el “hacia dónde” (punto de llegada) se

desarrolla lo dado, estructura y fundamenta la coordenada de la *temporalidad*.<sup>32</sup> Si creemos en la existencia de una Inteligencia ordenadora, un universo en proceso de cambio debe serlo *teleológicamente*, desde un estado de imperfección hacia uno de perfección, evidenciando la *realización histórica* de algo que aún no está completo.

La primera acción divina, “al principio de los tiempos”, inaugura la temporalidad. Pero todo podría haber acabado ahí: la Automanifestación Divina podría haber surgido completa, “de un pistoletazo”, instantáneamente, de la fragua divina, como Atenea de la cabeza de Zeus. Sin embargo, Su primer movimiento, que instauro la existencia del mundo, lo hace en el modo de la *procesualidad*. Al insertarnos como seres temporales en un mundo en evolución, Dios ha determinado que Su “completitud” se desarrollara gradualmente para / en nosotros. ¿Por qué ha preferido Dios expresarse en un universo que, en su fluir, configura un marco dinámico de temporalidad?

Ya hemos visto que las dilucidaciones sobre los porqués más fundamentales exceden los límites de nuestro entendimiento. Sin embargo, podemos efectuar algunas comprobaciones *a posteriori* sobre la existencia del mundo tal cual se nos presenta. En el caso que nos ocupa, resulta que sólo sobre el trasfondo de la temporalidad puede cobrar sentido una problemática del accionar divino o humano, de la libertad de opción, en suma, del bien y del mal. Cualquier *accionar*, sea divino o humano, en tanto equivale a modificar una situación existente, instauro un *devenir* y por lo tanto una temporalidad.

Obviamente, desde el punto de vista supratemporal de la globalidad, hay un solo estado de completitud. La totalidad como tal no puede modificarse, pues por definición ya incluye todos los cambios posibles. Pero el *desenvolvimiento temporal* del todo constituye el marco posibilitante de cualquier accionar en general y del ejercicio de toda opcionalidad y de toda toma de decisiones. En un universo inmutable, literalmente, “no pasa nada” y por lo tanto nadie, ni siquiera Dios, podría ejercer su libertad de opción.

La *opción*, forma de actuar propia de un ser finito, implica una *deliberación* y un *desfasaje entre propósito y cumplimiento* que sólo pueden ocurrir en un mundo que admita el devenir.

*Cambio y temporalidad constituyen la condición de posibilidad de todo accionar. La libertad de opción, en particular, importa una separación entre sus distintas fases, que requiere para su ejercicio del desarrollo temporal.*

La historicidad de nuestro mundo permite el despliegue de la procesualidad moral. *Dios como totalidad* supratemporal configura una completitud óptima de la cual no cabe predicar una evolución moral ni de ninguna especie. En cambio, *Dios*

---

<sup>32</sup> La kantiana *forma pura a priori de la sensibilidad*, según esta perspectiva, resulta *derivada* del teleologismo del autodespliegue divino.

*autofragmentado* -el ser humano-, al ser, en su finitud, temporal, sabio e ignorante, bondadoso y malvado, parcialmente autodeterminado y optante, tiene la posibilidad existencial de la historicidad en general y de la historicidad ética en particular.

*Dios, en esta relación alienada consigo mismo, Se encuentra con un ser capaz de desconcertarlo.*<sup>33</sup>

Desde una perspectiva gnoseológica absoluta, todos los seres pueden reducirse lógicamente a un eterno presente, comprimiendo atemporalmente –para un ser omnisapiente- el desarrollo de su ser. A pesar de ello, sucede la paradoja –incomprensible para nuestra razón- de que el ser humano, con su *libertad*, provoca a cada instante posibles bifurcaciones en las cadenas causales de los acontecimientos. Su *finitud optante* introduce el misterio de lo *imprevisible* en el desenvolvimiento temporal. Dios permite al ser humano representar en la tierra el factor sorpresa, posibilitando así un diálogo creativo con imprevistos para ambos interlocutores, paradigma buberiano del diálogo *auténtico*.

*A partir de la existencia de Dios (necesidad e inteligencia del Ser) y la del ser humano, nos vemos obligados a admitir el misterio de un universo simultáneamente completo y terminado, e imprevisible y mutante.*

### **Las Diversas Vertientes de la Historicidad Divina**

#### *a) Plan Divino y Libertad Humana*

La modalidad temporal, histórica y cambiante de la automanifestación divina en el universo nos obliga a remitirnos a un aspecto divino no absolutamente perfecto en el sentido de “terminado”, “completo” o “acabado”, sino compartiendo el proceso de desenvolvimiento de Su obra.

Las miríadas de formas evolutivas de la materia testimonian una línea de desarrollo. Su aspecto más relevante para nosotros en la etapa actual consiste en la aparición de la *conciencia humana*, con su capacidad de pautar su propio desenvolvimiento.

Somos lucecitas de conciencia en el misterio de un universo que se despliega temporalmente. Con el ser humano surge el espejo del mundo, el testigo de lo existente, el que le pone nombre a lo que hay (cfr. Génesis II,19).<sup>34</sup>

---

<sup>33</sup> *Y arrepintióse el Eterno por haber hecho el hombre en la tierra y entristecióse su corazón* (Génesis, VI,6). Si la especie humana hubiera sido previsible, no hubiera provocado el arrepentimiento divino. Este versículo sólo es comprensible desde una sorpresa divina.

<sup>34</sup> Para el materialismo, la conciencia es un subproducto de la evolución de la materia. Ello implica atribuir a la materia propiedades de inteligencia, poder, intencionalidad, etc., que la acercan sospechosamente a la jerarquía de Deidad, invalidando el punto de partida materialista de una materia prima ininteligente y pasiva, sometida a los vaivenes de ese extraño cóctel de determinismo y azar que nos propone el materialismo.

Estas chispas divinas de conciencia que somos los seres humanos, ¿para qué se sumergieron en el mundo de lo efímero y cambiante, construyéndose diversas envolturas<sup>35</sup>, de las cuales la material es la más densa de este mundo? ¿Es algo planeado desde el comienzo de los tiempos o es algo novedoso aun para un ser supremamente omnisapiente? Si el ser humano es realmente libre, la meta debería ser desconocida para el mismísimo Dios.

A mi entender, la disyuntiva “libertad humana vs. omnisapiencia divina” se resuelve reconociendo que la meta de la historia es conocida, no sólo por la divinidad, sino por nosotros mismos.

Todas las grandes Tradiciones coinciden en que transitamos hacia el reencuentro con Dios y terminaremos inevitablemente por reintegrarnos a Él. Todo sucede como si Dios realizara primero un doble movimiento de autoalienación y densificación (*involución*) seguido por otro de autorreunión mediatizada y espiritualización (*evolución*), quedando librado a nuestro arbitrio el “cómo”, los caminos que recorreremos hasta retomar conciencia de nuestro origen divino. Estos caminos van dibujando una trama, una filigrana íntegramente humana: *el mapa de nuestro distanciamiento y posterior reacercamiento a Dios*.

#### *b) Requerimientos Humanos y Respuesta Divina*

El ser humano -Dios autoenajenado- está capacitado, aunque no compelido, para percibir lo Divino. Desde el fondo de su ser, sin embargo, intuye oscuramente su origen y tiende hacia El por diversas vías, inevitablemente limitadas por su finitud. Se establece una relación con lo Absoluto, adulterada o no, y con todos los matices propios de las relaciones humanas.

¿Reside la Perfección Divina en permanecer indiferente, al modo del Primer Motor aristotélico, ante las súplicas, invocaciones, alabanzas o imprecaciones de Sus criaturas, en tan manifiesta inferioridad de condiciones? No lo cree así la Filosofía Perenne.<sup>36</sup>

*Pide, y se te concederá lo que pidas. Busca y hallarás. Toca y te abrirán. Porque el que pide, recibe. Y el que busca, halla. Y al que llama, se le abrirá.*  
(Mateo, VII:7-8)

Así formula Jesús un antiguo adagio esotérico. Dios, ante el requerimiento de Sus criaturas, no permanece indiferente. Ingresa en la historicidad por mérito de Su responsabilidad creadora, que asume en este caso una modalidad de relación paternal.

---

<sup>35</sup> Las *kelipot* de la Cábala; las *koshas* de las Upanishad.

<sup>36</sup> Denominación acuñada por Aldous Huxley en su libro homónimo para designar ese fondo común de Sabiduría que reaparece, bajo distintas modalidades, en todas las culturas.

*Haciendo estallar los moldes de nuestras limitadas categorías intelectivas, Dios aparece simultáneamente:*

- *Ahistórico en Su modalidad premanifestada*
- *Inconscientemente histórico en Su modalidad manifestada no humana*
- *Consciente y alienadamente histórico en Su modalidad humana*
- *Propiamente histórico en Su relación con el ser humano*
- *Supratemporal en Su completitud global.*

## CAPÍTULO VIII PROPUESTA DE CONCLUSIÓN

*El cuerpo es un adelantado del alma que quiere cumplir por caminos rectos o torcidos la aventura suprema: el amor al prójimo.*  
(V́ctor Massuh)<sup>37</sup>

*Yo, el Rey, les responderé: “todo lo que hicieron a sus hermanos, a Ḿ me lo hicieron.”*  
(Mateo, XXV:40)

### ***El Mal de Origen Humano***

Con la sola excepción del ser humano en este nivel de realidad, Dios recibe el reconocimiento espontáneo de todas Sus criaturas, manifestado en el sometimiento incondicional a Sus designios. ¿De qué otra forma interpretar, si no, ese acatamiento universal a las leyes que denominamos “de la Naturaleza”?

Tan sólo la criatura humana, como lo registra el mito del Génesis, se ha atrevido a desobedecer a su Creador, con la conseciente caída a un estamento de mayor alejamiento de la Fuente Divina. A partir de allí la criatura humana habría de recorrer, en su relación con la Divinidad, la más variada gama de actitudes, desde la rebeldía y el resentimiento hasta el amor más absoluto, pasando por la negación o la simple indiferencia.

*El ser humano no está “programado” para amar a su Creador, ni siquiera para reconocerLo. Pero por ese mismo motivo, es el único ser que conocemos que es capaz de relacionarse con El / Ella / Ello libre y no compulsivamente.*

Sólo la criatura humana podría satisfacer un hipotético *deseo divino de interacción libre y espontánea*. La interrelación desde la libertad es el gran aporte de la especie humana a la Creación.

---

<sup>37</sup>. Suplemento cultural del diario “La Nación” (19/04/92).

El Dios bíblico anhela la adhesión a Su plan universal y el amor a Su persona por parte de seres libres. El reconocimiento y el amor no desde la obediencia, sino desde seres capaces de desobedecer.

Hemos visto que la posibilidad del mal es condición *sine qua non* de nuestra libertad. El error, la no-autenticidad y las múltiples distorsiones que configuran el gran drama cósmico-humano, con sus correspondientes secuelas de sufrimiento y dolor, podrían ser el precio del retorno a Dios desde la libertad y no desde el automatismo. La especie humana, a diferencia de sus congéneres naturales, tiene la posibilidad de *elegir* colaborar o no en la tarea de la Creación.

*Puede sonar paradójico, pero la experiencia del mal garantiza a la criatura humana el acceso a la Divinidad desde una situación de libertad y dignidad, y a Dios la experiencia de un amor no inevitable.*

### ***El Mal de Origen No Humano***

El *auto-ocultamiento divino* -el buberiano “eclipse de Dios”- del que resulta la defectuosidad de este mundo, manifestada como el mal de origen no-humano, también contribuye a contingenciar nuestro eventual acercamiento a Dios. En efecto, si El se nos mostrara en la plenitud de Su magnificencia, nuestra voluntad y nuestra libertad se esfumarían alegremente ante la felicidad de rendirnos a Su gloria y a Su voluntad.

*El mal que vela la manifestación divina en este nivel de realidad protege la auto-determinación humana frente al Ser Supremo.* La negatividad que se cuele en este universo permite el surgimiento de una relación entre Dios y un ser libre.

Por otro lado, si Dios Se ocultara del todo y no tuviéramos el menor indicio de Su existencia, nada nos incitaría a buscarLo. Este tampoco es el caso. La complejidad y maravilla de la naturaleza, el “simple” hecho de la existencia del mundo, así como el misterio de nuestra propia conciencia, constituyen mojonos que apuntan hacia una Inteligencia y un Poder trascendentes, indicadores que el Creador deja tras de Sí, pasibles de llamar la atención de una criatura pensante. El total ocultamiento divino implicaría, lisa y llanamente, el no despliegue del universo.

La manifestación semi-velada de Dios va constituyendo mundos cada vez más inconscientes de Su Centro de Emanación a medida que se consolida la direccionalidad del Creador hacia la criatura (lo “otro de Sí”).

Todo sucede como si en el seno de lo Absoluto ocurriera el siguiente proceso dialéctico:

- a) posición de lo Absoluto (tesis)
- b) auto-alienación y auto-fragmentación de lo Absoluto (antítesis)

c) amoroso auto-reconocimiento mediatizado por la libertad (síntesis)

Dios se autofragmenta analíticamente, para volverse a unir por medio del amor. El amor es el pegamento que vuelve a unir, en un nivel enriquecido de determinaciones, las partes del Dios autofragmentado. El mal, inherente a la manifestación de este mundo bipolar, aparece, paradójicamente, como la condición de posibilidad de la libertad y el amor.

Experimento el sufrimiento a través de Mis parcialidades:  
Pero fue la única forma posible de multiplicar Mi amor.

Tat tvam asi.<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup>. Sánscrito: “Tú eres eso” (*Chândogya-upanishad*, VI,8,7).

**EPÍLOGO**  
**POR EL PROF. WALTER GARDINI**

Ningún ser humano, en un momento u otro de su vida, puede evitar la experiencia del mal. Lo más inmediato es el mal físico: enfermedades y muerte.

Más doloroso es el mal moral: dudas, frustraciones, depresiones, incomunicación, falta de agradecimiento, la lucha entre la virtud y el vicio, entre la verdad y el error. Muchas veces el ser humano se sientet como un pájaro encerrado en una jaula, con nostalgia de vuelos en los espacios infinitos, que no puede realizar.

Existen otros condicionamientos que vienen de afuera: injusticias sociales, guerras, amenazas apocalípticas de destrucciones nucleares o ecológicas, robos, terremotos, monsoones. El mal está al acecho en todas partes y siempre. Está como imbricado en el universo y parece degradarlo, lesionarlo y hasta destruirlo. Nunca somos nosotros lo que quisiéramos ser; nunca el mundo es lo que debiera ser.

Más angustiante es la existencia del mal en los inocentes: niños que nacieron con malformaciones genéticas que afectaron su ccuerpo o su mente, buenos que fueron marginados o muertos, condenados a la cárcel por delitos que nunca cometieron.

Frente a este cuadro nacen numerosos interrogantes. ¿Por qué la muerte de un niño o enfermedades tan dolorosas? ¿Por qué la traición de un amigo, el alejamiento de una esposa o un esposo, la ingratitud de un hijo? ¿Por qué las crueldades de tantas guerras, el triunfo de los corruptos y de los prepotentes? ¿Por qué todo esto si existe una Mente Universal y un Arquitecto primordial, lo que parece evidente en el examen de las perfecciones existentes en la Naturaleza, en el cuerpo humano, en una flor o en un insecto? ¿Cómo conciliar este desorden con aquella armonía cósmica que existe en el reino de lo infinitamente grande, entre millones y millones de estrellas, y de lo infinitamente pequeño, entre átomos, protones y neutrones que constituyen la esencia de la materia? ¿Cómo conciliar tantos males con una pretendida existencia de un Ser Superior, un Dios personal o impersonal, sumamente sapiente, bueno y omnipotente?

Estos son los interrogantes que se han planteado las literaturas, las filosofías y las religiones de todos los tiempos y son interrogantes que acosan hoy a millones de seres humanos.

### ***Las Respuestas***

La respuesta más inmediata es la rebelión. Para aalgunos la vida es absurda, sin sentido, una “chispa entre dos nadas”, “una pasión inútil” (Sartre). El hombre es un ser manejado, como un títere, por un azar caprichoso y cruel. No falta quien, aplastado bajo un peso que parece excesivo, llega al suicidio, la manifestación extrema de la rebelión.

Otros prefieren aturdirse. Son como un enfermo que no quiere ver sus males y desea evitar el diagnóstico; son como el avestruz que esconde su cabeza en la arena. Se aferran a un rayo de luz, al placer, que también es una parte de la vida, y lo absolutizan. Persiguen los paraísos artificiales de la droga, el alcohol y el libertinaje.

Hay quien busca paliativos en un frenesí de acciones o en el consumismo, en todo lo que está vinculado con lo exterior y lo superficial. Es otra forma de escapismo que no permite ver la realidad y la cubre con máscaras.

Otros se resignan. Aceptan pasivamente las múltiples manifestaciones del mal como una fatalidad que no pueden eludir. Falta en ellos cualquier esfuerzo para sacar conclusiones, darse cuenta de lo que está pasando, investigar sus causas. Siguen adelante pacientes y resignados, apagados, faltos de alegría, bajo los golpes del destino. Indudablemente es algo más que una rebelión histérica o una evasión que no lleva a ningún resultado, pero no es todavía una postura adulta. Con estas actitudes el misterio del mal no se aclara, por el contrario, se agranda cada vez más.

En este callejón sin salida se inserta este trabajo de Ana Jachimowicz con una respuesta nueva, fruto de la razón, la fe y su experiencia personal.

La autora es Profesora de Filosofía y Dra. en Medicina y cita algunos filósofos, desde Aristóteles a Martin Buber. A partir de ellos saca esta conclusión: el mal es parte integrante y constitutiva de un ser humano finito, esencialmente imperfecto. Le sigue como la sombra al cuerpo. Nadie puede estar libre de enfermedades y límites de todo género que afectan la mente y la voluntad. Difícilmente el hombre reconoce su finitud, sobre todo cuando muchos lo engañan haciéndole creer que tiene un poder infinito, peor todavía, que es infinito. El mal le recuerda insistentemente que no es perfecto, ni autónomo, ni autosuficiente: verdad de por sí evidente que pocos aceptan.

La fe retoma y perfecciona el principio propuesto por la razón. Ana Jachimowicz cita el Génesis, al profeta Isaías y al autor del Eclesiastés. La ley, los Profetas y los escritos son las tres partes de la Biblia hebrea, el Antiguo Testamento de los cristianos.

De la doctrina de los textos sagrados el mal surge como una desobediencia a Dios, la reivindicación de una autonomía que el hombre no posee. Quien es finito no puede prescindir de lo infinito que es su justificación y fundamento. El rayo se apaga si se desconecta de la fuente que le da vida. El árbol, sin raíces, muere.

La desobediencia es posible porque el hombre es libre. Todos los elementos de la Naturaleza, todos los seres no racionales están regidos por leyes fijas. Sólo el ser humano, en virtud de la razón, puede optar. Frente a él se abren los caminos del bien y del mal que solicitan su elección. El mal se disfraza, hace

falsas promesas, es permisivo y fácil, acaricia los instintos primarios como el orgullo, la codicia y la lujuria. Así fácilmente domina sembrando en todas partes las consecuencias negativas que conocemos.

¿Por qué fue dada al hombre la libertad, la que, aun siendo el don más precioso, es también el más peligroso? Es una consecuencia del fin conferido a la existencia humana: la unión con Dios en el amor. El amor es libre o no es y Dios quiere hijos y no esclavos.

El mal aparta de la amistad divina, pero Dios se sirve de él para el logro de sus fines. Todo obedece a un plan divino que no es de destrucción sino de vida. Todos los acontecimientos, aun los más dramáticos e incomprensibles, tienen un sentido positivo. Es lo que afirma la sabiduría popular con las palabras: "Dios escribe derecho sobre renglones torcidos".

La Biblia, reflejo de la vida, lo prueba infinitas veces. Los hermanos de José lo habían vendido como esclavo a mercaderes egipcios para ganar plata, pero Dios, como expresa el Génesis, "retomó sus proyectos malos y los transformó en buenos". José fue virrey de Egipto y salvó a sus hermanos y a su pueblo de una terrible hambruna.

Job perdió todo lo que había poseído: grandes bienes, mujer, hijos y también la salud. En el abismo de sus sufrimientos logró percibir a Dios como una realidad nueva: "Antes creía en Ti por lo que me decían los otros, pero ahora te ven mis ojos". El dolor destruye todos los falsos ídolos que se presentan como absolutos y como meta última de la vida. También esto debería ser evidente, pero ¿cuántos lo reconocen en la vida ordinaria?

"Quien no sufrió ¿qué sabe?" se pregunta un sabio bíblico. Las lágrimas purifican los ojos y les dan más brillo y claridad. Cuando alguien ha experimentado hasta el fondo su total finitud y ha aceptado su muerte física y psicológica puede mirarla vida con ojos nuevos, puede entender y compartir mejor el dolor de los otros, ser más humilde, libre y abierto a los valores del espíritu. Sin lágrimas, el hombre sería más egoísta y superficial. Todos los grandes de la historia tuvieron que hacer esta experiencia.



Razón y fe se unen en las páginas de este libro, pero no como en una fría clase magistral, sino como una doctrina encarnada en la vida. Ana Jachimowicz es una creyente. Acepta el mundo como un don y a través de las maravillas del cosmos llega no a un Algo impersonal o a una Energía Cósmica, sino a un Tú, Alguien con El Cual puede entablar un diálogo especial. Siente Su presencia y describe Su amor, que se manifiesta en las luces y sombras de la vida. (También el Artista Divino necesita las sombras para dar relieve y valor a Sus obras). Sus palabras, sencillas y espontáneas, son el reflejo de una vivencia y de una profunda convicción. No repite enseñanzas ajenas, sino que vive lo que escribe. Aunque

ella no hubiera confesado: “creo profundamente” y “me resulta evidente”, el lector lo habría advertido inmediatamente. Este es el factor que más convence.

### *La Enseñanza de Buda y de Cristo*

La autora cita una frase de Buda. Era un príncipe de la dinastía Sakya, rico y feliz, y se llamaba Gautama. Su padre había hecho construir para él un magnífico palacio con todas las comodidades y diversiones. Para hacerlo más feliz le había prohibido salir. El contacto con la realidad de la vida habría podido amargarlo. Un día, eludiendo la vigilancia, salió a la calle. Inmediatamente se le acercó un mendigo hambriento que le pidió limosna; más adelante encontró a un enfermo que gritaba por el dolor, después a un viejo que con gran dificultad podía moverse y por último a un muerto llevado al lugar de la incineración. Entendió inmediatamente que la vida que llevaba no era la verdadera. No tenía necesidad de mendigar, pero seguramente también para él habría llegado, algún día, la enfermedad, la vejez y la muerte. ¿Valía la pena vivir? ¿Podía ser éste el fin de la vida?

Dejó todo y empezó una larga peregrinación con pausas de retiro y meditación. Se transformó así en el Buda, el Iluminado. El contacto con la realidad del dolor le había permitido descubrir el verdadero sentido de la vida: la práctica de la benevolencia con los afortunados, y el amor compasivo por los que sufren, la alegría junto a los buenos y la indiferencia hacia los malos. Así vivió él y así viven los discípulos fieles a su doctrina.

Ana Jachimowicz cita también algunas palabras de Jesús. Él era más que un príncipe: era, según la fe cristiana, el Hijo de Dios. El Padre no quiso aislarlo del mundo, sino que lo envió a él. Jesús entró en contacto con las múltiples manifestaciones del dolor y del mal: todo género de enfermedades, ricos, egoístas, burócratas arrogantes, adúlteras, recudadores de impuestos, maestros hipócritas del pueblo, un proceso injusto y la muerte en la cruz.

¿Cuál fue su conducta? Curó a los enfermos, lloró la muerte de un amigo, pidió alivio en un momento de extrema angustia (“mi alma está triste hasta la muerte”; “Señor, si es posible, aleja de mí este cáliz”) y gritó sobre la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Estas últimas palabras desconciertan, pero hay que ponerlas junto a otras: “Señor, hágase tu voluntad.” “Si el grano de trigo no muere queda solo, pero si muere, da mucho fruto”. “No hay mayor amor que dar la vida por los que se ama”. Para Jesús, el dolor es un medio para crecer, la aceptación de una voluntad divina que quiere nuestro bien más verdadero y una manifestación de amor hacia los demás. Con su muerte en la cruz, Jesús mereció ser el Salvador del mundo.

En Jesús es Dios mismo quien sufre y quien confiere al sufrimiento humano una fuerza divina capaz de abrir la jaula de la finitud humana y de permitir el vuelo

hacia espacios infinitos. Se rompe la cáscara de la crisálida y, según las palabras de Dante, se posibilita la aparición de la “mariposa divina”.

El dolor de Jesús es el de un inocente que se solidariza con todos los que sufren injustamente, para dar un valor también a sus sufrimientos. Escribió Pascal: “Jesús está en agonía todos los días hasta el fin del mundo”. Esta presencia confiere al dolor humano el sentido más completo. No elimina el misterio del dolor y del mal, pero lo hace más aceptable.



Amigo lector, no sé si la angustia ahora te está apretando, pero estoy seguro de que en el porvenir no podrás evitar la suerte de todos los mortales. No escribo esto para asustarte. “Es suficiente el dolor de cada día y no hay que preocuparse por el mañana”, dijo Jesús. Pero es necesario prepararte al encuentro con el sufrimiento; no sirve, y es peor, cerrar los ojos. Este libro te ayudará. No es uno de los tantos manuales que con fáciles y dudosas promesas de felicidad explotan el sufrimiento y la credulidad de la gente. Algunas páginas podrán parecer difíciles. Sigue adelante. Es un compañero seguro y honesto.

WALTER GARDIDNI